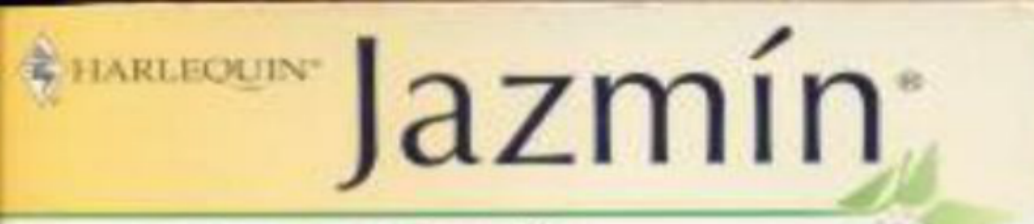


Encontrar una familia

Judy Christenberry

Encontrar una familia

Judy Christenberry

Encontrar una familia (2005)
Título Original: **Editorial:** Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1981 **Género:** Contemporáneo
Protagonistas: Hank Brownlee y Maggie Woodward

Argumento:
El guapísimo ranchero Hank Brownlee sólo quería dos cosas de su nueva empleada: que hiciera compañía a su padre en el momento de dolor que estaba atravesando y que cocinara comida casera. Pero se encontró can algo totalmente diferente…
La mujer a la que había contratado resultó ser una madre soltera rubia y llena de energía. Era cierto que Maggie Woadward sabía cocinar, pero era una viuda joven y bella que en poco tiempo, y con la ayuda de su encantador hijo, conquistó el corazón de Hank…Encontrar una familia.

Sólo tenía que convencer a la bella y precavida viuda de que merecía la pena arriesgarse para tratar de ser felices…

Encontrar una familia
Judy Christenberry

CAPÍTULO 1

— ¿Hank? ¿Sueñas con alguna chica? —Larry tuvo que repetir la pregunta antes de que su jefe se diera cuenta de que le había hecho Lina.

— ¿Qué has dicho, Larry?

—Te he preguntado si sueñas con alguna chica. Hoy no le estás prestando atención a las vacas —esperaba una respuesta graciosa. El jefe y él bromeaban constantemente.

Sin embargo, recibió una contestación seria.

—Me preocupa mi padre.

— ¿Qué le pasa al jefe? ¿Está enfermo? —cruzó los brazos y frunció el ceño.

Hank Brownlee se encogió de hombros. La vida había cambiado desde la muerte de su madre el año anterior.

—Creo..., creo que está deprimido.

—Diablos, Hank, su mujer ha muerto. Claro que está triste.

—Pero eso fue hace más de un año. Yo también estoy triste cuando pienso en mi madre, pero es hora de seguir adelante —aunque su padre no lo había hecho. Le había entregado la dirección del rancho y no parecía importarle lo que Hank hiciera con él. Jamás preguntaba por nada. Simplemente, permanecía sentado con la vista clavada en la ventana. Ni siquiera comería si Hank no preparara comida por la noche.

—Será mejor que hagas algo, o también él morirá. Hank le dedicó a su amigo una mirada disgustada.

—Lo sé, Larry. Pero, ¿qué? Ese es el problema. He intentado despertar su interés en algo, pero se queda ahí sentado. No cede.

—Creo que necesita una mujer —afirmó Larry.

Hank estuvo a punto de darle un puñetazo a su amigo de toda la vida.

—Estás loco. Papá no está interesado en otra mujer.

—Podría estarlo si hubiera una por aquí. Es una pena que él no viva en la ciudad. Tengo entendido que hay un montón de viudas que buscan caballeros agradables y maduros. Probablemente, conseguiría una preciosa en un abrir y cerrar de ojos. Una que ya supiera cocinar y limpiar, porque ya haya estado casada.

Hank suspiró y asintió.

—A mí tampoco me importaría tener una así por aquí —al ver la cara de Larry, supo que su amigo lo había malinterpretado—. ¡Aguarda un momento! No busco una esposa. Pero no me disgustaría que otra persona se encargara de la cocina.

—Puedes matar dos pájaros de un tiro. Contrata a una viuda bonita que despierte el interés de tu padre y que se ocupe de la cocina, e incluso de la limpieza.

Hank se mordió el labio inferior, analizando la su- gerencia desde todos los ángulos. ¿Qué podía salir mal? Aunque la mujer irritara a su padre, al menos quizá hiciera que reaccionan. Eso sería mejor que nada. Y encima comería mejor.

— ¿Sabes, Larry? Creo que has tenido una buena idea. ¡Voy a salir a la búsqueda de la viuda!

Aquella noche, después de una cena deslucida por haber quemado el pudín de carne, Hank le dio las buenas noches a su padre. Lo observó avanzar despacio pasillo abajo en dirección al dormitorio principal.

Tenía serias dudas acerca de la decisión tomada, pero el comportamiento de su padre esa noche había reforzado su determinación de seguir adelante con el plan. No había tiempo que perder. Sacó papel y un lápiz y se sentó a la mesa de la cocina. ¿Qué debería poner en el anuncio?

A medianoche, después de borrar mucho texto, había redactado un anuncio sencillo.

***Se necesita viuda agradable para llevar la casa de un hombre. Se requiere cocinar y limpiar. Interna, los domingos libres. Envíen currículum y foto al Rancho Brownlee, Apartado de correos 512, Ashland, Colorado 80546*.**

Lo leyó varias veces. Al día siguiente le pediría a Larry que lo leyera. Pero no le mencionaría el plan a su padre. Sabía que éste rechazaría la idea, pero tenía que hacer algo. Se negaba a perder también a su padre.

Varias semanas más tarde, abrió el correo del día con un suspiro y poca expectación. Ninguna de las mujeres que se habían puesto en contacto con él hasta el momento le había parecido apropiada. Varias de las aspirantes, ni si quiera daban la impresión de haber movido jamás un dedo por alguien, menos haber llevado una casa. Hank necesitaba ayuda; bajo ningún concepto quería tener que ocuparse de otra persona aparte de su padre.

Comprobó el matasellos de la única carta que había recibido ese día. Denver. Otra mujer de ciudad en busca de un retiro cómodo.

Al abrir el sobre, cayó una foto. La recogió. En la impresión había tres personas: una mujer de unos cincuenta años, otra hermosa y joven de poco más de veinte y un crío.

Le gustó el aspecto de la mujer. Maggie. Bonito nombre. Ojeó la carta. Estaba bien escrita y era breve, y le decía que le gustaba cocinar y limpiar. Era perfecta. Casi demasiado buena para ser de verdad. Decidió contratarla. Y como bonificación, incluso le permitiría que su hija y su nieto la visitaran en el rancho.

¿Por qué no? Podía permitirse el lujo de ser generoso, en especial si tener a la mujer mayor por allí avivaba el interés de su padre. Sí, llegó a la conclusión de que esa viuda era lo que su padre necesitaba. Sería perfecta.

Y el momento no podía ser mejor Hank le había prometido a un amigo que lo ayudaría a agrupar el ganado, lo que lo alejaría del rancho un par de días. Por temor a dejar a su padre solo, había creído que tendría que renegar de su promesa. Pero en ese momento

dispondría de alguien que lo cuidara en su ausencia.

Con celeridad, escribió una carta de aceptación. Tenía el estado de ánimo por las nubes. Iban a cuidar de su padre y quizá éste recobran un poco de chispa vital. Además, contratar a la viuda lo alejaría a él de la cocina. Tenía que reconocer que era un cocinero espantoso. De hecho, no había dejado de perder peso desde la muerte de su mache. Y a su padre no se lo podía ver más frágil.

No se lo contó a su padre hasta la noche anterior a su marcha. Cuando el hombre mayor se levantó despacio para ir al pasillo, lo detuvo.

—Papá tengo una sorpresa para ti.

—No quiero ninguna sorpresa —musitó sin dejar de moverse.

—He contratado a alguien para que cocine y limpie. Debería llegar mañana, pero yo no estaré para mostrarle la casa. He de ir al rancho de Ron Harper. Cinco de sus vaqueros tienen la gripe y le prometí echarle una mano —su padre simplemente bufó con desdén y continuó por el pasillo—. Papá, espero que dejes que esa mujer agradable cuide de ti. Papá… volveré en una semana.

Más tarde, le dio instrucciones específicas a Larry, que iba a quedarse en el rancho.

—Aquí tienes la paga de su primera semana —le entregó un sobre blanco—. Dáselo al final de la semana.

— ¿Cómo se llama?

—Maggie. Un buen nombre, sólido.

—Sí. ¿Qué ha dicho tu padre?

—Nada. No pareció que le importara. Espero estar haciendo lo correcto.

Larry le dio una palmada en el hombro.

—No me cabe ninguna duda. ¿Cuándo va a venir?

—Mañana, pero yo me habré marchado antes de que llegue. Le he dejado una nota. Vigila a mi padre por mí.

—Lo haré.

Maggie Woodward se detuvo delante de un rancho agradable que exhibía un bonito y antiguo por che amplio. Timmy podría jugar ahí sin importar el clima. Apagó el motor y miró al niño, que aún dormía en el asiento de atrás.

Suspiró aliviada. Había aceptado ese trabajo por el bien de Timmy. Quería que tuviera una infancia en el campo, como había tenido ella.

Maggie había echado de menos la vida en un rancho, pero se había trasladado a la ciudad gustosa cuando su marido había aceptado un trabajo en Denver. Ella se había quedado en casa con Timmy, pero

después de la muerte de Derek, había conseguido un puesto de secretaria para mantener a su hijo y a sí misma y se había ido a vivir con su tía.

Al mirar el entorno, se preguntó si su nuevo jefe le permitiría invitar a Kate a visitarla. Ya echaba de menos a la mujer mayor y Timmy había llorado esa mañana al despedirse de ella. Igual que Maggie.

Con un suspiro, abrió la puerta del coche y bajó para llevar a su hijo dentro. Era finales de julio, el tiempo más caluroso en Colorado. Tomó a su hijo en brazos.

— ¿Mami?—susurró el pequeño al sentir que lo movía.

—No pasa nada, cariño. Sigue durmiendo —subió los peldaños hacia la puerta de atrás, con la esperanza de que a nadie le importara que entrara en la casa de esa manera.

Oyó a alguien detrás de ella y giró a tiempo de ver a un hombre joven yendo con celeridad hacia ella desde el granero. Permaneció bajo el sol de la tarde, observándolo.

— ¿Cómo está, señora? ¿Es usted Maggie?

Sonrió aliviada.

—Sí, lo soy, señor Brownlee.

—No, señora. Yo no soy el dueño. El no está. Me pidió que hiciera que se sintiera como... en casa. ¿Quién es? —señaló al niño que tenía en brazos.

—Mi hijo. ¿Puedo llevarlo donde esté fresco? Empieza a pesarme.

—Yo lo llevaré —ella negó con la cabeza, de modo que la rodeó y le abrió la puerta—. ¿Le mencionó a Hank que iba a traerlo?

Ella se detuvo con brusquedad en la cocina y giró en redondo.

—Sí, se lo dije. ¿Hay algún problema?

—Supongo que no —musitó Larry—. Eh... su dormitorio está por aquí —la condujo a una habitación que había detrás de la cocina. Después de examinar el cuarto, dijo—: Creo que Hank no tuvo tiempo de arreglarla mucho —murmuró.

—No pasa nada —contestó Maggie. El recibimiento no había sido lo que había esperado, pero podría sobrellevarlo.

Larry apartó un sucio cubrecama y descubrió que no había sábanas en el colchón.

— ¿Puede encontrar una sábana o una colcha donde pueda depositar a Timmy? —preguntó Maggie en voz baja.

—Mmmm... Sí, claro —no tenía ni idea de dónde se guardaban esas cosas. Encontró al señor Brownlee sentado en su lugar habitual en el salón—. Señor, ¿dónde están las sábanas?

Al principio no hubo cambio de expresión. Era como si Carl Brownlee no lo hubiera oído. Luego frunció el ceño.

—En el armario del vestíbulo.

Larry fue hacia allí y encontró una sábana doblada. La sacó y se dirigió al dormitorio.

Carl salió del salón.

—No necesitas quedarte conmigo, Larry.

Larry se volvió y retrocedió hacia la habitación.

—No, señor. Es para el ama de llaves —entró en cuarto y depositó la sábana doblada sobre la cama.

Maggie, cuyos brazos empezaban a dolerle por peso de su hijo, suspiró aliviada.

—Gracias. Si pudiera desplegada un poco...

Larry obedeció y ella posó a su hijo con suavidad y lo tapó con parte de la sábana.

— ¿Quién es?

Dio media vuelta y vio a un hombre mayor frágil apoyado en el marco de la puerta.

—Es mi hijo, Timmy. Intentaré que no lo moleste.

—Me gustan los niños.

Maggie sonrió, inconsciente del efecto que tenía esa sonrisa.

—Me alegro mucho de oír eso.

Carl asintió despacio.

— ¿Quiere que la ayude a meter sus cosas? —se ofreció Larry.

—Eso sería estupendo, si dispone de tiempo, pero puedo arreglármelas si está ocupado.

—Nada que no pueda esperar.

—Yo vigilaré al niño —dijo Carl, sin apartar en ningún momento la vista del pequeño.

Cuando llegó al coche junto a Larry, le preguntó:

— ¿Se encuentra bien?

—Creo que Hank se lo contó en la carta. Su padre ha estado triste..., quiero decir, deprimido, desde que falleció su esposa.

— ¿Cuándo murió?

—En mayo hizo un año.

— ¿Y parte de mi trabajo es cuidar de él?

—Hank pensó... quiero decir, a él no se le da bien la cocina. Y pensó que usted podría hacer que Carl se sintiera mejor

Maggie esbozó otra vez esa hermosa sonrisa.

—Entiendo, y haré lo que pueda.

Cuando Larry dejó la casa, después de una cena bien preparada en una cocina que ya tenía mejor aspecto, estaba convencido de que Hank había hecho lo correcto. No sabía por qué había cambiado de parecer acerca de contratar a una viuda para su padre, pero esa mujer era una belleza y también amable. ¡Y cómo cocinaba...!

Le había preguntado a Carl qué le gustaba comer. La respuesta de éste había sido la habitual, a saber: «Nada». Pero Maggie le había contado lo que le gustaba a Timmy. El pequeño quería galletitas de chocolate, tarta, hamburguesas, todas las cosas que les gustan a los niños. Para sorpresa de Larry, Carl había estado de acuerdo con él.

Las cosas iban bien.

La cama de la habitación que había detrás de la cocina era individual con un colchón viejo. Aunque Maggie echaba de menos la cama de matrimonio que tenía en la casa de Kate, aquella camita encajaba a la perfección con Timmy. Este se había quedado dormido nada más acostarlo

Regresó a la cocina y encontró a Carl aún sentado a la mesa.

—Lamento que esta noche no tuviéramos nada de postre, Carl. ¿Sabe?, necesita recuperar peso. ¿Le gustaría una taza de café descafeinado mientras preparo una tarta de chocolate para mañana?

Eso le pareció una idea extraña, pero al final asintió.

Maggie sirvió dos tazas. Luego, después de comprobar el contenido de los armarios, extrajo lo que necesitaba.

—Tiene un buen equipo aquí. Me va a facilitar mucho la vida.

Pensó que no iba a responder, pero al final dijo:

—Mi esposa era una buena cocinera.

—Apuesto que sí. Hábleme de ella —no lo presionó. Mientras se dedicaba a preparar la tarta, esperó que respondiera.

Al final, él comenzó a hablar, despacio, como si tuviera la voz oxidada. Pero aumentó en volumen y velocidad, como si Maggie hubiera provocado una avalancha. Cuando la tarta estuvo horneada y recubierta, él finalmente había guardado silencio. Alzó la vista y vio que por sus mejillas caían lágrimas.

Sacó dos platos y cortó dos porciones de tarta, una grande para él y una más pequeña para ella. Le entregó un plato a Carl.

—Tenemos que probarla para ver si es lo bastante buena para Timmy

Despacio, él alzó el tenedor y la probó.

Lo observó con atención. No había tenido tiempo para leer la nota que le había dejado el hijo del hombre. Esperaba no haber cometido

ninguna equivocación.

Después de que él comiera varios bocados, Maggie dijo:

—Al principio, cuesta hablar de alguien que se ha ido. Mi marido murió hace dos años, justo antes de que Timmy cumpliera los dos años. Pero descubrí que cuanto más hablaba de él, todo se volvía más fácil.

—Sí —convino Carl, sin levantar la vista.

—Espero que me cuente algunos de los platos que preparaba su mujer. Podría intentar hacerlos yo, aun que lo más probable es que no sea tan buena cocinera como fue ella.

—La tarta está buena.

—Me alegro. Me gustó mucho ver el gran porche trasero cuando llegué. Creo que a Timmy le va a en cantar jugar allí, y al mismo tiempo, yo podré vigilarlo mientras me encargo de mis tareas.

—Yo podría... podría sentarme en la hamaca a veces, para hacerle compañía.

— ¡Oh, eso sería maravilloso! Timmy no ha estado mucho en compañía de hombres. Será estupendo para él tener un amigo.

Después de terminar la tarta, comenzó a recoger los platos sucios con calma y eficiencia, manteniendo un ojo sobre Carl sin que él lo notara.

— ¿Qué le gusta para desayunar, Carl? ¿Beicon y huevos?

—Huevos y salchichas —repuso, como si los comiera todas las mañanas.

—De acuerdo. ¿A las seis y media?

—Eso para Hank está bien, pero yo... yo no me levanto tan temprano.

—Tampoco Timmy. ¿Qué le parece si desayunamos a eso de las ocho, hasta que vuelva Hank?

—Sí, estaría muy bien. Me gusta mucho la tarta.

¿Quiere otra porción?

—Será mejor que no. Mañana tomaré más.

—Claro

Se puso de pie con piernas trémulas.

Maggie rodeó la mesa y enlazó el brazo con el suyo.

¿Quieres enseñarme dónde está su habitación?

Caminaron por el pasillo y Carl señaló un cuarto.

—Este es el viejo dormitorio de Hank. Sigue decorado para un niño pequeño. Apuesto que a Timmy le gustará —abrió la puerta.

Maggie supo que a Timmy le iba a chiflar. Pero no lo quería tan

lejos de ella.

—Es muy bonito.

Carl le lanzó una mirada insegura.

—Esta es mi habitación y ésa es la de Hank ahora—señaló la puerta opuesta a la suya.

Abrió la de su dormitorio y Maggie vio que le quedaba mucho trabajo por hacer.

—Es una habitación bonita. La limpiaré mañana.

Carl titubeó antes de decir.

—Eso sería agradable. Yo… yo me canso.

—Porque no ha estado alimentándose adecuadamente, pero lo fortaleceremos.

Carl se volvió y apoyó ambas manos en las mejillas de ella.

—Maggie, creo que usted podría ser un ángel.

—No, Carl —afirmó con convicción—. Soy una amiga. No hay nada angelical en mí.

—Bueno, pues me alegro de que viniera.

—Yo también. Buenas noches —salió de la habitación y bajó por el pasillo rumbo a su nuevo dormitorio.

Hank estaba sucio y agotado. Había trabajado del amanecer al anochecer y permanecido media noche despierto vigilando el rebaño. Quería darse una ducha caliente y meterse en su cama, en ese orden. Ya se preocuparía de la comida por la mañana.

También debería preocuparse de su padre por la mañana. Espetaba que la nueva ama de llaves hubiera llegado y se estuviera ocupando de todo. Aunque por experiencia sabía que la vida no era tan fácil.

Se metió en el sendero para coches y no tardó en aparcar junto al granero. Le había pedido a Larry que se quedara cerca hasta que él regresara, por si había contratado a una asesina en serie.

— ¿Larry? —llamó. Su amigo salió.

—Bienvenido a casa, jefe. Me alegro de verte.

—Gracias. ¿Ha venido?

—Oh, sí. Y es estupenda. La mejor comida que he tomado desde…, bueno, desde que tu madre murió.

Hank frunció el ceño.

— ¿Y papá? ¿Cómo se lleva con ella?

—Es su corderito. Timmy y él la siguen a todas partes.

¿Qué? ¿Se mueve? ¿Y quién es Timmy?

Larry retrocedió un paso.

—Mmm, ella dijo que tú lo sabías.

Hank sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

— ¿Quién es Timmy? —exigió.

—El hijo pequeño de Maggie. Tu padre juega con él.

— ¡No!—gruñó Hank, y giró en redondo para ir a su casa de toda la vida.

Larry permaneció petrificado unos segundos. Luego fue tras su amigo.

Carl Brownlee estaba sentado en la hamaca del porche de atrás. Un niño pequeño, que Hank dio por hecho que era el que aparecía en la foto, se hallaba sentado en la rodilla de su padre, mostrándole un coche de juguete.

Carl alzó la vista y le sonrió a Hank. Ese simple acto lo desarmó. No recordaba la última vez que su padre había sonreído.

— ¿Papá?

—Bienvenido a casa, hijo. ¿Conoces a Timmy?

El pequeño se acercó más a Carl antes de decir una palabra.

—Hola.

—Hola —Hank frunció el ceño. Luego miró otra vez a su padre—. ¿Dónde está ella?

— ¿Te refieres a Maggie? Creo que está haciendo la colada —Carl pasó el brazo alrededor de los hombros de Timmy—. Es un ama de llaves magnífica. ¡Y cómo cocina!

Hank sentía como si su padre lo hubiera traicionado. Le había suplicado que comiera, que hablara, que sonriera. Y en ese momento, una mujer a la que no había contratado, una impostora, se había presentado y su padre, contento, había hecho esas tres cosas para ella.

Abrió la puerta de atrás y entró en la casa. Larry aguardó en el porche, en compañía de Brownlee padre y del pequeño.

En la habitación de la lavadora, descubrió a la joven de la fotografía.

— ¡Yo no la contraté a usted! —exclamó.

Ella se irguió, con unos vaqueros ceñidos y camiseta.

—Que no la contraté. ¡Contraté a Maggie!

— ¿Perdón?

— ¿Es usted Hank? —preguntó con calma.

— ¿Sí? ¡Y usted no es Maggie!

—Sí, lo soy.

— ¡No, no lo es! ¡Maggie era la mujer mayor!

—Esa es mi tía Kate. ¿Se refiere a la que aparece con nosotros en la foto?

—No tengo ninguna intención de contratar a alguien con un hijo. No lo acepto. ¡Tendrá que marcharse!

Maggie siguió cargando la secadora. Cerró la tapa antes de arrancar la máquina. Luego se volvió y pasó delante de él sin decir una palabra.

CAPÍTULO 2

Hank giró en redondo y la siguió al pequeño dormitorio que le había destinado. De inmediato notó que estaba inmaculado. Él, desde luego, no lo había dejado de esa manera. Pero eso no importaba.

— ¿Me ha oído?

Ella no respondió, pero sacó una maleta del armario y comenzó a guardar sus cosas. Lo miró por encima de la tapa.

—Tardaré más o menos una hora en guardar mis cosas. Luego, nos marcharemos. Doy por hecho que le explicará mi marcha a su padre, ¿verdad?

— ¡Claro! Le... le diré que no le gustó su estancia aquí —se hallaba sorprendido por la docilidad de ella.

—Pero eso sería una mentira. Olvídelo. Se lo explicaré yo cuando me despida de él.

— ¿Qué le dirá?

—La verdad. Que usted me ha despedido.

— ¡No puede decirle eso!

Se irguió y lo miró.

— ¿Por qué no?

—Podría turbarlo.

—Señor Brownlee, le diga lo que le diga a su padre, lo perturbará. Por primera vez en un año, se alimenta bien y está ganando peso. Se sienta en el exterior y disfruta del clima cálido. Se interesa por la gente que lo rodea. Y se muestra muy amable con Timmy. A veces se olvida y lo llama Timmy Hank, pero a mi hijo no le molesta. Si quiere despedirme, está en su derecho. Pero no pienso dejar que ese dulce hombre piense que me voy por propia voluntad.

Hank la miró con ojos centelleantes.

— ¡Maldita sea! —musitó, dando media vuelta y marchándose.

— ¡Maldita sea! —musitó, dando media vuelta y marchándose.

Salió al porche, donde tres pares de ojos masculinos lo miraron.

— ¿Qué sucede, hijo? —preguntó Carl.

— ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Yo no contraté a una jovencita con un hijo para que fuera nuestra ama de llaves. Contraté a una agradable mujer de cincuenta y tantos años para que cocinara y mantuviera limpio el rancho.

Su padre lo miró con calma y preguntó:

— ¿Qué diferencia hay? Maggie es fantástica en ambas tareas y Timmy me hace compañía, ¿verdad, Timmy?

Hank no tenía respuesta para eso. Al irse de casa una semana atrás, su padre había estado comportándose como un zombi. Todavía seguía demasiado delgado, pero hablaba con la gente que lo rodeaba. Interactuaba de verdad con el pequeño, con Larry y, evidentemente con Maggie.

¿Qué podía hacer?

Oyó pasos en el porche a su espalda. Con voz ecuánime, con timidez, Maggie dijo:

—Timmy, necesito que entres, cariño.

Timmy le susurró a Carl:

—Debo irme.

Rodeó a Hank de lejos, como si lo considerara peligroso, y con celeridad fue hacia la puerta. Luego el pequeño desapareció en la casa.

—Has asustado al chico —lo reprendió Carl.

—No era mi intención. Pero, papá, van a tener que marcharse.

— ¿Por qué?

A Hank no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Cocina como un ángel, limpia como un ejército entero y además es bonita. ¿Qué hay de malo en eso?

— ¡Es demasiado joven para ti, papá! —replicó Hank con voz enfadada.

—Santo cielo, muchacho, yo no busco una mujer pero que haya una bonita en la casa no es algo malo.

—Papá, no lo entiendes.

—Entonces, explícamelo —pidió el hombre mayor.

Sonaba tan razonable, tan parecido al padre que Hank recordaba... y que había pensado que ya nunca volvería a ver o a oír...

—Quiero que se quede, hijo —añadió Carl con suavidad.

Hank bajó la cabeza.

—De acuerdo, papá —musitó—. Tú ganas.

Dio media vuelta y entró en la casa. Podía oír actividad en la habitación de invitados. Se dirigió hasta la puerta.

Timmy fue el primero en verlo. El niño jadeó como si hubiese visto al diablo en persona y eso captó la inmediata atención de su madre.

— ¿Timmy?

— ¡Es él, mamá! —el niño se agarró a su pierna y se escondió detrás de ella.

Maggie se irguió y encaró a Hank.

— ¿Desea algo más, señor Brownlee? ¿Quiere inspeccionar nuestro equipaje para cerciorarse de que no robamos nada de su lujosa

habitación?

Hank odiaba que lo hicieran parecer culpable. Su sarcasmo dio en el blanco. Ni siquiera, había limpiado la habitación para su llegada. Después de todo, ella en la experta en limpieza.

—Me disculpo por no haber limpiado la habitación. He estado bastante ocupado con mi padre.

—Y ahora ha venido para...

Aguardó que él llenara el espacio en blanco.

Con las mejillas colondas, Hank luchó por darle salida a las palabras.

—No... No es necesario que se marche.

—Sí, me temo que lo es —volvió a dedicarse a la maleta, como si él ya no estuviera presente.

Hank respiró hondo.

—Lo que intento decirle es que no la despido —no le hizo caso— ¡Maldita sea! Mi padre quiere que se quede.

—No podemos

— ¿Porqué no?

—Porque usted ha asustado a Timmy.

Como continuaba con la maleta, Hank comprendió que tendría que rectificar sus agravios. Se apoyó sobre una rodilla.

—No quería asustarte —dijo, tratando de suavizar el tono hosco de su voz. El intento de ocultar su irritación fue un completo fracaso.

De pronto, el pequeño se puso a llorar y su madre dejó lo que hacía para consolarlo.

— ¿Qué sucede? ¿Qué he dicho?

Hank quería retirarse, dejar que se marcharan, pero su padre le había pedido que se quedaran. ¿Qué podía hacer?

—Escuche, ¿puede quedarse al menos una semana más, comprobar si nos llevamos bien? Mi padre necesita lo que ha estado dándole. Necesita a Timmy. Creo que Timmy lo ayudando a mi padre a recobrarse.

El pequeño alzó la cabeza del hombro de su madre y se sorbió la nariz.

—Mejorará con tu ayuda, Timmy. ¿Queréis tu mamá y tú quedaros un tiempo más?

—Me gusta estar aquí... pero tú me asustas.

Hank apretó los dientes.

—Te prometo que no te asustaré más —sentía que ya había alcanzado su limite con el niño. Miró a Maggie, pero apartó la vista de

la desaprobación que vio en sus ojos azules.

— ¿Qué? —inquirió, sin especificar la pregunta.

—Lo intentaremos durante una semana. Pero está a prueba. ¡No dejaré que mi hijo viva en un terror constante!

—No me verán mucho. Éste es un rancho en activo.

—Sólo he visto a Larry. ¿Lleva un rancho con un solo empleado?

—No, hay más vaqueros, pero en este momento mis hombres trabajan en el agrupamiento de ganado de un vecino. Regresarán esta noche o mañana.

—Oh, ya veo. ¿También tendré que cocinar para ellos?

—No, ya tienen cocinero.

—Mmm, creo que algo se está quemando aquí —dijo Larry.

Sin decir una palabra, Maggie alzó a Timmy en brazos y fue a la cocina, dejando a Hank en su dormitorio.

Pero él la siguió.

—No pasa nada, Carl —le dijo ella al hombre mayor—. Es el remate de malvavisco. Puedo rehacerlo y tener las patatas dulces en un abrir y cerrar de ojos.

— ¿Ha preparado patatas dulces con recubrimiento de malvavisco? —preguntó Hank.

—Sí —respondió sin levantar la vista—. Su padre lo pidió.

—No me extraña que no quiera que se vaya.

— ¿Y eso qué significa?

—Que como le prepare todos sus caprichos, nadie sabe qué puede pedir a continuación.

Lo miró con ojos centelleantes.

— ¿Por qué no se une a su padre en el porche? No me gusta tener a alguien mirando por encima de mi hombro cuando trato de preparar la comida.

— ¿De modo que me echa de mi propia cocina?

—Qué tonta soy. Pensaba que era la cocina de su padre —lo desafió a contradecirla.

Ceñudo, salió al porche. Ni siquiera se había dado cuenta de que Timmy ya había salido y se hallaba de pie junto a su padre.

— ¿Qué hace Timmy aquí?

El pequeño intentó retroceder hasta la puerta de la cocina, pero Carl le pasó suavemente un brazo por los hombros.

—Me hace compañía. A veces leemos libros o jugamos con los coches de Timmy. Otras, le cuento cosas de ti cuando eras niño.

— ¿De mí?

— ¿Te acuerdas de aquella vez que te quedaste encerrado en el granero? —preguntó Carl con una sonrisa.

— ¡Y una serpiente casi lo muerde! —añadió Timmy, demasiado entusiasmado con la historia como para recordar que Hank le daba miedo.

—Por eso Timmy no debería subirse a las balas de heno en el granero —indicó Carl—. ¿Verdad, Timmy?

—Verdad —el chico asintió varias veces.

—Comprendo —al marcharse la semana anterior, habría jurado que su padre habría sido incapaz de recordar su nombre, mucho menos anécdotas suyas de la infancia. Tener la compañía de la mujer y del chico había obrado milagros—. Me alegro de que te sientas mucho mejor, papá —dijo, suspirando.

Carl entrecerró los ojos.

— ¿Te preguntas por qué no he respondido a todos tus intentos de que tratara de cambiar mis costumbres?

—No soy la cocinera ni el ama de llaves que es Maggie, aunque lo he intentado.

—No es culpa tuya, hijo —indicó—. Trabajabas todo el día. Lo que necesitabas era que te prepararan la comida, no tener que prepararla tú. No te he culpado. Bueno, quizá de vez en cuando, cuando tostabas todo demasiado —sonrió

Hank lo miró incrédulo. Estaba sonriendo.

—No era mi intención.

—Lo sé. Nadie querría comer cosas así.

Larry decidió intervenir.

— ¿Recuerda cuando trató de preparar una tarta, sólo que no siguió las instrucciones? Quedó quemada por fuera y cruda por dentro.

Carl y Larry rieron.

En ese momento, Maggie abrió la puerta y Timmy corrió a su lado.

— ¡Mamá, Hank preparó una tarta cruda!

—Comprendo... Bueno, la cena está lista, si alguien tiene hambre.

Los tres hombres se pusieron de pie.

—Primero he de ir a lavarme —indicó Hank.

—No seas lento, muchacho, o me comeré tu parte.

—Hay comida de sobra, señor Brownlee. Su padre sólo bromeaba —regresó a la cocina seguida de todos.

— ¿Llama a mi padre señor Brownlee?

—No. Me ha pedido que lo llame Carl.

—Entonces, será mejor que me llame Hank —no aguardó una respuesta. Fue rápidamente a lavarse las manos para no perderse la comida.

Cuando Hank regresó a la mesa, lo hizo decidido, a pesar del aroma que le llegaba desde el pasillo, a encontrarle algún defecto a Maggie y a su cocina.

Pero no pudo.

Achacó dicha imposibilidad al hecho de haber estado tomando guisos miserables durante una semana. Para compensarse todos los problemas por los que se había hecho pasar, se sirvió una segunda ración de patatas dulces con malvaviscos, judías verdes y costillas asadas a un punto de perfección. Por no mencionar unos bollos calientes.

Luego ella presentó el postre y Carl asintió gesto de aprobación.

—Tiene toda la pinta de la tarta de zanahorias preparaba Linda, Maggie. Es perfecta.

Maggie sonrió al oír esa alabanza.

— ¿No debería esperar hasta probarla, Carl?

Hank quería rechazar la tarta. No quería saber que esa mujer podía cocinar tan bien como lo había hecho su madre. De algún modo, alabar la destreza de Maggie en la cocina le resultaba como una traición a la memoria de su madre.

—Su tarta no podría ser igual a las que solía preparar mi madre. ¿Cómo podría...? Quiero decir, son recetas diferentes —logró manifestar al final.

—Claro que lo son. Pero encontramos el recetario de su madre. Es maravilloso..., lleno de estupendas recetas que había ido apuntando a lo largo de los años. Su padre me permitió usarlo para prepararle las recetas predilectas, tal como hacía ella.

Al ver las expresiones de satisfacción en los rostros de su padre, de Larry y del pequeño, decidió esperar. Ya podría airear sus diferencias con ella más tarde. Por el momento, simplemente aceptó una porción de tarta y alzó el tenedor. El primer bocado lo paralizó. Era la misma tarta que siempre había hecho su madre. No podía negarlo.

—Está deliciosa, Maggie. Jamás pensé que volvería a probar una tarta de zanahorias tan buena como la de Linda —afirmó Carl.

—Y sigue sin hacerlo, Carl —dijo Maggie con una sonrisa—. No es la tarta de Linda. Yo la preparé, pero es su receta.

—Eso es verdad. Gracias, Maggie.

Hank apretó los dientes y estuvo a punto de dejar tenedor. A punto.

—Desde luego que está buena —añadió Larry, sonriéndole a

Maggie.

Hank casi gruñó en voz alta. ¿Es que Larry coqueteaba con su ama de llaves?

—Sí, mami. Está buena.

No le importaba que Timmy alabara a su madre. Era lógico, pero sí le importaba que Carl y Larry parecieran elevarla constantemente a los cielos.

Alzó la vista y descubrió que todos, menos ella, lo miraban.

— ¿Qué? —preguntó, ceñudo.

— ¿No te gusta la tarta de mamá? —preguntó Timmy, con la misma timidez del principio.

—Mmm, sí, está buena —incluso le sonrió al pequeño, recordando la advertencia de Maggie.

—Creo que deberías quitarle la tarta —le dijo Carl a Maggie.

Asombrado por la traición de su padre, Hank agarró su plato y lo miró con ojos centelleantes.

— ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque ese cumplido inocuo ni se acerca a hacerle justicia a la tarta y tú lo sabes —le dijo Carl.

—Me gusta, ¿de acuerdo? Tienes razón. Me recuerda a la tarta de mamá.

Para su sorpresa, fue Maggie quien lo rescató de aquella situación.

—Estoy más que satisfecha con tu alabanza, Carl. No podría pedir más.

Le sonrió a su padre..., pero no a él.

—Estoy realmente cansado, papá. Si no os importa, me retirará temprano —Hank se puso de pie.

En vez de responderle a él, su padre se dirigió a ella.

—Lo eduqué mejor, Maggie, lo prometo.

— ¿Qué he hecho? —exigió saber Hank.

—Discúlpate con la señora de la casa, hijo. En particular después de que te haya servido la mejor comida que has probado en más de un año.

—Te refieres a la mejor comida que he tenido después de la muerte de mamá, ¿verdad, papá? —se tragó el nudo que sentía en la garganta.

El dolor por la pérdida de su madre lo pilló por sorpresa. Sabía que su padre había tenido dificultades en aceptar el fallecimiento de su madre, pero él había estado bien. Se había mantenido ocupado. Era su padre quien... Salió de la habitación, incapaz de enfrentarse a sus pensamientos, y mucho menos a la consternación que veía en las caras

que lo rodeaban.

Nadie habló durante varios minutos. Luego lo hizo Larry:

—Está realmente agotado. No ha dormido mucho durante la última semana.

—Será mejor que vaya a hablar con él —dijo Carl.

Parecía más viejo por momentos.

Maggie alargó una mano para posarla sobre la de él.

—No, Carl, creo que será mejor hablar de ello mañana. Tenemos que respetar el dolor de Hank —Carl asintió y volvió a sentarse—. Creo que debes darle algo de espacio... Además, el hecho de que tú te sientas satisfecho conmigo no significa que Hank también lo esté. Quizá sea mejor que Timmy y yo nos vayamos.

—No, Maggie, insistiré...

—Pero eso no funciona, Carl. ¿Acaso Hank no insistió en que dejaras de penar a tu esposa y fueras feliz?

—Sí, lo hizo —repuso despacio.

— ¿Funcionó? —preguntó ella aún más despacio.

Carl clavó la vista en el suelo.

—Sabes que no.

Maggie le palmeó el hombro.

—No es culpa tuya, Carl.

—Creo que tienes razón —concedió—. Lo que me hace pensar... Si tú me ayudaste a abrir mis sentimientos, podrías hacer lo mismo con Hank.

La expresión del hombre mayor se iluminó con el pensamiento de que quizá acabara de encontrar un motivo convincente para que Maggie se quedara.

Capítulo 3

Sólo pudo abrir los ojos a la mañana siguiente.

Con un gran esfuerzo. La noche anterior apenas se había desvestido antes de caer desplomado sobre la cama. Esa mañana, notó las sábanas limpias y el orden que reinaba en el cuarto.

En vez de sentirse bien por los cambios, se sintió violado. Como si ella le hubiera invadido el espacio. No le había pedido que se ocupara de su habitación... La había contratado para cocinar y cuidar de su padre no para invadir su intimidad y trastear con sus cosas.

Esa mañana se cercioraría de que supiera bien cuáles eran sus

deberes. En cuanto ella se levantara, le aclararía las cosas. Lo más probable era que siempre durmiera hasta tarde. Seguro que hasta tendría que prepararse él mismo el desayuno.

Se levantó de la cama y tanteó en el suelo en busca de la ropa que había tirado la noche anterior. Todo lo demás estaba incluso más sucio, ya que no había tenido tiempo de hacer una colada antes de irse. Con los ojos a medio abrir, siguió tanteando por el suelo.

¡No estaba allí!

Bueno, quizá su padre hubiera entrado para recogerla y ponerla en la única silla de la habitación. Miró y tampoco estaba allí.

Giró en redondo y estudió el cuarto. Todo estaba doblado y ordenado, sin polvo en la cómoda ni ropa sucia apilada en los rincones. Abrió un cajón. Se encontró con la ropa interior y las camisetas ordenadas.

Sacó unos calzoncillos y una camiseta. Luego abrió otro cajón y encontró vaqueros limpios doblados. En el armario vio numerosas camisas colgadas en fila.

Una vez vestido, fue a la cocina. Esa mañana se había quedado dormido. Ya eran las ocho y media. Había dado por hecho que tendría la cocina para él solo, pero encontró a su padre, a Timmy y a Maggie sentados a la mesa

En cuanto ella lo vio de pie en el umbral, se levantó.

—Buenos días, Hank. Venga a sentarse.

Antes de que pudiera moverse, ella le había llenado una taza con fragante café, que depositó ante él. Ceñudo, apartó la silla. No había mirado a su padre.

Maggie no regresó a la mesa, ya que se puso a prepararle unas tortitas. En cuanto tuvo la masa al fuego, se dirigió al microondas y lo activó. En un abrir y cerrar de ojos, dispuso una bandeja llena de tortitas y beicon.

Su padre le pasó la mantequilla y la mermelada.

—Toma, hijo. No has vivido hasta haber probado las tortitas de Maggie.

Antes de que pudiera probarlas, tenía que aclarar la situación de la noche anterior.

—Papá, lamento lo de anoche, pero...

—No te preocupes, hijo. Estabas extenuado por la recogida de ganado. Muchas veces tu madre me decía que no quería verme después de una recogida hasta haberme dado una ducha y dormido uno o dos días.

Hank no podía creerse la forma tan casual en que su padre había hablado de su madre. Desde que murió, habían evitado hablar de ella.

Su padre se habla convertido en un zombi y él había retenido su propio dolor para no agobiarlo.

—Adelante, muchacho, cómete las tortitas antes de que se enfríen.

Hank asintió, pero aunque resultaba doloroso hablar de la muerte de su madre, hacía que se sintiera bien saber que su padre no la había olvidado.

Cuando se llevó el primer bocado a la boca, descubrió que sabían como una tarta.

— ¿Esta segura de que no son el postre? —preguntó sin pensar.

—Te dije que eran buenas —le recordó Carl con gran satisfacción.

Hank continuó comiendo, negándose a mirar a Maggie o a su padre. Después de no dejar ni una tortita de su plato. Maggie le preguntó:

— ¿Quieres más?

— ¡No! Quiero decir… no, gracias.

— ¿Seguro? Tengo masa de sobra que se desperdiciará si no la usa.

—Bueno. Puedo comer algunas más si tiene la masa preparada —convino. Mantuvo la cabeza baja hasta que Timmy bajó de la silla que ocupaba y le palmeo la rodilla—. ¿Sí, Timmy? ¿De qué se trata?

— ¿Te duele la cabeza? Es lo que le pasa a mama cuando no habla.

Miró a Maggie antes de responderle al pequeño.

—Mmm, sí, quizá tenga dolor de cabeza. Lo cual, eh… me recuerda que no pude encontrar la ropa que me quité anoche.

Su padre fue a responder, pero ella se adelantó.

—Su padre estaba preocupado por usted. Al comprobar su habitación, recogió la ropa sucia y la llevó al cuarto de la lavadora para ahorrarme un viaje —sonrió.

—No necesito que me lave la ropa, me limpie la habitación o… lo que sea que haga. Puedo cuidar de mí mismo. La contraté para cuidar de mi padre.

—Pero… —comenzó Maggie.

— ¡No hay necesidad de mantener una discusión! He de ir al granero y encargarme de mis hombres.

—Mmm, muchacho, les di el día libre —indicó Carl, sabiendo que eso alteraría aún más a su ya agitado hijo.

Hank miró a su padre.

— ¿Qué has hecho qué? ¡Maldita sea! Papá, hace un año pusiste el rancho en mis manos. ¡Creía que era yo quien lo dirigía!

—Intentaba ayudar. Todos están agotados, igual que tú. Pensé que se merecían el día libre.

Hank guardó silencio. Se levantó y salió de la cocina como si lo persiguieran.

Maggie lo observó irse, agradecida de que hubiera tomado un buen desayuno. Y había pensado que su padre era un caso duro. Carl era un paseo por el parque comparado con Hank.

—Maggie, espero que Hank no te ofendiera. No sé que le pasa a ese muchacho.

—Creo que está luchando con el dolor, Carl. Está contento de que hayas superado el tuyo, pero él necesita la oportunidad de encarar los sentimientos que tiene embotellados.

Carl frunció el ceño.

—Desde luego, me ha mirado de forma rara cuando he hablado de Linda hace un momento.

—Sí, pero creo que deberías continuar haciéndolo. Tu hijo lleva mucho tiempo con el dolor enterrado. Al menos no se opuso a probar mi comida.

Carl rió.

—Debería estar muerto para negarse a hacerlo.

—Mami, ¿está enfadado conmigo Hank? —preguntó Timmy.

—No, cariño. Está apenado por la muerte de su madre, eso es todo. Acuérdate de que nos sentimos realmente tristes cuando murió papá.

—Sí —corroboró Timmy despacio, la cara muy con centrada—. Podría darle uno de mis coches. Eso lo haría feliz.

Carl extendió los brazos hacia el pequeño.

—Ven a darme un abrazo, Timmy.

Con un gesto de asentimiento de parte de su madre, Timmy hizo lo que Carl sugirió. Luego, éste dijo:

—Es una oferta realmente generosa darle a Hank uno de tus coches, pero los adultos son diferentes. Tendremos que ser muy pacientes con él.

—De acuerdo —convino el niño, aunque no parecía tener las cosas mucho más claras.

—Está bien, Timmy —dijo Maggie con suavidad—. ¿Por qué no te llevas a Carl fuera mientras yo recojo la mesa?

Después de que los dos desaparecieran en el porche de atrás, limpió la mesa y pensó en Hank. No es que estuviera interesada en él. No, no pensaba volver a casarse. El dolor resultaba demasiado grande cuando el matrimonio terminaba, fuera por la causa que fuera. No estaba dispuesta a correr otra vez ese riesgo.

Pero Hank, igual que su padre, sufría por haber enterrado profundamente un dolor en su interior. Ella habría hecho lo mismo

cuando falleció su marido, de no haber tenido a Kate para que la sacara de su depresión y le recordara que Timmy la necesitaba.

Si pudiera hacer lo mismo por Hank, sería como transmitir la serenidad que Kate le había ayudado a encontrar.

Tras llenar el lavavajillas, pensó en lo que podía hacer. Como si la guiara la mano de Linda, sacó el recetario que Carl le había prestado. Pasó despacio las páginas y llegó hasta una receta muy visitada. Supo que era la receta de las galletitas predilectas de Hank.

Con una sonrisa, bajó una batidora. Al rato introducía una bandeja en el horno. Las de harina de avena con pasas también eran las favoritas de Timmy.

Hank no fue a comer. Pero habría querido hacerlo. Le parecía que podía oler el tentador aroma de la magnífica habilidad de Maggie en la cocina hasta en el mismo granero. Larry no mostró nada de su renuencia. Se fue a almorzar sin ningún reparo.

Se pasó una mano por el pelo y se preguntó por que se comportaba de esa manera. Había contratado a Maggie para que arreglara las cosas en la casa. Y luego, le prohibía que le hiciera la colada o limpiara su habitación. ¿Es que estaba loco?

Tal vez.

Mas o menos una hora mas tarde, Larry regresó.

— ¿Qué haces, Hank?

Estaba sentado en una bala de heno con la vista clavada en la lejanía.

—Nada.

— ¿Por qué no has ido a comer?

—Porque no podía mirar a mi padre ni a Maggie.

Larry se mostró alarmado.

—Mmmm, ¿qué has hecho?

—Me he comportado como un idiota. Papá puso a Maggie por las nubes, como si hubiera olvidado a mi madre. Luego la mencionó de forma casual.

—Sí, he notado que últimamente habla mucho de Linda —tras una pausa, Larry prosiguió despacio—. Nunca te he oído hablar de tu madre.

— ¡Maldita sea! No suelto todo lo que llevo dentro cada minuto, Larry. ¡Soy un hombre!

Larry se encogió de hombros y comenzó a alejar- se, musitando:

—Sólo era una idea.

Una que Hank no quería considerar. Pero como si un dique se hubiera roto en su interior, por su mente pasaron imágenes de su

madre. Cuando decoraba la casa en Navidad, o le preparaba una merienda especial al volver del colegio. O cuando lo cuidó al tener el sarampión o al hacerse daño jugando al fútbol.

Y luego estaban todas las veces en que, siendo niño, le había leído cuentos antes de irse a dormir.

Quería a su padre, y habían pasado muchas horas trabajando juntos. Pero su madre y él habían compartido un vínculo especial.

Las lágrimas llenaron sus ojos y se alegró de que Larry se hubiera ido. Se limpió los ojos. Echaba de menos a su madre, su mejor amiga.

Se puso de pie y recorrió el pasillo del granero. Debía controlarse. No podía dejar que nadie lo viera tan débil como se sentía en ese momento.

Cuando Hank fue a cenar, evitó mirar a Maggie. Ella no supo si eso era buena o mala señal. Con ayuda de Carl, había trabajado duramente para preparar su comida preferida. Como no había ido a comer, supuso que no se negaría a tomar la cena.

Mientras ponía los platos en la mesa, lo estudió con discreción. Lo vio mirar cada plato y luego a su padre. Carl le preguntó qué había hecho durante todo el día.

—He trabajado —fue la sencilla respuesta.

— ¿Todo va bien? —inquirió Carl.

— ¡Perfectamente! —espetó Hank.

—Carl, ¿podrías llenar el plato de Timmy? —se apresuré a pedir Maggie. Si no hacía algo, Hank dejaría la mesa sin comer nada—. La señora Washburn ha venido esta tarde. Se había enterado de que habías contratado a un ama de llaves. Queda estar segura de que yo no sería ninguna competencia. No me habías dicho que tenías una admiradora secreta, Carl.

Eso debería cambiar el tema.

— ¿Quien? ¿Yo? —bramó_ ¿Sue Washbum está interesada en mi? Ni soñarlo. Su marido en el hombre más desdichado que jamás he conocido. Cuando murió, todos supusimos que era porque ya no soportaba vivir con Sue.

— ¡Papá! No deberías decir esas cosas.

—Pues es verdad. Esa mujer ni siquiera sabe cocinar.

—Podría aprender de ti, Carl —bromeó Maggie.

—No es necesario. Te tenemos a ti, Maggie. Tú eres tan buena cocinera como Linda.

Carl no notó el ceño de su hijo, pero Maggie sí.

—Deberías conocer a la tía Kate. Es incluso mejor cocinera que yo, y además es encantadora.

— ¡Adoro a la tía Kate! —Rió Timmy—. Es divertida.

—Sí, lo es —corroboró Maggie con nostalgia.

— ¿Pues por qué no la invitas a que te visite? —preguntó Carl.

—Esperemos a que me instalen la nueva cama. No creo que Kate, Timmy y yo pudiéramos dormir en la cama individual que tengo ahora.

—Pensé que había dicho que te la traerían de inmediato -indicó Carl.

—Yo también. Pero me llamaron para comunicar me que la entrega se retrasaría una semana.

Hank carraspeó.

—Si fiera a la ciudad a recogerla, ¿podrían tenerla para mañana? —preguntó.

—No... No lo sé. No les pregunté eso.

—Llámelos por la mañana. Si se puede recoger, iré a buscarla después de que los hombres empiecen el trabajo del día.

—Es un ofrecimiento muy amable, pero no es necesario.

—Ya me siento bastante culpable por no haber limpiado su habitación. Quizá esto lo compense.

—Gracias, Hank. Sería agradable.

—Es un gran detalle, hijo —añadió Carl.

—No nos pasemos, papá —gruñó.

—De acuerdo. ¿Qué hay de postre, Maggie?

Maggie deseó poder esconder las galletitas, pero no tenía nada más para ofrecerles. Y Carl esperaba algo de postre.

—Mmm... Hoy horneé unas galletitas. ¿Será suficiente eso?

—Desde luego —convino Carl con entusiasmo.

Hank la miró.

— ¿Qué clase de galletitas? —preguntó.

—Bueno, quería algo saludable para Timmy y encontré una receta en el libro de su madre que parecía...

Hasta ahí pudo llegar antes de que Hank saliera disparado por la puerta trasera.

—Has preparado las galletitas de harina de avena con pasas, ¿verdad? —Preguntó Carl—. Debería habértelo advertido.

—Esperaba que provocara buenos recuerdos en Hank —musitó Maggie—. No era mi intención hacerle daño.

—No se puede evitar. Trae las galletitas, ¿quieres, Timmy?

—Bien —aceptó el pequeño con una risita.

Maggie seguía despierta cuando oyó a Hank entrar en la cocina.

Eran poco más de las diez. Al ir hacia allí con la bata, lo encontró con la mano metida en el bote de las galletas.

—Puedo preparar un poco de café para acompañarlas —ofreció con suavidad.

—Son demasiadas molestias sólo para mí —gruñó.

—A mí también me gustaría tomar una taza.

—Entonces, adelante —apartó una silla y se sentó a la mesa.

Maggie sacó un plato del armario para las galletitas, añadió algunas y lo deslizó frente a él. Luego se puso a preparar el café antes de sentarse.

La luz en la cafetera se encendió y se levantó para servir dos tazas. Luego volvió a sentarse.

Los dos comieron en silencio. Al final, Maggie dijo:

—Me encanta esta receta. Nunca antes la había encontrado.

Él enarcó una ceja y continuó comiendo.

—Bueno, desde luego he preparado galletas de harina de avena con pasas, pero no se me habría ocurrido añadirles nueces y trozos de chocolate.

—Mi madre las hizo durante más de veinte años.

—Debió de ser una madre estupenda —musitó ella.

Pero no engañó a Hank. El se puso de pie, le dio las gracias por el refrigerio de última hora y se marchó a su habitación.

A la mañana siguiente, Maggie se levantó temprano para tener el desayuno listo antes de que Hank se fuera al granero.

Cuando él llegó a la cocina, pudo percibir la sorpresa en su cara.

—No pensé que estuviera levantada tan temprano.

—Me he mostrado perezosa la semana pasada por que no había nadie que viniera a desayunar tan pronto. Pero éste es mi trabajo, Hank —le sirvió una taza de café y le puso un plato de huevos revueltos con beicon. Luego una cesta con panecillos caseros.

En vez de sentarse con él, se puso a trabajar ante el fregadero, dándole la espalda. No quería que encarara un duro día en el rancho sin un buen desayuno. Y percibía que su presencia a la mesa podría irritarlo. Además, cuando él estaba en la cocina, se sentía turbada.

Al oírlo carraspear, se volvió. Lo vio de pie junto a la mesa.

—Gracias por un desayuno estupendo, Maggie.

—De nada. ¿Hoy podrá ir a la ciudad a recoger la cama?

—Sí. Volveré en una hora.

—No creo que haya nadie en la tienda antes de las nueve.

—De acuerdo, volveré a las nueve —entonces desapareció por la

puerta de atrás.

Maggie se acercó a la ventana para observar sus largas zancadas mientras caminaba hacia el granero. Era un hombre fuerte, lo que le dificultaba mucho el afán de ayudarlo Decididamente, Hank Brownlee representaba un desafío, pero le encantaban los desafíos, en especial uno tan atractivo.

Después de poner la colada y de limpiar la cocina, preparó bollos de arándanos para Timmy y Carl. Justo cuando los sacaba del horno, su hijo apareció con el pijama puesto y frotándose los ojos.

—Timmy, creo que has olvidado vestirte. Te dejé la ropa preparada.

—Mmmm... —Farfulló el pequeño—. Tengo hambre.

—Y podrás comer en cuanto te vistas —dijo con firmeza—. Ve corriendo a vestirte.

Carl entró cuando Timmy se marchaba.

—Eh, Timmy, muchacho, ¿adónde vas?

—Tengo que vestirme —respondió con un mohín.

—Puede desayunar con el pijama puesto, Maggie, mí no me molestaría.

—Lo agradezco, pero es mejor si se ciñe a una rutina.

—Supongo. A Linda siempre le gustaban esas cosas. Recuerdo una vez en que Hank se rebeló. Se marchó sin desayunar porque ella se negó a darle de comer hasta que no hiciera lo que debía. No sé quién sufrió más. Linda estuvo preocupada por él todo el día. Y cuando al fin regresó, Hank se disculpó de inmediato. Lo cual estuvo bien, ¡porque Linda tenía decidido disculparse con él! —recordó con una carcajada.

—Estoy segura de que le resultó muy duro a su mujer —convino Maggie recordando lo duro que había sido cerciorarse de que Hank desayunara esa mañana antes de irse a trabajar.

Puso el desayuno en la mesa y luego se asomó al pasillo.

— ¿Timmy? He preparado bollos de arándanos para desayunar. Será mejor que vengas a la mesa antes de que se enfríen.

Timmy seguía con el pijama puesto en el centro de la cama que compartían.

—No quiero vestirme.

Maggie se acercó y le tocó las mejillas.

— ¿No te sientes bien, cariño?

—Me duele, mami —dijo, alzando la cabeza

— ¿Dónde te duele, Timmy?

—La cabeza.

Ella ya sabía que tenía una fiebre muy alta, y las lágrimas en sus

ojos la convencieron. Apiló las almohadas y lo tumbó sobre ellas. Luego lo cubrió con la sábana y una manta ligera.

—Deja que le sirva el desayuno a Carl. Luego te traeré algo para desayunar.

— ¿En la cama? —preguntó Timmy con incredulidad.

—Sí. Cuando estás enfermo, desayunas en la cama—afirmó Maggie con una sonrisa.

De vuelta a la cocina, explicó que Timmy no se sentía muy bien.

— ¿Qué crees que tiene? —quiso saber Carl.

—Es difícil saberlo. Puede que esté pillando un resfriado de verano —aventuró.

—Bueno, llévale el desayuno. Yo tengo todo lo que necesito. Dile que quiero que se mejore.

—Lo haré, Carl. Gracias; y llama si me necesitas.

Preparó un plato para su hijo y se lo llevó. Se sentó junto a él y le dio de desayunar. No terminó de comer, pero casi. Luego volvió a arroparlo y le pidió que descansara

Se quedó dormido antes de que Maggie saliera de la habitación. Lo que la preocupó aún más. Por lo general, Timmy estaba lleno de energía.

Después de recoger la cocina, fue a buscar a Carl. Lo encontró en el porche trasero. Salió para informarle de que Timmy dormía.

— ¿Necesitas llevarlo al médico? Podrías ir a la ciudad con Hank para que lo examinen.

—Dependerá de cómo se encuentre. Si la fiebre le sube en la próxima hora, puede que lo haga. ¿Tenéis un médico conocido?

—Por supuesto. Lo llamaré, si quieres.

—Gracias, Carl.

Preparó el almuerzo a toda velocidad para que sólo tuvieran que calentarlo si no regresaba a tiempo de la ciudad. Luego llamó para preguntar por su cama. La tienda no puso ninguna objeción a que pasara a recogerla esa mañana.

Al regresar a la habitación para comprobar las mejillas del pequeño, la alarmó sentir lo calientes que estaban.

Salió al porche

— ¿Carl? ¿Podrías llamar a tu médico? Timmy está muy caliente.

Carl fue al teléfono. Al colgar, tenía una cita para Timmy a las once de la mañana.

— ¿Puedes llegar a esa hora?

—Claro, si Hank regresa a tiempo. Es un trayecto de sólo hora y media.



— ¿Crees que le importará?

CAPÍTULO 4

— ¿Timmy está enfermo? —preguntó Hank con preocupación en la voz.

—Sí. Acaba de vomitar el desayuno y tiene una fiebre muy alta —explicó Maggie—. Su padre llamó a un médico en la ciudad que aceptó verlo a las once de esta mañana. Esperaba que no le importara llevarnos.

Hank la observó con atención. Lo único que veía era preocupación por su hijo. Le recordó a su madre.

—Eh… claro, ningún problema —miró a su padre—. ¿Has llamado al doctor Bragan?

—Sí.

—Bien. Iré a limpiar un poco la furgoneta. Luego podremos irnos.

Después de haber limpiado y ordenado el interior del vehículo regresó a la casa. Llamó a Maggie y la vio salir del dormitorio con Timmy envuelto en una manta y dormido en sus brazos.

—Deje que lo lleve. Usted no es lo bastante grande como para transportarlo de esa manera —alzó al niño en brazos—. ¿Por qué no trae una almohada? Así estará más cómodo.

Con sonrisa trémula, regresó al dormitorio a buscar una.

Hank notó lo caliente que estaba el pequeño.

— ¿Le ha dado alguna aspirina infantil?

—Me daba miedo. Esperaremos hasta ver lo que dice el médico. Voy a mojar una toallita para ponérsela en la frente. Eso ayudará —le aseguró.

El simplemente asintió. Al llegar a la puerta de atrás, llegó su padre.

—Se pondrá bien, Maggie —la tranquilizó en el instante en que se reunía con ellos.

—Claro que sí —convino ella—. El almuerzo está en la nevera. Lo único que tienes que hacer es ponerlo en el microondas durante tres minutos cuando quieras comer. Hay suficiente también para Larry, así no tendrás que comer solo.

—Gracias, Maggie, pero no deberías haberte preocupado por mí —protestó Carl.

Maggie simplemente asintió, con la vista clavada en su hijo.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo.

—Sí -convino Hank, y fue hacia la puerta.

Maggie se adelantó para abrírsela. Carl los siguió.

—Llámame después de haber visto al médico —ordenó.

—Llevo el móvil —asintió Maggie.

En cuanto se acomodaron en la furgoneta, no tuvo otra cosa que hacer que mirar a su hijo. Su pánico aumentó. Era la primera vez desde la muerte de su marido que Timmy se ponía enfermo, y no quería ni siquiera encarar la posibilidad de perderlo.

— ¿Qué sucede?

La súbita pregunta de Hank la sacó de sus pensamientos sombríos.

— ¿Qué?—alzó la cabeza.

—He preguntado qué sucede. Parecía muy infeliz. ¿Le preocupa Timmy?

—Claro. Es mi único hijo.

—Entonces, si tuviera seis, ¿no le preocuparía tanto?

Lo miró con ojos centelleantes.

— ¡Por supuesto que sí!

—Se va a poner bien, Maggie.

— ¿Cómo lo sabe? —su ira estaba mezclada con la ansiedad de que la reafirmara.

—No lo sé con certeza, pero recuerdo a mi padre contarme lo inquieta que se ponía mi madre cuando yo enfermaba, pero siempre me ponía bien. Estoy seguro de que con Timmy pasará lo mismo.

Tras un momento de silencio, ella dijo:

—Sí, de acuerdo, me estoy excediendo en mi preocupación, ¿verdad?

—Eso creo. Y si la ayudara, yo me uniría a usted—le aseguró con una sonrisa cálida—. Pero no lo hará. Así que esperemos hasta ver al médico.

Maggie respiró hondo y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Muy bien, ¿Cuánto queda?

—Más o menos media hora. ¿Por qué no duerme un poco? Quizá esta noche deba quedarse despierta hasta tarde.

Maggie asintió y dejó que se le cerraran los ojos.

Hank mantuvo la vista en la carretera hasta que transcurrieron varios minutos. Luego los miró a los dos de reojo. Fue como mirar en un espejo que reflejara su propia vida. Siempre que se había puesto malo, su madre había estado a su lado. Nada que su padre o ella hubieran podido hacer habría conseguido que evocara a su madre de forma más precisa que ver a Maggie con ese hijo enfermo.

Pasó el resto del trayecto en paz, mientras sus pasajeros dormían.

Cuando llegó a la tienda en la que Maggie había encargado la cama, aparcó dejando el motor en marcha. Con todo el silencio que pudo y ayudado de uno de los vendedores, subió la cama a la parte de

atrás de la furgoneta.

Volvió a ponerse al volante y descubrió que ella estaba despierta.

— ¿Se siente bien?

—Sí, gracias.

— ¿Cómo está Timmy?

Maggie se inclinó y le tocó la frente.

—Sigue caliente, pero quizá no tanto.

—Llegaremos a la consulta del médico en quince minutos —le informó.

Al llegar, tomó al niño en brazos y lo llevó dentro. Las enfermeras lo saludaron con afecto y miraron con curiosidad al niño que tenía en brazos. Luego lo condujeron a la consulta.

—Bienvenido, Hank. No sabía que te habías casado, mucho menos que habías formado una familia. Veamos a tu hijo —dijo el doctor Bragan, poniéndose en pie para apartar la manta—. Es mayor de lo que habla esperado. ¿Me has estado guardando secretos, Hank?

Maggie se adelantó.

—No es el hijo de Hank. Soy la nueva ama de llaves de los Brownlee y Timmy es mi hijo.

Hank quedó asombrado de que le hubiera gustado la momentánea sensación de ser padre. Y la idea de ser el hombre de Maggie le había causado un cosquilleo en el estómago.

—Vaya, bienvenida. Soy el doctor Bragan.

—Maggie Woodward, doctor. Y éste es mi hijo, Timmy. Le agradezco que nos recibiera hoy mismo.

—Hank y Carl son pacientes especiales. Si viene de su rancho, es bienvenida aquí. Y ahora, echémosle un vistazo a Timmy. ¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir los cuatro. Despertó esta mañana sin sentirse bien. Se le ha manifestado fiebre y vomitó el desayuno.

—Edith, venga —llamó el médico.

De inmediato, una mujer mayor con una almidonada bata blanca apareció en la puerta.

— ¿Sí, doctor?

—Necesitamos abrir un historial para Timmy Woodward. Y tómele la temperatura.

—Sí, doctor —le entregó a Maggie un portapapeles y un bolígrafo. Por favor, rellene el formulario mientras yo examino a Timmy.

Cinco minutos más tarde, había terminado de rellenar los papeles y Edith de tomarle la temperatura y realizar un examen rápido.

El doctor Bragan, que se había llevado a Hank al despacho para charlar unos momentos sobre Carl, regresó a la sala seguido de Hank.

—Y bien, Edith, ¿qué le parece?

Maggie contuvo el aliento a la espera del diagnóstico de Edith, quien había musitado cosas inaudibles mientras auscultaba al pequeño.

—Varicela —repuso de forma sucinta.

Maggie se quedó boquiabierta. El médico primero miró a Edith y luego a ella. Al final, encaró a Timmy, sentado en la camilla, con los brazos de su madre al rededor de los hombros.

— ¿Te importa si echo un vistazo, jovencito? —le preguntó a Timmy, quien a instancias de su madre, asintió. Pasados unos minutos, el doctor Bragan coincidió con la evaluación de Edith—. Me temo que Edith tiene razón —miró a Maggie—. Doy por hecho que usted ya la ha tenido, ¿verdad?

—Sí. Aunque no sé Hank —Maggie lo miró.

— ¿Yo? Sí, la tuve —aseguró.

—Haré que Edith le dé un folleto sobre cómo cuidar dé alguien con varicela. Esencialmente, necesitará bajíos de harina de avena y calamina, y mucha paciencia.

—De acuerdo.

—Aquí tiene una receta para los baños de harina de avena. Puede recogerlos en la tienda que hay al salir de la ciudad. También puede comprar allí la calamina. Y llámenos si surge alguna complicación. Manténgalo en la cama hasta que le haya desaparecido por completo la fiebre. Querrá levantarse mucho antes, pero es importante que disfrute de un reposo completo.

—Sí, doctor —convino Maggie, preguntándose cómo iba a lograr retener en la cama a un niño lleno de energía cuando empezara a sentirse mejor.

Al llegar a la tienda, Hank se ofreció a bajar a recoger lo que necesitaban, pero Maggie le preguntó si le molestaba quedarse con Timmy. En la tienda, añadió varios cuadernos con dibujos para colorear, lápices, un rompecabezas y un cuento nuevo a la compra.

Al regresar a la furgoneta, Hank le preguntó:

— ¿Necesitas ir a alguna otra parte antes de que vayamos a casa?

—No, gracias. Lamento haberme demorado.

—No es nada. ¿Ha encontrado algunas cosas con las que entretener al hombrecillo?

—Sí. Pensé que sería una buena idea, ya que no puedo quedarme a su lado todo el día.

Hank guardó silencio varios minutos; finalmente, dijo:

—Creo que debería llamar a su tía Kate para ver si puede venir a ayudarla unos días. Hablamos de que viniera a visitarla en cuanto consiguiera su cama.

—Sí, pero… No tendría tiempo de estar con ella mientras hago mi trabajo y cuido de Timmy.

—Pensaba que la ayudan con su hijo. Y puede quedarse el tiempo que usted quiera. No habría necesidad de que se apresuran. Ahora no trabaja, ¿verdad?

—No, es una maestra jubilada.

—Entonces, llámela y pídaselo. Podemos pagarle por ayudarla.

—No, eso no es necesario —dijo Maggie, sabiendo cuál sería la reacción de su tía a semejante sugerencia. Metió la mano en el bolso y sacó el móvil—. ¿Tía Kate? Soy yo, Maggie. No, todo va bien. Bueno, más o menos. Timmy tiene varicela. A mi jefe no le importa si vienes a visitarnos y… ¿estás segura de que no te importa? Puedes quedarte cuanto quieras para que disponga de tiempo de hacer algo de turismo —tras otra pausa repuso: Gracias, tía Kate. Yo también estoy impaciente de verte.

— ¿Va a venir? —quiso saber Hank.

—Sí, por la mañana. Gracias por dejar que la llamase, Hank.

—No me ponga un halo de santo. Me gusta mantener mis comodidades, como a cualquier hombre.

Maggie frunció el ceño.

— ¿Para usted sólo ha sido eso?

—Sí —respondió con la vista al frente.

—Debí imaginarlo —musitó ella, cruzando los brazos y mirando por la ventanilla.

— ¿Has enfadado a Maggie? —le preguntó Carl a su hijo en cuanto salió al porche de atrás.

—Sí —confesó Hank.

— ¿Por qué? Ya tiene suficientes preocupaciones con Timmy enfermo.

—Porque no quería que se sintiera agradecida, papá. Eso le daría un motivo más de preocupación. Ahora ya siente que no me debe nada.

—No estoy seguro de comprender el hilo de tus pensamientos, hijo, pero al menos tus intenciones han sido buenas. Esa cama hace que su habitación parezca bastante pequeña, ¿no te parece?

—Sí, lo he notado. Estaba pensando que tal vez Timmy le gustaría mi antigua habitación. No está demasiado alejada de la de su madre y

el chico es lo bastante mayor como para tener un cuarto propio.

—Es una buena idea. ¿Se lo has sugerido a Maggie?

—No me atrevo. Es sobre protectora cuando se trata de su hijo —no sabía por qué eso le preocupa tanto.

—Entonces, lo haré yo —dijo Carl, entrando en la casa.

Hank no esperaba que Maggie aceptara la oferta. Entre su hijo y ella había unos vínculos muy fuertes. Le preocupaba un poco. El pequeño no tendría muchas posibilidades de crecer hasta que esos vínculos no se cortaran. Quizá era eso lo que podría hacer por él.

Con esa idea en mente, abandonó el porche rumbo al granero. Se le había ocurrido una idea que necesitaba comprobar.

—Carl, es una oferta muy generosa, pero creo que todavía he de estar cerca de Timmy. Juntos en esta habitación nos encontraremos bien.

—Lo que tú digas, Maggie, pero si cambias de idea, dímelo. ¿Cuándo va a venir tu tía?

—Por la mañana. Agradezco que le permitas venir. Será muy importante para Timmy y para mí.

—Nos alegra. ¿Hay algo que pueda hacer por ti ahora?

Miró por encima del hombro hacia donde dormía su hijo.

—No. Hoy he comprado esto —le mostró un intercomunicador. —Podré trabajar en la cocina y oír a Timmy en cuan despierte —puso las pilas en las dos unidades. Colgó una de la cama y luego se marchó a la cocina en compañía de Carl. Colgó la otra del pomo de un anuario y subió el volumen. Pudieron oír la respiración del pequeño.

—Ha sido una idea magnífica, Maggie.

—Gracias. Ahora podré preparar una tarta para la tía Kate... y el postre de esta noche —añadió con una sonrisa al notar la desilusión en Carl.

—Oh, estupendo. Me he acostumbrado a tomar postre.

—Me alegro. Has ganado algo de peso desde que vine y te sienta bien.

—También me siento mucho mejor. Pronto voy a tener que regresar al trabajo.

— ¿Eso no molestará a Hank? —preguntó ella.

—Probablemente, pero no será la primera vez que lo hago. Lo superará. ¿Cuántos años tiene tu tía Kate?

Sorprendida por el cambio de tema, Maggie dijo:

— ¿La tía Kate? Cincuenta y cuatro. ¿Por qué?

—Curiosidad. Parece bastante joven en la foto en que estáis los tres.

Maggie sonrió.

—Es joven para haberse jubilado, pero tiene treinta años de enseñanza a las espaldas. Con la pensión militar de su marido y su pensión docente, ya no necesita trabajar. Pensó en dedicarse a viajar, pero luego se quedó en casa para ayudarnos a Timmy y a mí.

— ¿Le gusta viajar?

—Sí. Solía irse todos los veranos —comenzó a organizar todo lo que necesitaba para la tarta.

—Yo quise hacerlo. Pero pensé que no me podrían reemplazar aquí en el rancho. La muerte de Linda me ha enseñado muchas cosas. Una, que Hank es un excelente gestor. La otra, que viajar o hacer cualquier cosa solo no es divertido.

—Kate ha trabajado sola alguna vez pero, por lo general, encuentra alguna amiga que también desea viajar.

—Ésa es una buena idea. Quizá también yo encuentre una amiga —sonrió, y Maggie rió ante la sugerencia—. Creo que iré al granero a ver si puedo echarle una mano a Hank. ¿La cena es a la hora habitual?

—Si no has vuelto por entonces, haré sonar la campana —le aseguró ella.

Carl encontró a su hijo limpiando los establos.

— ¿Necesitas ayuda?

Hank alzó la vista sorprendido.

—Claro, si te apetece.

Carl comenzó a realizar el trabajo familiar con una sonrisa en los labios.

— ¿Qué es tan gracioso? —inquirió Hank.

—Solía odiar este tipo de tarea, pero ahora me resulta grata.

—Me alegra oírlo. Quizá puedas encargarte cada día.

—No me importa ayudar.

Hank miró a su padre con ojos curiosos, pero no dijo nada más.

Cuando terminaron, su padre extendió los brazos.

—Es posible que me haya excedido en mi primer día de vuelta al trabajo.

—Es probable, pero puedes tener el día libre mañana —de hecho, no le importaba que acabara la tarea. Porque representaba un gran alivio verlo otra vez activo.

Oyeron la campana de la cena antes de llegar a la puerta del granero.

—Maggie llama justo a tiempo —Carl miró la hora—. Debería haberme quedado con ella para ayudarla con Timmy, pero ha sido muy grato trabajar un poco. Hijo, lamento el modo en que me he

comportado este último año. No me daba, cuenta de lo que te hacía a ti. Ni a mí mismo.

Hank respiró hondo.

—Te lo agradezco, papá —parpadeó con rapidez—. Y me alegro de que hayas podido encontrar el camino de vuelta. Lamento no haber sido capaz de ayudarte.

—No es culpa tuya, Hank. Pero cada vez que te miraba, veía a tu madre en tus ojos azules. No dejaba de recordarme lo que había perdido.

—Lo siento, papá. No lo sabía.

—Yo no lo siento. Me alegro de que tengas tos ojos de tu madre. Siempre serás un recordatorio de la felicidad que disfruté con ella.

Los dos hombres se abrazaron, algo que rara vez hacían antes de continuar hacia la casa.

Justo cuando ellos entraban en la casa, el receptor crepitó con un sonido que se convirtió en una voz débil que la llamaba.

—Mami...

—La cena está en la mesa —anunció mientras iba a toda velocidad al lado de su hijo—. Aquí estoy, Timmy. ¿Qué sucede, cariño?

—Me duele la cabeza, mami —susurró.

Maggie apoyó la pequeña cabeza caliente contra ella.

—Lo sé, pequeño. Te daré unas medicinas. ¿Cómo sientes el estómago? ¿Te apetece cenar algo?

— ¿Puedo tomar un helado? —murmuró.

Sabía que su hijo se aprovechaba de la enfermedad, pero como aún tenía fiebre, decidió que lo con sentiría… sólo un poco.

—Sí, puedes. Vuelve a echarte, que iré a traerte el helado y la medicina. A propósito, ¿te he dicho que mañana vas a tener a una invitada especial?

— ¿Quién?

— ¡La tía Kate!

— ¿La tía Kate va a venir a verme?

—Sí.

— ¿Cuándo?

—Mañana antes de la hora de la comida. ¿No es estupendo?

— ¡Sí, adoro a la tía Kate!

—Yo también. Vuelvo en un minuto.

Se puso de pie y la sorprendió descubrir apoyado contra el marco de la puerta a Hank.

— ¿Quiere que me quede con él unos minutos?

—No es necesario.

—Puede que no, pero me gustaría —dijo, pasando a su lado con una sonrisa dedicada a Timmy—. ¿Cómo estás, Timmy? ¿Cómo te sientes?

Maggie fue a toda velocidad a la cocina. No lo quería con su hijo más tiempo del necesario.

Cuando regresó cinco minutos más tarde, su hijo enfermo reía entre dientes en vez de quejarse del dolor.

— ¿Te sientes mejor, Timmy? —preguntó.

— ¡Sí, Hank me ha contado un secreto! —le informó su hijo con una amplia sonrisa.

—Comprendo. ¿Y yo puedo conocer ese secreto?—miró directamente a Hank, convencida de que se lo contaría. Pero él negó con un gesto de la cabeza.

—Hank dice que las mujeres no deberían conocer todos los secretos —le indicó Timmy.

—Hank dice muchas cosas —respondió Maggie, mirando al hombre con ojos centelleantes—. Debería ir a cenar mientras la comida está caliente.

—Sí, señora —aceptó, marchándose.

— ¿Cuál es el gran secreto, Timmy? —preguntó en cuanto tuvo la certeza de que él no los oiría.

—No puedo contártelo, mamá, se lo prometí a Hank.

Ella no insistió. Le dio helado después de la medicación y hablaron de la llegada inminente de la tía Kate, hasta que el helado desapareció y a él empezaron a pesarle los párpados.

CAPÍTULO 5

Cuando regresó a la cocina, tenía toda la intención de acorralar a Hank e insistir en que le revelara el secreto que le había transmitido a su hijo.

Pero no estaba allí.

— ¿Dónde está Hank? —le preguntó a Carl.

—Volvió al granero para ocuparse de una cosa.

Maggie apretó los dientes.

— ¿Cuándo regresará?

— ¿Sucede algo? —Carl alzó la vista.

—En realidad, no. Gracias por recoger después de cenar.

—Hank dijo que deberíamos hacerlo. ¿Has cenado tú?

—No, pero lo haré más tarde. Luego creo que cocinaré un poco más. Quiero tener las cosas listas cuando llegue Kate.

— ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—No, gracias —comenzó a sacar ingredientes al tiempo que a cada minuto miraba por la ventana en dirección al granero.

Pasado un rato, Carl se dirigió a su dormitorio, deteniéndose únicamente para recordarle que cenan. Ella le aseguró que lo haría. A las once de la noche, aún no había cenado. Pero había preparado brownies, galletitas de chocolate y dos tartas de manzana.

Seguía sin haber rastro de Hank.

Al final se fue a la cama. Lo vería a la mañana siguiente durante el desayuno. En ese momento aclararía las cosas entre los dos.

—Buenos días, Maggie —saludó Hank con alegría.

— ¡Siéntese! —ordenó ella.

El enarcó una ceja.

— ¿Qué mosca le ha picado?

—Quiero saber el secreto que le contó a Timmy. Soy su madre. Se supone que no debe guardarme secretos.

Estaba con su plato de comida en la mano y Hank sospechó que no iba a desayunar hasta que no se lo contara.

—No puedo hacerlo.

Apartó una silla y se sentó, agradecido de que al menos ella ya le hubiera servido una taza de café. Bebió un trago y aguardó una respuesta.

— ¿Por qué?

—Porque es un secreto. Nos prometimos que no lo diríamos hasta

que llegara el momento.

Maggie tragó saliva y luego depositó el plato delante de él, lo que hizo que Hank reconsiderara la opinión que tenía de ella. Ya había reconocido que era una buena mujer, una buena cocinera y una buena madre, pero también era generosa en la derrota.

— ¿Y cuándo llegará ese momento?

—En un par de semanas.

— ¿Me promete que no es algo que pueda hacerle daño?

—Maggie, yo nunca haría nada que pudiera lastimar a Timmy. Es un buen chico.

—De acuerdo. No me gusta, pero mientras no le haga daño, está bien. Pero si alguna vez descubro que ese secreto...

—No le hará daño —prometió. Luego comenzó a comer antes de que ella cambiara de parecer. Al terminar, se puso de pie y dijo—: Hoy vendré a comer. Quiero conocer a su tía Kate, ya que es la persona que creía haber contratado.

—Esperaba haberlo convencido de que yo estaba capacitada para desempeñar el trabajo —respondió Maggie.

—Lo estoy, Maggie. Pero vendré a darle la bienvenida a Kate.

Con esas palabras, dejó a cocina y se dirigió al granero.

Mirándolo, Maggie no supo si había hecho lo correcto. Seguía sin creer que estuviera bien que su pequeño le guardara un secreto. Pero no quería forzar a Timmy a romper una promesa porque ella se sintiera celosa.

Cuando viera a Kate, tal vez pudiera pedirle algún consejo. No quería estropear la vida de su hijo. Por otro lado, odiaba que hubiera sido Hank quien le hubiera señalado su comportamiento sobre protector.

Después de tomar un buen desayuno para compensar la cena que no había disfrutado la noche anterior, se puso a dar los últimos retoques para que todo estuviera perfecto cuando se presentara Kate.

Carl se ofreció voluntario para pasar tiempo con Timmy. La fiebre le había bajado un poco y el pequeño se sentía mejor. Carl lo llevó al salón, una habitación que rara vez se usaba. Acomodó al pequeño en el sofá y se sentó en el cómodo sillón que miraba a la ventana. Desde allí, disponía de una vista magnífica del largo sendero que conducía al rancho.

Después de charlar un rato y de tomar un refrigerio, Carl lo convenció de volver a la cama para echar una cabezadita, justo hasta que llegara su tía. Luego llevó la bandeja a la cocina.

— ¿Habéis terminado? —preguntó Maggie. Entonces se dio cuenta de que Timmy no se encontraba con Carl—. ¿Dónde está Timmy?

—Lo convencí de regresar a la cama para reposar un rato. Empezaba a sentirse cansado.

—Oh, gracias, Carl. Agradezco que pasaras toda la mañana con mi hijo. Quiero que todo esté bien para Kate.

— ¿Estás segura de que no quieres que se aloje en el dormitorio que hay en el pasillo? El que hay frente al mío es un cuarto de invitados.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero quiero que se quede en mi habitación. Charlaremos mucho mientras Timmy duerme.

—Bueno, avísame si cambias de idea. No queremos que Kate piense que somos unos provincianos.

—No lo pensará, Carl. No con esta encantadora y moderna cocina.

—Linda la reformó justo antes de ponerse enferma. Estaba feliz con la cocina nueva.

—Me lo imagino.

—Bueno, no quiero distraerte más. Iré al granero a ver si le puedo echar una mano a Hank.

No creía que su hijo estuviera allí, pero desde el granero podía ver el sendero.

Uno de los vaqueros limpiaba el establo y pensó en ayudarlo. Pero no quería oler a estiércol cuando saludara a Kate.

No es que pensara que pudiera pasar algo con la visita de la tía de Maggie. Sin embargo, tenía que reconocer que Kate parecía perfecta para él. Por eso se había puesto su camisa favorita. Y últimamente le sentaba mucho mejor.

Timmy despertó sintiendo que le picaba todo el cuerpo.

—No te rasques, Timmy. Te dejará cicatrices —advirtió Maggie. Pero no le hizo caso y se rascó donde había una ampolla.

Lo llevó a toda velocidad a darse un baño de harina de avena.

—Pero me bañé anoche —protestó el pequeño.

—Lo sé, cariño, pero esto parará los picores. Ya lo veras —prometió.

Cuando lo sacó del baño, hizo que se quedara quieto y le pasó loción de calamina por cada erupción en la piel.

—Parezco una tela de lunares, Mami. La tía Kate pensara que soy raro.

—No, Timmy. Ella sabe lo que es la varicela.

—Creo que la oigo, mami. ¿No hemos terminado todavía?

—Un minuto y habremos acabado. De acuerdo, esto bastará. Puedes ponerte la ropa interior y una camiseta. Aquí tienes los

vaqueros —decidió que llevara vaqueros porque le sería más difícil rascarse a través de la lona gruesa.

—Creo que oigo la voz de la tía Kate. ¡Ayúdame, mami!

Como Timmy intentaba caminar al tiempo que se ponía los vaqueros, tenía dificultades. Lo detuvo, le subió la cremallera de los pantalones y le bajó la camiseta.

—De acuerdo, puedes ir hasta la cocina. No salgas al porche sin los zapatos. Y ponte unos calcetines.

— ¿Tu no vienes, mami? —preguntó Timmy al llegar a la puerta del cuarto de baño.

—Saldré en cuanto arregle este desorden —repuso, sin terminar de creerse que Kate hubiera llegado. Además, quería dejar el cuarto de baño impoluto, ya que iban a compartirlo con Kate. Ya lo había limpiado antes, pero parte de ese trabajo se había estropeado con el baño inesperado de su hijo.

Al llegar a la cocina unos minutos más tarde, miro por la ventana y vio el coche que Kate conducía. Sorprendida, salió al porche trasero en busca de su tía y de Timmy. Los encontró sentados en compañía de Carl.

— ¡Kate! ¿Por qué no me dijiste que habías llegado? —preguntó mientras abrazaba con afecto a su único familiar próximo.

—Timmy me contó que estabas ordenando el cuarto de baño. Pensé que lo mejor era esperar aquí hasta que estuvieras lista. Además, Carl ha sido un magnifico anfitrión.

—Lo tenía todo listo hasta que estalló la varicela de Timmy. Tuve que darle un baño de harina de avena y frotarlo con calamina.

—Lo hemos notado, ¿verdad, Timmy? —comentó Carl con una sonrisa.

—Traeré el almuerzo. Timmy, ¿quieres hacer sonar la campana para Hank? Dijo que vendría a comer para conocerte, Kate. Creía estar contratándote a ti cuando me contrató a mí.

—Apuesto a que no ha quedado decepcionado —sonrió Kate.

Maggie podría haberle dicho que estaba tan decepcionado que la había despedido nada más conocerla, pero se contuvo.

—Maggie ha sido fantástica. Me ha sacado de mi estado de letargo —indicó Carl.

—Bien por ella. Da la impresión de que lo ha pasa do muy mal, Carl. Perder a alguien a quien se ama es muy duro.

—Sí. Linda y yo estuvimos juntos treinta y seis años. Era como si no pudiera encontrar mi camino solo.

—Fueron afortunados de disponer de tanto tiempo Juntos, pero

entiendo lo difícil que puede ser.

—Maggie me ha dicho que su marido murió siendo muy joven.

Kate asintió en silencio.

—Kate, ¿quieres ayudarme con el almuerzo? —preguntó Maggie, temerosa de dejarla en compañía de Carl. Podía llegar a resultar deprimente.

—Claro, Maggie. Debería haberme ofrecido.

En cuanto estuvieron dentro, Maggie dijo:

—Puedo arreglármelas sola. Kate. Pero me daba miedo que Carl fuera más que lo que pudieras sobre llevar en tu primer día.

—Oh, no, me resulta encantador. Puedo ver que ha estado enfermo, aunque da la impresión de hallarse en vías de recuperación.

—Eso creo.

— ¿Cuántos años tiene?

— ¿Por qué? —fue la rápida respuesta de Maggie.

—Simple curiosidad. Si ha estado tan mal como dices, hará falta algo más que un par de semanas para que se recupere del todo.

—Tiene cincuenta y ocho años —reveló a regaña dientes—. He visto fotos de él justo antes de que muriera su esposa. En las fotos se lo ve mucho más joven —sacó una ensalada de pollo y una macedonia de la nevera—. También hay una ensalada de pasta ahí dentro. ¿La llevas por mí?

—Desde luego —convino Kate.

Mientras tanto, Maggie puso unos bollos en el horno antes de servir el té con hielo. Entonces entra ron Hank, Carl y Timmy

—Hank, le presento a mi tía Kate. Kate, te presento a Hank Brownlee.

—Encantado de conocerla, señora —extendió la mano.

Kate se la estrechó. Luego se sentó junto a Carl, diciendo:

—De tal palo, tal astilla.

Carl le sonrió feliz.

—Muchas gracias.

—Maggie, ya veo por qué eres feliz aquí —añadió Kate

Carl siguió con aspecto feliz. Sin embargo, Hank frunció el ceño y Maggie se sintió indignada.

—Que no se quemen los bollos —indicó su tía. Maggie abrió la puerta del horno y sacó unos bollos perfectamente hechos. Los puso en una cesta para el pan y los depositó sobre la mesa.

—Qué gran sentido del tiempo, Kate —dijo Carl.

Maggie apretó los dientes y no dijo nada. Se unió a los demás a la

mesa y observó lo que se servía Timmy. Al ver que pasaba por alto la ensalada de pasta, le sirvió un poco y le dijo que se la comiera.

—Tía Kate, ¿tengo que hacerlo? —gimió.

Maggie contuvo el aliento y miró a Kate.

—Por supuesto que sí, Timmy. Siempre tienes que hacer lo que te diga tu madre —no prestó atención al mohín que hizo el pequeño y continuó hablando con Carl.

Maggie tomó la mano de su hijo y lo llevó a su dormitorio.

—Timmy, no vuelvas a hacer eso jamás —le ordenó con severidad.

— ¿Qué mami?

—Pedirle a la tía Kate que cambie lo que yo te he dicho que hagas. Soy tu madre. No voy a pedirte que hagas algo que te cause algún daño. Y así pones a la tía Kate en una posición delicada. Le debes una disculpa. ¿Me has entendido?

—Sí, mami, pero no me gusta la pasta.

—No me importa si te gusta o no. Te dije que la comieras y eso es lo que tienes que hacer. ¿Lo en tiendes?

—Sí, mami.

Nadie dijo nada cuando regresaron a la mesa. Timmy esperé hasta que hubo una pausa en la conversación y dijo:

—Lo siento, tía Kate.

—No pasa nada, Timmy. Pero tú sabes que tu mamá quiere, ¿verdad?

—Sí —convino. Luego recogió su tenedor y se puso a mover la pasta por el plato.

Maggie guardó silencio sin dejar de vigilar a su hijo. No le gustaba la línea que había tenido que trazar en la primera visita de Kate, pero no había tenido elección.

Cuando Kate y Carl, junto con Hank, terminaron de comer, se pusieron de pie y salieron de la cocina. Timmy estrujó la servilleta de papel sobre su plato y se deslizó del asiento.

—Timmy, vuelve a sentarte, por favor —ni siquiera miró. Pero sabía que le había obedecido.

—Pero mami, quiero ir con Carl cuando le enseñe a Kate el granero —dijo el pequeño.

—Lo siento, cariño, pero estás enfermo. Necesitas volver a la cama a descansar... cuando hayas termina do la comida.

—Ya no tengo hambre —le aseguró con una sonrisa.

—Buen intento. Saca la servilleta de tu plato y cómete la ensalada de pasta como te dije que hicieras—comenzó a recoger la mesa y a cargar el lavavajillas. Quedaba bastante de las tres ensaladas. Las tapó

y las guardó en la nevera.

—Date prisa, Timmy. Tengo cosas que hacer.

—No pasa nada, mamá. Estaré bien.

—No, no pienso dejarte solo para que puedas tirar tu ensalada —aparté una silla y se sentó.

Con expresión contrariada, Timmy alzó el tenedor y comenzó a comer pasta. Pasados diez minutos, Maggie recogió su plato y lo puso en el lavavajillas.

—Gracias, Timmy.

—De nada, mami. ¿Y ahora puedo ir al granero?

—No, cariño. El doctor dijo que tenías que descansar mucho. Además, tienes pinta de necesitar otro sueñecito.

—Oh, mamá... —se quejó.

Pero Maggie notó que no era en serio. Se dirigió al dormitorio con demasiada facilidad. Lo siguió, lo ayudé a desvestirse y a meterse bajo las sábanas. Se sentó con él unos minutos, pero no pasó mucho hasta que se quedó dormido.

Salió de puntillas y cerró a su espalda. Puso otra lavadora y luego se dedicó a doblar la ropa de la secadora. Terminaba cuando oyó que se abría la puerta de atrás. Salió del cuarto con un montón de toallas en los brazos a tiempo de saludar a Kate.

— ¿Ya has terminado el recorrido?

—Sí. Debería haberme quedado a ayudarte a recoger la cocina.

—No has venido a trabajar, Kate —sonrió—. Sólo tengo que guardar estas toallas.

—Maggie, Carl ha dicho que hay un cuarto de invitados al otro lado del pasillo. He pensado que podría ser más fácil para todos si durmiera allí. No quiero robaros espacio a Timmy y a ti, y menos estando él enfermo.

Maggie intentó que sus facciones permanecieran inexpresivas. Respiró hondo.

—Claro. Si allí vas a estar más cómoda... —se dio la vuelta—. Lo prepararé en unos minutos.

—Maggie, yo puedo...

— ¡No! Es mi trabajo, Kate —dejó las toallas en el cuarto de baño de invitados y en el de Carl antes de marchar por el pasillo para preparar la habitación. Luego fue a la cocina, donde encontró a Carl y a Kate—. Tu habitación está lista, Kate. ¿Dónde están tus maletas?

—En el coche. Iré a buscarlas.

—Dame las llaves. Las traeré —Maggie extendió la mano.

—No, Maggie —protestó Carl—. Ya tienes suficiente trabajo. Yo

puedo traer las maletas de Kate. Le mostraré la habitación y todo lo demás. Tú tómate un descanso.

Mientras la pareja salía por la puerta, oyó que Timmy despertaba, molesto. Fue a su habitación. Después de pasarle más calamina por el cuerpo, lo convenció para que se quedara en la cama y coloreara algunos dibujos.

Regresó a la cocina y vio que era hora de empezar a preparar la cena. Se puso manos a la obra.

Al terminar de cocinar, Timmy la llamó. Cuando regresó a la cocina, vio que Kate y Carl servían un té con hielo.

—Me alegro de que tuvieras una oportunidad de descansar, Maggie —sonrió Carl—. Hemos servido el té. ¿Hay algo más que podamos hacer?

CAPÍTULO 6

La visita de Kate no iba como Maggie había esperado. Había imaginado que ambas mantendrían conversaciones personales, en las que ella le expondría sus problemas y Kate la reconfortaría.

Pero daba la impresión de que era Carl quien mantenías esas charlas; jamás se separaba de Kate. Y a ésta tampoco parecía molestarle. Con frecuencia podía escuchar la risa de su tía mientras trabajaba.

A la tercera mañana de la visita de Kate, Maggie se hallaba exhausta. Timmy se había despertado tres o cuatro veces por noche desde la llegada de Kate. A la hora acostumbrada le sirvió el desayuno a Hank, pero apenas era capaz de mantener los ojos abiertos.

—Maggie, ¿se encuentra bien?

Abrió los ojos con un sobresalto y lo miró fijamente.

— ¿Qué?

—Parece terriblemente cansada. ¿Se queda hasta muy tarde charlando con Kate?

—No. He tenido que darle a Timmy varios baños durante la noche por los picores.

—Vuelva a la cama. Yo recogeré mis platos cuando haya terminado.

—Gracias, pero hay que poner varias lavadoras.

Hank se inclinó hacia ella y le dijo con severidad:

—Es una orden, Maggie. Una sugerencia.

—Pero su padre...

—Yo se lo explicaré. Váyase a la cama.

Asintió y fue a al dormitorio, donde Timmy dormía. A las cinco y media le había dado un baño, de modo que debería ser suficiente para las siguientes tres o cuatro horas. Se metió en la cama y el sueño la engulló.

Cuando Carl y Kate entraron en la cocina a las ocho y media, Carl encontró una nota dejada por su hijo.

—Hank dice que Maggie estuvo despierta casi toda la noche con Timmy y que la ha enviado a acostarse. Parece que dependemos de nosotros para desayunar.

—Eso no es problema. Me encanta cocinar, pero no quería invadir el territorio de Maggie.

—Estoy convencido de que ella no lo habría tomado de esa manera. Pero siéntase libre para cocinar ahora. No me quejaré —rió Carl.

Después de disfrutar de un buen desayuno, los dos lavaron los platos y ordenaron la cocina.

— ¿Qué más puedo hacer para ayudar a Maggie? ¿La colada?

Carl asintió.

—Sí, la hace todos los días. Nos está malcriando de verdad.

—Entonces, me pondré con ello de inmediato.

—Y yo haré mi cama —prometió Carl.

Kate se llevó la cesta para la ropa primero a su habitación, luego a la de Carl, donde éste intentaba hacer la cama. Lo ayudó y luego lo envió al granero. Después de recoger la ropa para la lavadora, continuó por el pasillo.

La puerta del dormitorio de Hank se hallaba abierta, por lo que no pudo evitar ver el desorden. Llegó a la conclusión de que Maggie debía de estar muy ocupada últimamente con Timmy para no poder completar sus tareas. Entró en la habitación y se llevó varias cargas de ropa. Luego regresó y quitó las sábanas de la cama, que daba la impresión de llevar varias semanas sin que nadie la hiciera.

Encontró sábanas limpias e hizo la cama. Luego pasó la aspiradora por la alfombra y quitó el polvo de los muebles. Al terminar, consideró que la habitación se veía mucho mejor.

Oyó que Timmy instaba a su madre a despertarse y se apresuró a ir a su habitación.

—Timmy, mamá necesita dormir. ¿Por qué no vienes a la cocina y me enseñas cómo coloreas? Mientras, te prepararé leche con chocolate para desayunar.

Timmy no necesitó nada más para dejarse convencer. Fue a la cocina con unos pantalones cortos y una camiseta que Kate encontró para que se pusiera.

— ¿Mami está enferma? —preguntó cuando ya estuvo a la mesa con la leche y el cuaderno para colorear—. ¿También ella tiene varicela?

—No, Timmy. Con tanto trabajo y tus cuidados, no ha dormido bien. Así que por un día vamos a darle vacaciones. Mientras tú coloreas, prepararé unas tartaletas de chocolate para el postre de esta noche.

—Bien, me encantan tus tartaletas de chocolate —le aseguró.

Sin embargo, cuando Kate iba por la mitad del proceso, Timmy comenzó a rascarse. Le dijo a Kate que necesitaba un baño para frenar el picor.

—Oh, cariño, no puedo ahora mismo. Si me detuviera en la mitad de la preparación, las estropearía.

—Vamos, Timmy, yo puedo darte el baño —dijo Maggie desde la puerta de la cocina.

—Oh, Maggie, te has levantado. Espero que te sientas mejor.

—Sí. Gracias. ¿Estás preparando el postre para esta noche?

—Pensé que podría ayudarte. Además, ya sabes cuánto me gusta cocinar —le sonrió.

—Sí, gracias, Kate, me ayudará —tomó a Timmy de la mano y lo condujo al cuarto de baño. Al terminar, lo convenció de que se dedicara a los libros de juegos hasta la comida.

Regresó a la cocina para preparar algo rápido.

—He hecho un guiso para el almuerzo —afirmó Kate—. Lo único que tenemos que hacer es preparar una ensalada y hornear unos bollos.

—Gracias, Kate. No era mi intención que trabajaras tanto.

—No he hecho mucho, Maggie. Debería haber hecho mucho más. Me siento culpable porque me dejé distraer por las atenciones de Carl. Ha sido... tan agra dable...

Maggie alzó la cabeza.

— ¿Te… te han gustado las atenciones de Carl?

—Es un hombre encantador, y he estado evitando a los hombres solteros durante varios años. Pero Carl es maravilloso.

—No tenía ni idea de que te interesara algún hombre —indicó despacio, estudiando las mejillas rojas de Kate.

—Eras demasiado joven para recordar o saber por todo lo que pasé después de la muerte de Rodney. Intenté tener citas, pero como estaba viuda, los hombres parecían considerar que debía irme de inmediato a la cama con ellos. Me rendí y abandoné las citas. Carl es... un acompañante grato. Disfruto de su compañía.

—Entonces, me alegro. Pase lo que pase, me alegra que corras el riesgo.

—Yo también. Y tú deberías pensar en hacer lo mismo. No deberías desperdiciar los mejores años de tu vida en soledad.

—Pero he de pensar en Timmy.

— ¿No crees que a Timmy lo beneficiaría tener un padre?

—No estoy segura. Además, Carl pasa tiempo con él.

— ¿Y Hank no?

—Él tiene mucho que hacer.

Hank no apareció para comer, lo que demostró que las palabras de Maggie eran ciertas. Después de que Timmy terminara de almorzar, lo llevó de vuelta a su habitación y lo acostó. A pesar de lo tentada que se sintió de tumbarse con él, fue al cuarto de la lavadora y vio que

estaba llena de ropa. Al trasladarla a la secadora, vio una camisa que Hank se había puesto unos días atrás.

Ceñuda, inspeccionó con atención el resto de la ropa. Asombrada, la puso en la secadora. Luego fue por el pasillo hasta la habitación de él. Tal como había temido, la habitación estaba meticulosamente ordenada.

Ya no había nada que pudiera hacer. Volver a diseminar la ropa por el suelo no lo convencería de que no había tocado sus cosas. Continuó haciéndole la colada. Cuando terminó todas las lavadoras, le doblé los vaqueros y la ropa interior y le colgó las camisas.

Cuando se reunieron para cenar, Hank entró y se lavó en el porche. Luego se sentó a la mesa sin pasar por su habitación. Cuanto más tardaba en hacerlo, más feliz se sentía Maggie.

Al terminar, despidió a Kate y a Carl, diciéndoles que ella recogería.

Hank permaneció sentado a la mesa, ceñudo al ver marcharse a los otros dos de la cocina.

— ¿Qué está pasando?

— ¿A qué se refiere? —preguntó ella, aunque creía poder adivinarlo.

—A mi padre y a su tía Kate. ¿Adónde van?

—Carl dijo que quería enseñarle la zona.

— ¡Diablos! Ahí afuera no hay nada salvo tierra.

—Pero esta noche hay luna llena.

La miró aún más ceñudo.

— ¿Y eso qué tiene que ver?

—Vamos, Hank, sabe lo que puede influir en un paseo.

— ¿Intenta planear algo entre mi padre y su tía?

Maggie se volvió y lo miró con ojos centelleantes antes de ponerse las manos en las caderas.

— ¿No era eso lo que tenía en mente cuando pensó que contrataba a Kate?

—Sí, pero ahora no la necesito.

— ¿Qué quiere decir?

—Usted ha solucionado los problemas de mi padre y ya es feliz. No necesita casarse con ninguna mujer. Puede recordar a mi madre y eso es suficiente.

— ¿Le ha preguntado a él silos recuerdos serán suficientes?

— ¿Qué espera? ¿Que se case con Kate para poder aprovechar lo que vaya a heredar?

Maggie no podía creer que hubiera dicho semejante cosa.

—No tengo ninguna intención de aprovechar la herencia de nadie.

—Pues ya puede advertírselo a su tía. No voy a dejar que las cosas se descontrolen. Como no se comporte, la echaré de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

— Yo no tengo que advertirle nada a mí tía.

—Ya veremos. Será mejor que el disfrute mientras esté aquí, porque no creo que vaya a quedarse mucho tiempo.

Salió al pasillo para ir a su habitación y Maggie contuvo el aliento. Desde luego, no iba a contarle que Kate había invadido su espacio.

— ¡Maggie! —gritó con voz colérica.

— ¿Sí, Hank? —avanzó por el pasillo como si se hubiese tratado de una llamada normal.

—Creía haberle dicho que no limpiara mi cuarto.

—Lo hizo, pero yo quería que supiera lo mucho que agradecía su amabilidad de esta mañana. Pensé que esto —señaló la habitación limpia— le transmitiría mi gratitud.

—No era necesario, y menos después de haberle dicho que no viniera a m habitación.

—Si eso es lo que quiere, ya no le haré más la colada ni le limpiaré la habitación ni le cambiaré las sábanas.

—Eso es lo que quiero. Y avíseme cuando vuelvan Kate y mi padre.

— ¿Por qué?

—Porque quiero hacerlo. Necesito hablar… hmmm… algo con mi padre.

No lo creyó. Pensó que lo que quería era advertirle a su padre contra las mujeres manipuladoras. ¿Cómo podía convencerlo de que Kate era buena para Carl? «Kate no es una de esas mujeres», pensó.

—Lo haré si aún sigo despierta. Pretendo irme temprano a la cama, para que levantarme con Timmy no me agote —no pensó que pudiera oponerse a esos planes.

—Entonces, si no me lo ha comunicado cuando piense irse a la cama, dígamelo. Yo los esperaré.

— ¡Oh! ¡No sea ridículo! ¡Quizá debería salir con una linterna a ver si están disfrutando de una aventura en algún rincón oscuro!

— ¡Es usted quien se muestra ridícula! Son demasiado mayores para querer… olvídelo. Simplemente, comuníquemelo.

Ella asintió y regresó a la cocina para terminar de recoger.

Media hora más tarde, llamó a la puerta de él.

—Hank, me voy a la cama.

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar y repitió lo que acababa de decir.

Ninguna respuesta.

Pasado un momento, giró el pomo y se asomó Hank se hallaba tendido en la cama, aún con los vaqueros puestos, pero profundamente dormido.

Pensó si debía despertarlo, pero dio por hecho que no le pasaría nada por dormir con los pantalones. Si lo despertaba, podía decir algo desagradable acerca de Carl o de su tía. Cerró con sigilo y se dirigió al dormitorio, con la esperanza de dormir algunas horas antes de que Timmy se despertara.

Cuando Hank se presentó a desayunar a la mañana siguiente, no estaba de buen humor.

—Pensé que habíamos quedado en que me avisaría cuando se fuera a acostar.

—Lo hice —le puso el plato delante.

El siguió mirándola con ojos centelleantes.

—Entonces, ¿por qué no lo recuerdo?

—Porque ya estaba dormido.

— ¿Y cómo sabe eso?

—Al no obtener respuesta, abrí la puerta. Estaba profundamente dormido.

— ¿Por qué no me despertó? —gruñó.

—Porque era evidente que estaba extenuado.

— ¿A qué hora llegaron a casa?

—No lo sé —se encogió de hombros.

— ¡Actúa como si ni siquiera le importara! —espetó.

Maggie le rellenó la taza de café y dijo:

— ¿Y por qué debería importarme? No creo que estén haciendo nada que pueda herir a nadie, incluido usted.

—Eso no debe decidirlo usted. Pero no se preocupe. Hablaré con mi padre en el almuerzo —luego centró su atención en el desayuno. Se marchó de la casa sin decir una palabra.

Cuando Carl y Kate se presentaron en la cocina, Maggie les tenía preparado el desayuno. Los dos le manifestaron lo mucho que agradecían su duro trabajo.

Luego Kate dijo:

—Hice mi cama, la de Carl y la de Hank también. Pensé que eso te ahorraría algo de tiempo.

— ¿Y supongo que pusiste su ropa sucia en la lavadora, junto con

la tuya y la de Carl? —inquirió Maggie.

—Sí. No había motivos para que tuvieras que ir por las habitaciones a recogerla, si yo venía hacia aquí.

—Sí, gracias. ¿Te gustó la vista de la zona?

Kate se ruborizó, algo más revelador que cualquier palabra para Maggie.

—Fue preciosa.

Carl estaba radiante.

—Lo pasamos muy bien. A Kate le encantan los espacios abiertos.

—Sí, seguro que sí. Mmm, Hank quería hablar contigo anoche, pero se quedó dormido. Dijo que hablaría cuando viniera hoy a comer.

—Bien. Aquí estaré —aceptó con alegría.

Después de desayunar, Carl sugirió que pasaran la mañana en el granero. Pero antes de que pudieran irse, Maggie los detuvo.

—Kate, Timmy quería mostrarte una cosa, si tienes un minuto.

—Claro. Di por hecho que estaba dormido.

Siguió a Maggie al dormitorio, donde Timmy aun dormía. Maggie se llevó un dedo a los labios y llevó a su tía al cuarto de baño, cuya puerta cerró detrás de ellas.

—Kate, Hank no está contento. No quiere que su padre vuelva a casarse... o que sea infiel al recuerdo de su madre. No sé adónde va tu relación con Carl, pero cuando venga a comer, Hank le contará a su padre la opinión que tiene. Quería que estuvieras preparada.

Kate la miró.

—Pero Maggie, hemos pasado unos ratos juntos y, lo reconozco, anoche hubo un par de besos, pero las cosas sólo han ido hasta ahí. Desde luego, no puede... ¿crees que piensa que hemos hecho algo malo?

—Espero que no. Sin embargo, creo que te va a sugerir que reduzcas el tiempo de tu visita. No sé si Carl es lo bastante fuerte para oponerse a él.

— ¿Debería preparar a Carl para lo que se avecina?

—Eso depende de ti —indicó Maggie.

—Kate, disfruto pasando mis días contigo —sonrió Carl—. No tengo palabras para decirte lo mucho que ha significado tu visita para mí.

—Carl, ¿has hablado con Hank acerca de lo que sientes? —preguntó ella con cierta renuencia.

— ¿Por qué debería?

—Es que... él le ha dicho a Maggie que no le gusta que muestres..., interés en otra mujer. Quiere que permanezcas fiel al recuerdo de su

madre.

—Él no diría algo así. Maggie no sabe de lo que habla.

—Carl, Maggie no diría algo así a menos que estuviera segura de ello.

—Quizá esté celosa porque tú recibes toda la atención.

Kate lo miró.

— ¡No puedes hablar en serio!

—Creo que tú tampoco.

Ella se puso de pie.

—Creo que volveré a la casa.

— ¡Bien! —exclamó Carl, mirándola fijamente.

Kate salió del granero. Necesitaba hablar con Maggie. Luego haría las maletas y regresaría a Denver.

Hank fue a almorzar, decidido a analizar qué sucedía y a ponerle fin. No iba a permitir que su padre tirara por la borda una vida que había sido plena.

Al llegar a la casa, lo encontró sentado en el porche delantero. Solo.

—Hola, papá. ¿Dónde está Kate?

—Dentro.

—Oh. Creía que pasabais todo vuestro tiempo juntos.

—Y así era.

— ¿Qué ha pasado?

—Intentó decirme que te sentías molesto y que tratabas de poner fin a que estuviéramos juntos. Le dije que se equivocaba. Que tú no harías nada para estropear la felicidad que yo pudiera encontrar.

—Papá... —comenzó Hank.

—La comida está servida —dijo Maggie desde la puerta.

CAPÍTULO 7

Maggie había convencido a Kate de que se quedara a comer. Esperaba que las cosas se arreglaran y que su tía no tuviera que irse.

Kate la ayudaba a poner la mesa cuando entraron los dos hombres. Timmy bajó de un salto de su silla y fue a saludarlos a los dos.

— ¡Hank, no lo he contado!

—Bien, Timmy. Sabía que podrías guardar un secreto —afirmó, acariciándole la cabeza.

Maggie frunció los labios.

— ¿Qué hay para comer? —preguntó Hank, como si no pasara nada.

Carl no parecía tan contento.

Los dos hombres se sentaron y Timmy regresó a su silla. Luego se les unieron Maggie y Kate. Se sirvieron sin hablar y luego Kate dijo:

—Quería darles las gracias por permitirme venir a visitar a Maggie y a Timmy. Ahora será el turno de ellos de ir a visitarme.

Hank alzó la cabeza.

—Lo dice como si fuera a marcharse.

—Si, me voy después de comer. No quiero abusar de la bienvenida que se me ha dado —afirmó con una dulce dirigida a Hank.

Carl la miró ceñudo.

—Algo repentino, ¿no?

Kate no respondió. Maggie se puso de pie y sirvió más té.

— ¿Le parece bien que Kate se marche? —preguntó Hank con seriedad.

—La echaré de menos, por supuesto, pero no querría que se quedara si se siente incómoda —lo miró, dejándole saber que todo era por su culpa.

— ¿Crees que Hank es el responsable de la marcha de Kate? —quiso saber Carl.

—Sí —respondió Maggie, sin apartar la vista de su plato.

—Kate debió de transmitirle las mismas insensateces que intentó comunicarme a mí —repuso Carl. - Pero Hank jamás trataría de impedirme que disfrutara de la vida. El año pasado trabajó con mucho esfuerzo para que la recuperara.

Ninguna de las mujeres dijo nada.

Tampoco Hank.

— ¿La tía Kate se va a ir? —preguntó Timmy.

—Sí, pero esperaremos hasta que te acuestes. Ella irá a arroparte.

— ¿Lo harás, tía Kate?

—Por supuesto que sí, cariño.

El resto de la comida transcurrió en silencio.

Cuando terminó, Hank se puso de pie, le dio gracias a Maggie y le deseó buen viaje salió de la casa.

Carl también se incorporó.

— ¿Puedo convencerte de que no te vayas, Kate?

—No, pero he pasado unos momentos estupendos.

— ¿Volverás?

—No creo que sea una buena idea. Maggie y Timmy pueden ir a verme a Denver —bajó la cabeza, evitando su mirada.

—Entonces, que tengas un buen viaje —soltó antes de salir de la casa.

— ¿Qué acaba de pasar? —quiso saber Kate.

—Creo que Carl le dijo a Hank que tú le habías dicho que él se opondría a que los dos encontrarais la felicidad. Hank se dio cuenta de que no tenía que decir nada. De modo que mantuvo a boca cerrada y vio cómo todo salía tal como él quería. Lo siento, Kate, no debí haberte dicho nada.

—No, me alegro de que lo hicieras. No querría causar problemas entre Carl y su hijo. Realmente, Hank me caía bien. Pero ya no.

—Creo que lo superará si le dan un empujón —aventuró Maggie.

—No seré yo quien lo haga. Os echaré de menos a Timmy y a ti —asintió antes de volverse al pequeño—. Timmy, ¿estás preparado para que te arrope?

—Sí, pero no quiero que te vayas —afirmó.

—Yo tampoco quiero irme, pero he de hacerlo. Mamá y tú vendréis a verme pronto, ¿de acuerdo?

Lo alzó en brazos y lo llevó al dormitorio que compartía con su madre. Después de darle un beso de despedida y de arroparlo, Maggie y ella fueron a recoger el equipaje al pasillo

—Lamento que tengas que irte. Ha sido muy agradable tenerte aquí.

—Yo también lo he pasado bien, aunque no te he sido de mucha ayuda.

—Claro que sí. Claro que también lo has revuelto todo un poco —Maggie sonrió, viendo la mirada de curiosidad que le dedicó Kate—. Hank no quería que entrara en su habitación ni que le hiciera la colada. Cada vez que se las hacías, me metías en problemas.

— ¡Deberías habérmelo dicho! —exclamó Kate.

—No importa. Si quiere vivir como un cerdo, allá él.

—Qué extraño que quiera eso. Casi todos los hombres están encantados de tener a una mujer que les recoja todo y haga todas las tareas.

—Lo sé —la abrazó antes de inclinarse para recoger una maleta y una bolsa.

Kate se ocupó de la otra maleta.

—Prométeme que sacarás tiempo para ir a verme.

—Lo prometo. Si no antes, iré para el día de Acción de Gracias.

—Sería estupendo.

Fueron al coche de Kate. Maggie miró hacia el granero y vio a Carl de pie en las sombras. Pero no salió para despedirse.

Se quedó agitando la mano hasta que el coche de Kate desapareció en una nube de polvo. Luego regresó a la casa, sin mirar en la dirección de Carl.

Hank había salido a comprobar un rebaño. Al volver al granero, disponía de una hora libre antes de la cena.

Entró y encontró a su padre sentado en una bala de heno, con la vista clavada en el vacío.

— ¿Papá? ¿Qué haces? ¿No es más cómoda la mecedora del porche?

—No puedo ir allí.

— ¿Porqué? —preguntó, agachándose. La voz de su padre no sonaba bien.

—Porque Kate y yo estuvimos sentados allí muchas veces, hablando de... cosas. Me sentiría solo sentado allí sin ella.

—Vamos, papá, no ha estado aquí tanto tiempo.

—El tiempo suficiente para que me enamorara de ella.

— ¿Qué has dicho? —preguntó con voz indignada—. ¿Y mamá?

Carl alzó la vista por primera vez.

— ¿Qué pasa con tu madre?

— ¿No crees que deberías serle fiel a su memoria?

—Siempre amaré a tu madre, pero por si no lo has notado, está muerta. Me he sentido muy solo. Cuando llegaron Maggie y Timmy me ayudaron mucho. Pero cuando se presentó Kate, encontré un espíritu afín. Recordábamos las mismas cosas, habíamos hecho las mismas cosas. Por primera vez desde que murió tu madre, tuve una verdadera razón para vivir.

—Papá, no creo que necesites... ¿los recuerdos no son suficientes?

Carl miró a su hijo.

—Kate tenía razón, ¿verdad? Tú ibas a decirme que me deshiciera de ella.

—No pensé..., quiero decir, si te casas, podría quedarse todo lo que le has matado para conseguir, y seguirías estando solo. Era un riesgo demasiado grande.

—Pero, ¿quién eres tú para decidir eso? Escucha, hijo, te quiero, pero no hay desafío alguno para mí en el rancho. He visto lo buen gestor que eres. Podríamos establecer un fideicomiso que protegiera la propiedad. Kate y yo podríamos viajar. Podría ver mundo, con ella a mi lado. ¡Sería maravilloso!

Hank bajó la cabeza, con las manos en las caderas. Al final, miró a su padre.

—Me equivoqué. Papá, siento haberte estropeado las cosas. Cuando al final te iba bien, pensé que podría mantenerte en un estado de felicidad. No pensé... Kate parece una mujer agradable. Espero que puedas arreglar las cosas.

Carl se levantó y abrazó a su hijo.

—Te quiero, Hank. Eres el mejor hijo que podría tener cualquier padre. Estoy deseando que te cases y tengas un hijo. Pero aún me queda vida que vivir

—Lo entiendo, papá.

—Por la mañana iré a Denver, si logro que Maggie me dé la dirección y el teléfono de Kate. Aunque no creo que vaya a ser fácil, ya que me parece que Maggie no está muy contenta con ninguno de los dos.

—Probablemente no, pero menos conmigo que contigo. Iré a ver si puedo allanarte el camino —respiró hondo, irguió los hombros y se marchó hacia la casa, sabiendo que iba a enfrentarse a una Maggie hostil.

La cocina estaba vacía, pero el olor a carne asada impregnaba el aire. Luego fue al cuarto de la lavadora, pero también se hallaba vacío. Bajó por el pasillo y descubrió que su cama estaba hecha y que faltaba la ropa sucia.

¿Qué le sucedía a Maggie? Le había dicho que no entrara en su habitación. Intentaba mantener la distancia, no depender demasiado de ella. Las mujeres desaparecían. Tenía amigos cuyas esposas, simplemente, se habían marchado, dejándolos deprimidos. Claro que algunos de ellos merecían ese tratamiento, aunque ésa no era la cuestión.

Había visto a su padre quedar casi destruido por la muerte de su madre. Él no iba a depender de una mujer para que le arreglara su mundo.

Fue por el pasillo y llamó a la puerta de Maggie.

No obtuvo respuesta.

Pegó la oreja a la superficie, pero no oyó nada. Llamó otra vez, más alto en esa ocasión.

Oyó movimientos y esperó.

Cuando la puerta se abrió, vio que Maggie, aturdida aún por el sueño, lo miraba fijamente.

— ¿Sí?

—Quiero hablar con usted.

—No se me paga para hablar, Hank. La cena se servirá dentro de una hora —intentó cerrar la puerta, pero él puso un pie junto al cerco.

—Vamos, Maggie. Necesito disculparme.

—Hizo lo que consideró correcto. ¿Por qué se va a disculpas?

—Porque me equivoqué. ¿Tenemos que mantener esta conversación en susurros? ¿No podemos ir a sentarnos a la cocina con una taza de café?

— ¿Quiere decir que desea que yo le facilite las cosas?

—Maggie, por favor.

—Bien. Prepararé café, pero primero he de arreglarme el pelo.

— ¿Qué le pasa? —inquirió.

Los mechones largos y rubios le caían por los hombros de un modo que le hacía pensar en sábanas de satén y noches largas. Su cuerpo reaccionó de in mediato al aspecto somnoliento que mostraba.

—Iré en un minuto —le cerró la puerta en la cara.

Cuando apareció cinco minutos más tarde, llevaba el pelo trenzado. Se había lavado el sueño de los ojos y con su habitual eficiencia se puso a preparar el café.

—Si hay, me apetecerían unas galletitas.

—Le quitarán el apetito para la cena.

—Vamos, Maggie, no está hablando con Timmy —la miró furioso.

—No, hablo con un hombre que le ha causado problemas a mi tía y a su padre y que luego ha fingido que todo estaba bien y que no había hecho nada malo—lo miró como desafiándolo a contradecirla.

En vez de eso, él bajó la cabeza.

—Lo sé. Y lo siento. Temía... mi padre acaba de superar la pérdida de mi madre. ¿Y si se enamora y vuelve a pasar por lo mismo? ¿Y si lo pierdo? Parecía mucho más sencillo evitar que arriesgara el corazón.

— ¿Quiere decir que trataba de mantenerlo sentado en un expositor, donde pudiera disfrutar de su presencia cuando le apeteciera y prescindir de él en otros momentos?

—Pensé que hacía algo bueno. Usted hace que suene como si me motivara el egoísmo —gruñó.

Ella sirvió dos tazas de café y se sentó a la mesa. Beber le dio tiempo para pensar. Luego, no dispuesta todavía a perdonarlo, dijo:

—Con quien debería disculparse es con Kate, por primera vez en mucho tiempo lo estaba pasando bien.

—Lo sé, pero… ¿por qué esperó tanto hasta ponerse a buscar? Es una mujer atractiva. Podría haber encontrado un hombre.

— ¿De modo que ahora es culpa suya estar disponible? Hace falta mucho tiempo para recuperarse de la muerte de un ser querido, si alguna vez se logra. Me contó que trató de tener citas pero, que al estar viuda, los hombres esperaban que se metiera inmediatamente en la cama con ellos. Así que paró.

—El sexo es parte de una relación.

— ¿De verdad? ¿De modo que cada mujer con la que sale se acuesta con usted? ¿Y luego qué? ¿Le da las gracias y se marcha tan campante?

— ¡Un momento! —Protestó Hank—. No estamos hablando de mí, sino de Kate.

—Yo no quiero hablar de Kate —se levantó y comprobó la carne del horno. Luego comenzó a pelar patatas de espaldas a Hank.

Tras un minuto, éste se puso de pie y se apoyó en la encimera, a su lado.

—Mi padre mañana quiere ir a Denver a ver a Kate. ¿Le da su número de teléfono y su dirección?

— ¿Por qué debería? ¿Es que los dos no le han causado ya suficiente dolor?

—Mi padre dice que está enamorado de ella.

Maggie se volvió para mirarlo.

—Eso es imposible. Sólo han compartido unos días.

—No sé lo que siente Kate, pero afirma que ha encontrado un espíritu afín.

— ¿Y a usted le parece bien? Porque Kate dijo que no se interpondría entre ustedes dos.

En ese momento entró Carl.

—Hola. ¿Está lista ya la cena? —mantuvo la voz ligera, pero los observó a los dos con atención.

—Se servirá en media hora —indicó Maggie sin volverse.

Silencio.

Al final, Carl dijo:

—Mmmm, Maggie, estaba pensando… en ir mañana a Denver. Ya

sabe, últimamente apenas he salido del rancho y necesito comprarme ropa.

Maggie no respondió.

Hank carraspeó.

—Maggie piensa que no apreciamos a Kate. No está segura de que deba darnos su dirección y teléfono.

—Maggie, desde luego que aprecio a Kate. De hecho, la amo y quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Ella se giró para mirarlo. El se irguió y le sonrió.

—A Kate le gustabas, Carl. No sé cuánto. Pero no se interpondrá entre Hank y tú.

—Hank ha dado su bendición. Le expliqué lo que siento por Kate y ahora lo entiende. Sólo intentaba protegerme.

Hank movió la cabeza.

—Es un gran riesgo, papá. No comprendo por que la gente se decide a correrlos.

Carl frunció el ceño.

— ¿Qué dices? ¿Es por eso por lo que no has encontrado a nadie?

Hank esquivó la pregunta de su padre.

—Yo no soy mayor, papá. Aún dispongo de tiempo.

—Pero tienes veintiocho años. Necesitas construir una familia mientras seas lo bastante joven. El tiempo se te escurrirá de las manos —dio un paso hacia su hijo—. Siento que mi... enfermedad te impulsan a abandonar la esperanza de compartir tu vida con alguien.

—No seas tonto, papá. No es por eso que... He estado ocupado. No es fácil llevar un rancho de este tamaño.

— ¿Necesitas que me quede aquí y te quite parte de la carga? Pensé que te gustaba llevar el rancho —se acercó más con una expresión de preocupación en la cara.

Hank palmeó el hombro de su padre.

—Todo va bien, papá. Y ahora que entiendo lo que sientes por Kate, me parece bien que... ya sabes... que hagas lo que quieras.

—Gracias, hijo —le dedicó una sonrisa radiante.

Maggie le dio la espalda a los dos. Hank le había mentido a su padre. Podía verlo en sus ojos. Estaba aterrado, temía que si amaba a alguien, esa mujer pudiera morir, dejándolo tan débil y desvalido como había estado su padre.

No lo había visto antes. Había pensado que le dolía la pérdida de su madre, pero era más que eso. ¿Era la razón por la que no la dejaba limpiarle la habitación? ¿No quería depender de nadie?

Desde luego, dependía de ella para alimentarse. Al menos su fobia

no llegaba lejos. Puso las patatas a cocer. Luego empezó a cortar verduras para la ensalada

—Eh… ¿Maggie? —dijo Carl.

— ¿Si, Carl? preguntó pero sin volverse.

— ¿Estas dispuesta a darme el teléfono y la dirección de Kate?

Claro que lo haría, pero todavía no estaba dispuesta a ceder.

—He de pensarlo, Carl. Los dos han herido mucho a Kate. No quiero que sufra más de lo necesario.

—Pero Maggie, quiero casarme con ella. Podremos viajar y ver mundo, y regresar de visita siempre que ella quiera. ¿No suena maravilloso?

—Sí, si es lo que ella quiere.

—Bueno, no lo sabremos si no se lo preguntamos—indicó Carl.

Maggie ya no pudo contenerse.

—La llamaré para preguntarle qué es lo que quiere que haga.

Hank pareció inquieto por su renuencia.

—Estoy seguro de que podremos conseguir su teléfono a través de Internet, papá. No tenemos que depender de Maggie.

—Ha dicho que llamará a Kate. Es lo que quiero. Lo único que pido es una oportunidad de explicarle lo que espero. Si no está interesada, entonces… entonces regresaré aquí. Y prometo que, si me no me desmoronaré como la última vez.

Maggie respiró hondo.

—Hank, cuando termines la ensalada, llamaré a Kate.

CAPÍTULO 8

— ¿Kate? Soy Maggie. Quería asegurarme de que habías llegado bien a casa. Hubo una pausa antes de que Kate respondiera:

—He llegado bien. Debería haberte llamado, cariño, pero... reconozco que estoy un poco deprimida.

—Lo siento —luego alzó la vista y vio a Carl de pie en el umbral de su dormitorio, con una expresión de curiosidad en la cara—. Eh... Kate, Carl pensaba en ir a Denver mañana y se preguntaba si podría darle tu teléfono y dirección.

Más silencio.

—No creo que sea buena idea, Maggie. No quiero causar ningún problema entre Carl y su hijo.

—No lo harías. Hank y su padre han llegado a un acuerdo. Carl quiere explicarte las cosas. Luego, si no quieres verlo, dijo que lo entendería.

— ¿Por qué no hablo con él ahora?

—Creo que quiere explicártelo en persona.

— ¿Esta ahí escuchando?

—Si —respondió aliviada. Había estado incómoda hablando con Carl presente.

—Dile que se ponga.

Maggie extendió el auricular hacia el hombre.

—Quiere hablar contigo.

Carl se paralizó. Luego avanzó hacia ella.

— ¿Estás segura?

—Sí. Vamos, Timmy. Tenemos que terminar la cena.

Timmy se deslizó de la cama donde había estado coloreando dibujos.

—Vale, mami, pero no he hablado con la tía Kate.

—En otra ocasión, cariño, Carl y la tía Kate tienen algo importante de que hablar -lo llevó a la cocina y encontró a Hank observando diversas verduras que pensaba incluir en la ensalada.

Los miró aliviado.

—Me alegro de que haya vuelto. ¿Corta las zanahorias?

—Prefiero rallarlas —le quitó el cuchillo de las manos—. Siéntese y beba otro café. Puede charlar con Timmy.

De pronto comprendió que su padre no había vuelto a la cocina.

— ¿Y mi padre?

—Hablando con Kate —él frunció el ceño—. Hank, se da cuenta de

la dirección que está tomando su padre, ¿verdad? Si se casan, no va a conmocionarlo, ¿no?

Hank respiró hondo.

—Estoy dispuesto a aceptar lo que mi padre quiera. Fue un error intentar evitar que viviera. Así que... lo aceptaré.

Maggie movió la cabeza y se concentró en la ensalada.

Al rato, sacó la carne del horno.

—Hank, ¿podría cortar la carne con el cuchillo eléctrico?

—Claro —convino, levantándose de la mesa.

—Toma, Timmy, tú puedes untar un poco de mantequilla en cada bollo antes de que los meta en el horno.

—Gracias, mami. Es como si fuéramos una familia, porque estamos trabajando juntos.

Maggie miró primero a su hijo y luego a Hank, quien exhibía una expresión desconcertada.

—Mmm... No, cariño. Estamos trabajando juntos para poner la cena en la mesa. A veces necesito ayuda —se concentró en preparar la salsa.

Cuando todo estuvo preparado, Carl seguía sin salir del dormitorio de Maggie. El comentario inocente de Timmy había borrado cualquier sentimiento positivo que hubiera podido albergar Hank. Por la expresión de su cara, adivinaba que creía que había estado intentando tenderle una trampa, lo cual era ridículo. No estaba más interesada en formar una familia con él de lo que pudiera estarlo Hank. Aunque fuera atractivo como el pecado..., y adorable cuando no estaba enfadado.

Movió la cabeza y se concentró en la cena para evitar meterse en problemas.

—Hank, creo que debería ir a decirle a su padre que la cena está lista.

—Creo que deberíamos empezar a comer. Ya vendrá —respondió él, ocupando su sitio a la mesa.

Maggie suspiró frustrada. Al final, salió de la cocina para dirigirse a su dormitorio. Se detuvo en la puerta y dijo en voz alta:

—Carl, la cena está lista.

El alzo la vista y la saludó con la mano. Ella dio por echo que le pedía que hiciera lo que había sugiriendo Hank, Pero en ese momento colgó el teléfono.

—Kate ha dicho que hablaría conmigo mañana. Me dio su dirección. Va a preparar el almuerzo para las ocho.

—Eso es agradable. La cena está lista —dio media vuelta y volvió a

la cocina.

— ¿Qué ha dicho mi padre? —preguntó Hank.

—Ahora viene —pasados unos minutos, añadió—: Será mejor que nos adelantemos y nos sirvamos.

—Sí, porque hay un largo camino hasta su habitación.

—No, Hank, no lo hay —corrigió Timmy, confuso.

—Lo sé, camarada. Sólo le gastaba una broma a tu madre.

—Oh. Eso me gusta. Ahí está Carl.

Este entró en la cocina, pero no parecía recordar por qué estaba allí.

—Siéntate, papá, para que podamos bendecir la mesa y comer mientras la cena esté caliente —ordenó Hank.

—Oh si, desde luego —aceptó con sonrisa beatifica. Se puso a comer sin notar nada de lo que sucedía a su alrededor.

— ¿Qué dijo Kate? —preguntó Hank al final.

— ¿No te lo he dicho? Mañana va a preparar el almuerzo para los dos —regresó a la cena, como si esa declaración lo explicara todo.

— ¿Le dijiste el motivo de tu visita?

Carl miró a su hijo.

—Le dije que quería explicar lo que había ido mal Le dije que tenía razón acerca de tu actitud, pero que la habías cambiado. Lo has hecho, ¿verdad? Porque Kate no quiere que entre tú y yo exista ningún roce.

—Me parece perfecto, papá. ¿Cuándo te vas? ¿A las ocho?

—Oh, no, probablemente antes. ¿Tengo toda la ropa limpia, Maggie? Necesito hacer la maleta esta noche.

— ¿Por qué vas a hacer una maleta? ¿Es que piensas irte a vivir con Kate? —demandó Hank.

—Claro que no. Pero tenemos mucho de que hablar. Iré a un motel y me quedaré unos días.

Se excusó para ir a guardar su ropa, a pesar de que no había terminado de cenar ni probado ninguna de las tartaletas de chocolate.

— ¿Qué diablos le pasa? Ni siquiera ha terminado de comer —soltó Hank.

—Creo que está enamorado —sonrió ella.

— ¡Cree estarlo!

—Desde luego, no se comporta como alguien acepte la decisión de su padre —manifestó ella aire de superioridad.

A la mañana siguiente, Hank se presentó a desayunar de malhumor. Cuando Maggie lo saludó, gruñó. Ella supuso que aún

seguía enfadado con Carl, ya que no le había dado motivo alguno para estarlo con ella.

En la cocina reinó el silencio hasta que Carl entró con una maleta grande.

—Buenos días —saludó con una amplia sonrisa.

Hank lo miró.

Maggie le devolvió el saludo.

—Siéntate, Carl, y te prepararé el desayuno.

—No, he de irme. Quiero salir pronto —se dirigió hacia la puerta de atrás.

Hank se movía con rapidez para ser un hombre grande. Llegó a la puerta antes que su padre.

—Papá, siéntate a desayunar. ¡Es una orden! No queremos que te desmayes de camino y tengas un accidente.

—De acuerdo, tomará algo.

Maggie puso dos rebanadas de pan en la tostadora, frió un poco de beicon y luego dos huevos.

—Es un desayuno estupendo, Maggie —Carl le sonrió feliz.

Maggie sabía que le habría dicho lo mismo aunque le hubiera servido un cuenco con cereales. En su mundo, todo era maravilloso. Anhelaba que tanto Kate como Carl pudieran ser felices.

—Oh, Hank, y durante mi ausencia, cuida de Maggie y de Timmy, ¿de acuerdo?

—Papá, no vivimos en la selva. Estarán bien.

—Lo sé, pero Timmy aún tiene varicela. Puede que necesite ver de nuevo al médico.

—Cuidará de ellos —suspiró Hank al final.

—Estaremos bien, Carl —le aseguró Maggie—. Transmítele mi cariño a Kate, por favor, y también el de Timmy.

—Oh, lo haré. Desde luego que sí —sonrió embelesado.

Con el desayuno a medio comer, Carl dejó el tenedor y se puso de pie.

— ¡Papá! No has terminado de comer.

—He tenido suficiente. Llamaré —prometió, alzando la pesada maleta.

Maggie se preguntó si se llevaba todo el guardarropa.

Aunque tampoco él había terminado de desayunar, Hank se levantó de la mesa y le quitó la maleta de la mano a su padre.

—Te la llevaré hasta la furgoneta.

—Gracias, hijo —dijo Carl. Luego abrazó a Maggie y le dio un beso

en la mejilla—. Hasta luego, Maggie.

—Hasta luego, Carl.

Cuando el vehículo se marchó, Hank regresó a la casa.

Maggie recogió el plato de él y lo metió un minuto en el microondas. Cuando regresó a la mesa, la comida estaba caliente. Le gustaba saber que se alimentaba bien. Lo necesitaba tanto como su padre. Desde luego, se dijo que sólo cumplía con su trabajo. No tenía nada que ver con el atractivo de Hank. Bajo ningún concepto.

—Parece muy feliz —comentó.

—Está descontrolado. Espero que recuerde parar ante los semáforos en rojo. Quienquiera que dijera que el amor es ciego, sabía de qué hablaba.

— ¿Y eso es malo? —preguntó ella, sin poder resistirse.

—Sí. Estar ciego conduce a problemas.

—Estar solo conduce a la soledad —le dio la espalda para recoger.
— ¿Por eso no sale con nadie?

La pregunta personal que le hizo Hank la asombró. Giró despacio para mirarlo fijamente.

— ¿Qué le hace pensar que no tengo citas?

—No he visto señal alguna de lo contrario.

—Llevo aquí poco más de un mes. Hace falta un tiempo para conocer a gente. Pretendo ir a la iglesia en cuanto Timmy se recupere.

—De modo que salía con hombres en Denver.

— ¿A qué viene ese interés en mi vida personal? No veo que usted salga con alguien.

—Estoy ocupado. Este rancho es grande. Tengo mucho que hacer —centró su atención en la comida, como si la conversación se hubiera terminada.

—Todo trabajo y nada de placer —murmuró ella, decidida a tener la última palabra.

—Hace que tenga un rancho próspero —apartó la silla de la mesa —. No vendré a comer, pero sí a cenar—se puso el sombrero y se dirigió al granero.

Maggie se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. Sin Carl en la casa y después de que Hank le informara de que no se presentaría al mediodía, su trabajo se vio reducido. Se preguntó cómo iba a pasar el día.

Cuando Hank fue a cenar, todo parecía normal. Saludó a Timmy, quien mostraba mejor aspecto y se sentó a la mesa.

—Me muero de hambre.

—Enseguida estará la cena. Tenemos chuletas de cerdo rellenas —

anunció Maggie con orgullo. La receta requería bastante tiempo, pero ese día había tenido suficiente.

Hank frunció el ceño.

— ¿Rellenas de qué?

Ella soslayé la pregunta y le puso un plato delante con dos chuletas rellenas. En la mesa estaba el puré de patatas, las judías verdes, los bollos calientes y la ensalada, todas cosas que a él le gustaban.

Hank se llenó el plato y cortó un trozo de chuleta. Después del primer mordisco, ya no tuvo ninguna duda.

También Timmy acabó con toda la cena, sin que su madre tuviera que insistir.

Una vez que terminaron, Maggie llevó la bandeja con la tarta y le quitó la tapa. Había preparado una tarta de chocolate con una capa de vainilla espolvoreada sobre el chocolate blando y encima una capa de chocolate rallado y la había puesto a enfriar.

—Es una tarta preciosa, Maggie. ¿Verdad, Timmy?

—Sí. Mami, es estupenda.

Después de cortar dos porciones, una enorme para Hank y otra más modesta para su hijo, les sirvió a los dos un vaso de leche.

Hank alzó la vista sorprendido.

— ¿Leche para mí?

—Es buena —afirmó, y se puso a recoger la mesa.

—Las chuletas estaban deliciosas, Maggie —dijo decir mientras se llevaba el primer bocado de tarta a la boca—. Mmn y también la tarta.

—Me alegro de que le guste.

— ¿Sabe algo de mi padre?

—No exactamente —respondió, agachando la cabeza.

— ¿Eso qué significa?

—Al ver que a las dos no había llamado, llamé a Kate. Hacían sobremesa después del almuerzo que ella había preparado.

— ¿Se había registrado en un hotel?

—No, todavía no —de pronto levantó la cabeza y lo miró—. ¿Por qué? ¿Piensa comprobar qué hace?

—Es mi padre, Maggie. Y no es el mismo desde hace mucho tiempo. Sólo pienso que debería ir despacio. Necesita acostumbrarse a volver a vivir antes de lanzarse por las Cataratas del Niágara.

— ¿Así fue el matrimonio de sus padres?

Hank terminó la tarta y se puso de pie antes de contestarle.

—No, mis padres fueron muy felices. Se amaban y... y dependían el uno del otro. Y eso es lo más peligroso de todo. Porque cuando uno se

va, el otro se queda sin nada.

—Eso no es verdad. Sí, dejó a su padre perdido durante un tiempo, pero ha vuelto a levantarse. Y gracias a haber tenido un matrimonio tan maravilloso está dispuesto a volver a intentarlo...

—Es posible —repuso él. Luego se volvió hacia Timmy—. Eh, camarada, ¿qué te parece si vamos a ver una película en la tele grande de la sala de estar?

Lo tomó de la mano y los dos salieron juntos de la cocina.

Maggie decidió que necesitaba acabar pronto con la cocina para poder supervisar la tarde de su hijo. Media hora después, fue a la sala de estar y descubrió a su hijo sentado en el regazo de Hank, ambos con la vista clavada en la pantalla.

Timmy la vio de inmediato.

— ¡Mami! Ven a ver la película con nosotros.

Intentó ocupar el asiento individual que hacía juego con el sofá, pero Timmy protestó, ya que quería tenerla sentada a su lado.

— ¿Por qué no vienes a sentarte en mi regazo? —sugirió ella desde el sillón.

—Vamos, Maggie —dijo Hank—. Va a terminarse la publicidad. No muerdo.

Se sentó en el sofá, dejando un poco de espacio entre ella y los dos hombres.

—Más cerca, mamá, para que pueda tomarte la mano—instó Timmy.

A regañadientes, se acercó y tomó la mano de su hijo. Pero la proximidad de Hank resultaba perturbadora.

A medida que avanzaba la película de dibujos animados, se relajó y luché por evitar que los ojos se le cerraran. No notó cuándo perdió la batalla, pero Hank sí. Tanto madre como hijo se quedaron dormidos casi al mismo tiempo.

Timmy lo hizo en sus brazos, y Maggie con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Parecía muy incómoda. Pensó en despertarla, pero a la película sólo le quedaba otra media hora, y le estaba gustando. Estiró el brazo por detrás de Maggie y la acercó, de tal modo que la cabeza le cayó sobre el hombro.

Cuando la película terminó, Hank permaneció sentado, con Timmy cálido contra su corazón y la cabeza de Maggie en el hombro. Respiró hondo y captó la fragancia del pelo de ella. Se sentía como un hombre de familia, sin la necesidad de hacer lo necesario para crear una familia. Como enamorarse.

Maggie se movió y Hank se inclinó y le dio un beso en la sien. Luego se preguntó por qué había hecho eso.

—Eh... Maggie, la película se ha terminado.

—Mmmm, ¿qué? —preguntó ella, abriendo los ojos despacio. Clavó la vista en el televisor. Luego se dio cuenta de dónde tenía la cabeza y se sobresaltó. — ¿Qué... qué ha sucedido?

—Se ha quedado dormida, igual que Timmy. Yo he sido el único que ha terminado de ver la película. Ha sido divertida.

—Lo... siento. No deberíamos... Si me da a Timmy, lo llevaré a la cama.

Hank se incorporó con el pequeño aún en brazos.

—Yo puedo llevarlo.

Maggie marchó por delante, y Hank observó el movimiento de sus caderas.

Al llegar al dormitorio, ella apartó las sábanas y Hank depositó al niño en la cama.

— ¿Dónde está su pijama? —musitó.

—Esta noche puede dormir con la camiseta y los calzoncillos. Gracias por traerlo.

—De nada —murmuró. Experimentaba una renuencia extraña en dejarlos, pero Maggie lo miraba, esperando que se marchara—. Los veré por la mañana —susurró, y se fue de puntillas, sintiéndose de pronto solo.

CAPÍTULO 9

Pasaron cuatro días hasta que volvieron a saber algo de Carl.

Mientras tanto, la atmósfera en la casa era tensa. Parecían haber olvidado los papeles que desempeñaban. Cada noche, Hank invitaba a Timmy a ver la tele en la sala de estar. Y Maggie le decía que no podía.

Se negaba a dejar que Timmy pasara tiempo a solas con Hank. Sin embargo, rechazaba la invitación de que se uniera a los dos. Y cada noche, Hank se demoraba más y más en la sobremesa. Hablaba de todo tipo de cosas con Timmy mientras él disfrutaba de una segunda taza de café.

Cuando llegó la llamada de Carl, Hank se hallaba sentado a la mesa de la cocina, a pesar de que la comida había terminado hacía un rato. Contestó allí mismo.

—Hola, papá. Me alegro de oír tu voz. ¿Oh? Sí, supongo. Estoy seguro de que Maggie estará de acuerdo —hizo una pausa y luego dijo —: Se lo contaré —cortó y regresó a su sitio a la mesa—. ¿Queda café?

Maggie le sirvió el café, a la espera de que hablara.

—Era mi padre.

—Eso ya lo sé, Hank. ¿Qué ha dicho?

—Kate y él van a casarse.

Maggie soltó un suspiro profundo y se sentó frente a él.

—Santo cielo.

—Creía que iba a hacerla feliz —frunció el ceño.

—Sí, así es.

—Mami, ¿qué pasa? —preguntó Timmy, mirándolos.

—La tía Kate y Carl van a casarse.

—Entonces, ¿la tía Kate va a vivir aquí con nosotros? —juntó las manos con una gran sonrisa en la cara.

—No lo sé —respondió ella. Miró a Hank—. ¿Qué planes tienen?

—Papá quiere casarse aquí en el rancho. Dijo que podría ser una ceremonia sencilla, para que no la abrume a usted, con sólo unos pocos invitados, pero les gustaría que fuera el sábado.

— ¿Este sábado? —inquirió aturdida.

— ¿Cuál es el problema?

—Necesito limpiar toda la casa, y tiempo para preparar una tarta nupcial, y la comida para los invitados, y...

—Hay una mujer de la zona que prepara tartas nupciales. Es poco tiempo, pero la hará si le pagamos más. Tendrá que preparar un bufé,

pero nada formal. La ceremonia será en el salón y serviremos la tarta y la comida en el comedor.

— ¿Y las flores?

Hank no tenía respuesta para eso.

— ¿Para qué las necesitamos?

—No importa. Llamaré a una floristería a la que solía recurrir en Denver.

— ¿Denver? Eso está a tres horas de distancia.

—Sí, pero Carl y Kate están allí. Pueden recogerlas de camino aquí. A propósito, ¿cuándo van a venir?

—Creo que el sábado por la mañana. Papá quería la boda a las dos de la tarde.

—Será mejor que hable con Kate.

Aburrido, Timmy le preguntó si podía ir a ver la televisión. En cuanto Maggie lo dejó acomodado ante la pantalla, regresó a la cocina y vio que Hank seguía allí.

— ¿Quiere más café o tarta?

—No, pero pensé que podría necesitar ayuda... y viendo el cariz que han tomado las cosas, creo que lo más normal sería que empezáramos a tuteamos.

—Creo que sí. Y sí, necesito ayuda. ¿Dónde puedo encontrar un fotógrafo?

— ¿Un fotógrafo? ¿También necesitamos a uno de esos?

—Es agradable tener fotos de la ceremonia, de la pareja feliz. ¿Hay algún fotógrafo por la zona?

—A Larry le gusta jugar con cámaras. Creo que es bastante bueno.

— ¿Puedes llamarlo? Necesito hablar con él —se preguntó si cometía un error al no buscar los servicios de un profesional. Larry era muy agradable y amable, pero si no era bueno...

—Claro. Lo llamaré ahora mismo.

—Gracias —se cercioró de que hubiera café preparado.

Cuando Hank colgó, dijo:

—Se ha mostrado muy entusiasmado. Vendrá enseguida.

—De acuerdo —sacó un papel y comenzó a redactar una lista—. A propósito, voy a volver a limpiarte la habitación.

— ¡Te he dicho que no te quiero en mi cuarto!

Maggie lo miró.

—No voy a tener invitados en la casa y dejar tu habitación como una pocilga. Afectaría mi reputación. De modo que vas a tener que aguantar muebles limpios, sábanas planchadas y ropa colgando en el

armario y no tirada en el suelo.

Una llamada a la puerta anunció a Larry, quien entró en la cocina. Maggie lo invitó a sentarse y le sirvió un trozo de tarta y una taza de café.

El aceptó encantado.

— ¿Y yo? —dijo Hank de inmediato.

Lo miró, pensando en la enorme porción había comido hacía media hora.

—Sí, claro, Hank, si quieres...

—Quiero

Cortó dos porciones de tarta y las llevó a la mesa. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que Larry había llevado un álbum de fotos.

—Oh, Larry, ¿has traído muestras de tu trabajo?

—Pensé que querrías saber que sé lo que estoy haciendo. Nunca antes he hecho una boda, pero podemos hablar de las fotos que quieres. No cobraré por sacarlas. Lo único que necesito es dinero para cubrir los gastos de los carretes y el revelado. Será una buena publicidad para mí.

—Eres muy generoso, Larry. Me encantará mirar tu trabajo —con una sonrisa, alargó la mano hacia el álbum.

—Sí, claro —lo deslizó por la superficie de la mesa.

Tomó el tenedor, pero Maggie notó que no probó bocado. Tenía los ojos clavados en el álbum.

Ella lo abrió, temerosa de lo que pudiera encontrar. Si las fotos eran de aficionado, su intención era contratar a un fotógrafo de verdad.

La primera foto era de una flor, con delicados pétalos tocados por el rocío. Era increíblemente hermosa. Pasó la página, y la esperanza creció en su interior. La siguiente foto era de un vaquero de edad avanzada, con el sombrero embutido en la cabeza como si nunca fuera a caérsele; unas arrugas profundas marcaban su rostro, pero los ojos azules brillaban con vida.

Continuó por el álbum, viendo el talento artístico de Larry cobrar vida en cada foto. La última conquistó su corazón. Se veía a Timmy jugando a los coches sobre la pierna de Carl, las miradas de ambos clavadas en dos pequeños coches de metal. Ambos reflejaban una expresión de intensa concentración.

—Tu trabajo es maravilloso, Larry. ¿Desde hace cuánto haces fotos?

—A mí me parece que toda mi vida. Pero sólo compré una buena

cámara hace un par de años.

—Haré la lista de fotos que queremos. Las principales serán de Kate y Carl, avanzando por el pasillo, al casarse, al arrojar el ramo, al cortar la tarta... El resto dependerá de ti. Cubriremos tus gastos e incluiremos unos honorarios.

—No, de verdad eso no es...

—Come la tarta, Larry —indicó Hank. Interrumpiendo la protesta... Maggie tiene razón. Papá y yo no pensamos escatimar gastos para la ocasión.

—La boda recae sobre la familia de la novia, Hank. Yo me ocuparé de los gastos.

—No, yo…

—Desde luego, es una tarta deliciosa, Maggie —interrumpió Larry, mirando a uno y a otro.

—Gracias, Larry Si esperas aquí traeré mi talonario para que puedas comprar los carretes.

Después de que saliera de la habitación, Hank le dijo a su amigo:

—Te ponga la cantidad que te ponga, yo la duplicaré y tú podrás romper ese cheque. Papá no querría que Maggie tratara de pagar la boda.

—Claro, Hank, pero...

—Haz lo que te digo —cortó con severidad.

Los dos alzaron la vista cuando Maggie regresó. Le entregó un cheque a Larry.

—Si no alcanza, dímelo, Larry. Me alegra mucho que seas tú quien vaya a sacar las fotos de la boda de Kate.

—A mí también —miró a Hank. Luego dijo—: Esto bastará, Maggie.

En ese momento sonó el teléfono y ella se incorporó para contestar.

—Rancho Brownlee.

Entonces exhibió una amplia sonrisa.

— ¡Kate! Iba a llamarte. Espera un momento, voy a usar el teléfono de la sala de estar. Hank está aquí con compañía —se volvió hacia él —. ¿Quieres colgar por mí cuando descuelgue el otro teléfono?

—Claro.

Hank se levantó y aceptó el auricular. Saludó a Kate y le dio la bienvenida a la familia. Luego oyó que Maggie descolgaba y se despidió.

— ¿Aceptas lo que va a pasar? —Preguntó Larry—. Quiero decir, sé que hemos hablado del tema, pero a veces no parecías muy

contento de tener a Maggie aquí.

—Sí, ahora estoy bien. Fue una conmoción, pero supongo que no tendría que haberlo sido. Además, todo ha salido bien. Y diablos, supongo que Maggie y yo ahora somos prácticamente familia. Aparte de que Kate y Maggie tienen mucho en común.

Larry pareció sorprendido.

— ¿Me estás diciendo que sientes algo por Maggie como Carl por Kate?

— ¡No! En absoluto. Pero es... una buena cocinera.

—Sí -convino Larry con una sonrisa—. ¿Eso es lo único bueno que tiene?

— ¡No tientes tu suerte, Larry! —gruñó.

—Vale, vale. ¿Te parece bien lo de las fotos?

—Claro. Yo sabía que eras bueno. Me gusta la foto de Timmy y papá.

—Sí. ¿Quieres una copia? —ofreció orgulloso.

—Sí. Inclúyela en el precio de las fotos. ¿Qué cantidad ha puesto en el cheque?

Larry le dijo la cantidad.

—Te entregaré otro cheque por la mañana. No olvides de romper éste.

Larry se lo pasó por la mesa.

— ¿Por qué no lo rompes tú? Me sentiré mejor al respecto.

—De acuerdo, perfecto —acordó, doblándolo y guardándoselo en el bolsillo de la camisa—. Cómete la tarta. Maggie se molestara si no lo haces.

— ¿Por eso tú te comiste la tuya?

Hank sonrió.

—Sabes que me encanta el chocolate.

—Lo sé —comenzó a comer la tarta—. Cielos, he de volver a comer aquí. No cabe duda de que es una cocinera estupenda.

—Sí, es bastante buena en todo. Incluso es una buena madre. Quizá demasiado.

— ¿A qué te refieres?

—Cuida demasiado a ese chico.

— ¿No lo dejará crecer?

—No. Pero yo lo estoy ayudando —asintió Hank.

— ¿A qué te refieres? ¿Estás haciendo algo que su madre no quiere? Hank, no creo que eso sea una buena idea. Sólo podrá conducir a una pelea.

—Si lo es. No se trata dé nada que vaya a hacerle daño.

Larry se llevó el último bocado de tarta a los labios. Luego se puso de pie y puso el plato en el fregadero.

—Dile a Maggie que me encantó la tarta y que estaré listo para la boda.

Hank también se levantó.

— ¿Te marchas ya, Larry? —preguntó ella en ese instante al entrar en la cocina.

—Sí. Me ha encantado la tarta. Creo que necesito volver a cenar aquí cuando queráis aguantarme —añadió con una sonrisa.

—Cuando quieras, Larry. Siempre hay comida.

—Estupendo. ¿Puedo venir mañana por la noche?

—Desde luego. Podremos hablar de los planes para las fotos de la boda.

—Bien. Hasta mañana entonces —se marchó saludando con un gesto de la mano.

— ¿Está molesto por algo? —preguntó Maggie.

—No. Le preocupa que los chicos se pongan celosos porque pase demasiado tiempo aquí.

— ¿Y por eso viene a cenar mañana por la noche?—inquirió ella llena de escepticismo.

Hank se encogió de hombros.

— ¿Qué ha dicho Kate?

—Que quería que yo fuese su madrina, y que tu padre quiere que seas su padrino. Han decidido que Timmy podría llevar los anillos. Y tu padre preguntó si ya habías llamado a la mujer de las tartas.

—Aún no —se levantó y alzó el teléfono. Hizo falta negociar y la promesa de una bonificación, pero Carl y Kate tendrían una tarta nupcial que daría para cien personas. Les sería entregada el sábado por la mañana.

Después de colgar y volverse, Maggie preguntó:

— ¿Cien personas?

—Es una conjetura. Ya sabes, cuando tienes una celebración, tus vecinos aparecen. Mañana llamaré a algunos y les pediré que llamen a los demás.

— ¿Así que un bufé para cien personas? Más la tarta. Bueno, si me dices cuánto es, yo...

—No. Mi padre me pidió que me ocupara de la tarta. Eso significa que yo la pago y se volvió para abandonar la cocina.

—Aguarda un momento, Hank. Necesitamos aclarar esto. La familia de la novia es responsable de la boda. La familia del novio

paga la luna de miel.

— ¿Piensas que mi padre y yo vamos a permitir que utilices tus ahorros para que se case con Kate? No será así, Maggie, y será mejor que te acostumbres a ello.

— ¡Hank Brownlee, te equivocas! Kate tiene algo de dinero. Ella insiste en pagar las flores. Así que, entre nostras, podremos ocuparnos.

—Tú vas a cocinar. Eso es suficiente.

— ¡Escúchame! —exclamó—. Lo vamos a hacer así. Kate y yo pagaremos la boda.

—Te diré lo que haremos. Yo seguiré adelante con lo de pagar, y tú puedes planteárselo a mi padre. Después de todo, no es mi boda.

— ¡No, no lo es!

— ¿Qué he de ponerme? ¿Será algo formal? ¿O simplemente un traje?

—Sólo traje y corbata. Tienes, ¿verdad?

—Claro. No somos bárbaros.

—No quería decir eso. ¿Tengo que llevarlos a la tintorería?

—No. Los envié hace un par de meses y desde entonces no los he usado. ¿Tú tienes qué ponerte?

—Creo que sí.

—Si lo necesitas, puedo llevarte de compras. Larry puede quedarse con Timmy. A propósito, ¿Timmy se habrá curado para la boda?

—Sí, ya no es contagioso, pero sus granos habrán desaparecido para el sábado.

Hank se quedó allí de pie un rato más, pero Maggie no continuó.

—Creo que... me iré a acostar.

—Sí. Te veré en el desayuno —acordó. Recogió la taza y el plato de él.

Eso le recordó a Hank que Larry había llevado sus cosas al fregadero.

—Oh, lo siento, podría haber... lo olvidé.

—No pasa nada. Es mi trabajo.

—Sí. Mmm... Buenas noches, Maggie. Ha sido una cena rica.

—Gracias.

—Iré a darle las buenas noches a Tim.

—Quizá se haya quedado dormido. Hoy no ha dormido siesta.

—Si ya se ha dormido, no lo despertaré.

Sus palabras no la reafirmaron. Lo siguió hasta su habitación y se puso de puntillas para ver por encima de los hombros de él. Por desgracia, era demasiado alto. Entró detrás de él y descubrió lo que

había esperado. Timmy se había echado en la cama que compartían y se había acurrucado para ver la televisión. Estaba profundamente dormido.

Hank estaba junto a la cama, mirando al pequeño.

—Es muy guapo —susurró.

—Sí, lo es —murmuró ella.

Se volvió para abandonar el cuarto y Maggie lo siguió.

— ¿Piensas arroparme también a mí?

Ella se detuvo con brusquedad.

—No, iba a terminar de limpiar la cocina.

—Entonces, ¿por qué has venido detrás de mí? Te prometí que no lo despertaría si se había quedado dormido.

—Quería cerciorarme. Si se despertaba de repente, podía haberse asustado —alzó el mentón y lo miró, desafiándolo a contradecirla.

—Creo que eres demasiado protectora —dijo Hank.

—No tienes derecho a decirme cómo tratar a mi hijo mientras no lo maltrate —afirmó con voz tensa.

—Maggie, no tengo intención de decirte cómo educar a Timmy. Sólo trato de ayudar.

— ¡Pues no lo haces! Me ocuparé de mi hijo sin tu ayuda.

—Haces demasiado de un simple comentario —protestó él.

—Buenas noches, Hank —le dio la espalda.

—Buenas noches —musito mientras iba a su propio cuarto.

Pensó que Larry había tenido razón acerca de la pelea con Maggie. Era algo que se veía venir.

CAPÍTULO 10

El resto de la semana fue frenético. Maggie limpió la casa hasta que cada centímetro quedó impoluto, incluida la habitación de Hank. El viernes por la mañana sacó la última lavadora de la secadora y comenzó a doblar y a colgar la ropa.

Entonces notó pequeños trozos de papel. Los recogió de la lavadora y de pronto se percató de lo que había encontrado. El cheque que le había dado a Larry.

Se preguntó qué hacía el cheque en posesión de Hank.

Entonces lo comprendió. Hank seguía negándole su derecho a pagar la boda- La tensión que había sentido toda la semana se incrementó y salió de la casa con la esperanza de encontrar a Hank en el granero.

— ¡Hank! —gritó al entrar.

Su voz reverberó contra las paredes.

Larry apareció por una esquina.

— ¿Maggie? ¿Sucede algo?

—Larry, ¿cobraste el cheque que te di?

—Eh... claro —respondió, bajando la vista.

—Entonces, ¿por qué he encontrado trozos de él en la lavadora? —cruzó los brazos y esperó.

—Mmm, lo siento, pero Hank me dijo... No quería que me despidieras.

—Sabes que no te despediría, Larry. ¿Qué sucede?

Larry suspiró y se echó hacia atrás el sombrero vaquero.

—Maggie, Hank y su padre tienen mucho orgullo. Quieren pagar la boda. Vas a tener que hablar con ellos.

—Entonces, ¿qué dijo Hank? ¿Que rompiera el cheque y que él te pagaría?

—Sí.

Después de mirar furiosa el suelo lleno de paja, alzó la cabeza y le sonrió a Larry.

—Lamento haberte gritado.

—Me parece que gritó el nombre de Hank, no el mío.

—Cierto. Gracias, Larry.

Regresó despacio a la casa. Larry tenía razón. Su batalla era con Hank y Carl, y necesitaba hablar con Kate al respecto. Había demasiado que hacer con los preparativos de la boda. Pero una vez que eliminara parte del trabajo…

Hank fue a la pequeña ciudad más próxima al rancho. Iba a recoger un pedido de champaña para la boda.

Supuso que ya había hecho todo lo que se requería de él. Suspiró. Había prometido estar contento por su padre, pero resultaba un esfuerzo. No es que no le gustara Kate. No había nada que pudiera rechazar esa mujer. Era tan parecida a Maggie... Cálida, cariñosa, paciente. Su padre había elegido bien.

Pero la vida no tenía garantías.

Aparcó la furgoneta y bajó. En la tienda, varias personas lo saludaron.

—Hank, un día importante el de mañana, ¿eh? —comentó un vecino.

—Sí, Ben. Un gran día. ¿Está listo mi pedido?

—La mejor noticia que he tenido en mucho tiempo—comentó el propietario de la tienda—. Pensé que Carl iba a ir marchitándose poco a poco.

—Sí, yo también. ¿Tienes el champaña, Kevin?

—Claro. Guardado en cajas. Va a ser una boda estupenda. ¿Necesitas una receta para un ponche sin alcohol? Ya sabes, para los que no beben.

Hank frunció el ceño.

—No había pensado en ello.

—Es lo que hace mucha gente, champaña y luego una alternativa.

—Sí —acordó Ben—. Mi mujer está embarazada otra vez. No puede beber alcohol.

—Felicidades, Ben. No lo sabía.

—Sí, no se lo hemos dicho a mucha gente. Pero estamos muy contentos. Deberías probar a casarte e iniciar una familia también. Es algo maravilloso.

Hank notó la expresión en la cara de Ben. Parecía la misma que había visto en la cara de su padre al marcharse a ver a Kate. El amor volvía a atacar.

—No creo que esté hecho de esa pasta —comentó al sacar una tarjeta de crédito del bolsillo para pagar el champaña. Kevin le entregó un trozo de papel.

— ¿Qué es esto? —preguntó.

—La receta para mi ponche especial —le guiñó un ojo—. Sólo se la doy a mis mejores clientes. Es sencilla. Hasta tu puedes hacerla, Hank.

—Gracias. Lo veremos mañana.

Después de cargar las cajas en la parte de atrás de la furgoneta, clavó la vista en el papel que le había dado Kevin. Tenía razón. No en

difícil. Pararía en un supermercado a comprar los ingredientes.

Luego Maggie podría hacerlo.

— ¡Eh, Hank! —Llamó Ben—. Olvidaba preguntarlo. ¿Tu ama de llaves necesita ayuda?

— ¿Por qué? ¿Conoces a alguien a quien podría contratar?

—No, no hacemos así las cosas. Mi mujer podría echar una mano. Es una excelente cocinera. Dile a tu ama de llaves que llame a Melanie si necesita algo.

—Lo haré.

Después de que Ben se hubiera marchado, Hank comprendió que podría tener otro problema. Maggie iba a ser presentada a sus vecinos como el ama de llaves.

¿Sospecharían de Maggie? ¿Creerían que la había ocultado durante varios meses?

No había hecho eso. ¿O sí?

Sus vecinos hablarían una vez que se quedaran solos. Maggie quizá se molestara y se fuera.

No podía hacer eso. Él estaba ayudando a Timmy. Y... y la echaría de menos.

Fue a casa sin ver a los amigos que lo saludaban. Sólo podía pensar en que Maggie y Timmy se marchaban.

Cuando se detuvo en el patio del rancho, encontró a Timmy en el porche de atrás.

—Eh, ¿te encuentras bien? —preguntó.

—Casi. Mamá dijo que podía jugar con mis coches un rato aquí afuera. Hank, ¿cuánto tiempo tengo que guardar el secreto?

Hank subió al porche.

—Sshhh, camarada. No queremos que tu mami lo oiga. ¿Lo recuerdas?

—Está ocupada preparando tartas pequeñas.

— ¿Tartas pequeñas? —Hank frunció el ceño.

—Mami las llamó algo raro, pero parecen tartas.

—De acuerdo. He de meter algunas compras. Se lo preguntaré a ella.

Llevó las cajas de champaña a la casa. En la cocina, encontró a Maggie trabajando en las pequeñas tartas, como había dicho Timmy.

— ¿Tartas pequeñas? ¿Las necesitaremos con la tarta? —inquirió.

Maggie alzó la cabeza, sorprendida.

—Son quiches, no tartas. Forman parte del bufé.

—Oh, estupendo. Aquí están las botellas de champaña —ella siguió

trabajando en las quiches—. He de meter algunas compras. Ahora vuelvo.

—Bien —no alzó la vista.

Hank descargó la furgoneta y entró con la compra.

— ¿Qué es eso? —preguntó ella al verlo depositar dos cajas.

—Necesitamos un ponche sin alcohol para la boda. Kevin me dio esta receta. Dijo que era fácil.

Maggie introdujo unas fuentes con quiches en el horno antes de volverse otra vez hacia Hank.

— ¿Un ponche?

—Sí. La mujer de Ben está embarazada y no puede beber alcohol. Timmy tampoco.

— ¿No podríamos haber puesto unos refrescos?—preguntó, mirando la receta.

— ¿Es demasiado complicada?

—No, no lo es, pero, ¿qué voy a usar para servirlo? ¿Y dónde lo voy a guardar una vez preparado?

—Puedes usar la nevera que hay donde duermen los chicos. Y mi madre tenía unas jarras grandes donde ponía el ponche. Te las traeré —las encontró en el almacén y las llevó a la cocina—. Aquí están. Las limpiaré —se ofreció.

—No pasa nada. Yo puedo hacerlo. Después de todo, tú pagas, ¿no?

El giró despacio.

— ¿De qué estás hablando?

—Encontré trozos pequeños de papel en la colada. Pude unir los suficientes para descubrir el cheque que le entregué a Larry.

Sin pensárselo, Hank se llevó la mano al lado izquierdo del pecho. Luego se le enrojecieron las mejillas.

—Olvidé sacarlo del bolsillo de la camisa y…

—Eso mismo deduje yo. No pienso discutir contigo al respecto. Lo hablaré con Kate y Carl.

—Bien. Yo ayudaré limpiando estas jarras mientras tú terminas con lo que estás haciendo —se puso manos a la obra.

Maggie lo miró ceñuda, hasta que sonó el temporizador del horno. Abrió la puerta y extrajo una fuente llena de quiches.

Después de poner otra, los dos trabajaron en silencio. Luego Hank comentó:

—La mujer de Ben, la que está embarazada, se ha ofrecido a ayudar, si lo necesitas —carraspeó—. Tengo el número, si lo quieres.

— ¿Cómo se llama?

—Melanie. Es agradable.

Maggie se volvió para mirarlo.

— ¿Crees que estaría dispuesta a servir tarta mañana? ¿Y tendría un par de amigas que también puedan ayudar?

—Claro. Es una buena vecina —dejó lo que hacía y se secó las manos. Luego le escribió el número en un trozo de papel—. Llámala.

Maggie lo aceptó y mancó el número. Aunque estaba tensa al principio, Melanie le facilitó las cosas. Prometió servir la tarta y llamar a dos amigas para que les echaran una mano.

Cortó con un suspiro.

— ¿Estabas preocupada, Maggie? —preguntó Hank.

—Sí. No veía cómo podría hacerlo todo sola —pareció recobrarse.

—Yo podría haberte ayudado si me hubieras dicho en qué —señaló.

—No sabía si tenías amigos, aparte de hombres. Después de todo, no llevas una vida social muy activa, ¿verdad?

—No en el último año, pero todo el mundo conoce la causa. Todos vinieron tras la muerte de mi madre, trayendo un montón de comida. Pero todos tienen sus casas que llevar y supusieron que podría cuidar de mi padre.

—Y lo hiciste.

—No. Tú lo hiciste, Maggie. Timmy y tú. Reconozco que se me atragantó que mi padre respondiera contigo y no conmigo, pero ya lo he superado. Le has hecho mucho bien, y estoy en deuda contigo.

—No, Hank. Me pagas un sueldo por hacer lo que he hecho. Creo que Carl estaba cansado de... de no vivir, pero no tenía la fuerza para cambiar. Un poco de buena comida marcó la diferencia.

—Sí, yo no soy un gran cocinero.

—Pero haces bien otras cosas, Hank. Te encargaste del rancho. Sin ti, se habría venido abajo.

Le dedicó una sonrisa pesarosa.

—Somos una estupenda sociedad de admiración mutua, ¿verdad, Maggie?

—Sí, supongo que sí. Pero sabía que no habías tenido tiempo de lamentar la muerte de tu madre. Reconozco que me irritabas, pero intenté recordar que debías enfrentarte a su pérdida.

—Fuiste más paciente conmigo de lo que merecía.

Se sonrieron, de pronto en paz... hasta que entro Timmy.

—Mami, pronto podré contarte mi secreto. Lo ha dicho Hank.

Cualquier buena disposición que hubiera podido sentir hacia Hank en ese momento, se evaporó.

—Timmy, creo que deberías contarme tu secreto ahora.

El pequeño miró a Hank con cara de súplica.

—Claro, camarada, puedes contárselo ahora, si te apetece.

El niño prácticamente se puso a dar botes.

—Voy a irme a dormir a la habitación de pequeño de Hank, mami. Y si no me gusta estar solo, ¡podré tener un cachorro que duerma conmigo!

La mirada horrorizada de Maggie pasó de su hijo a Hank. La dejaba sin habla que le hubiera prometido algo así sin haberlo consultado primero con ella.

—Timmy, no creo...

—Por favor, mami... —suplicó el pequeño.

—Maggie, necesitas pensar en ello antes de cometer un error —dijo Hank al mismo tiempo.

— ¿Perdona? ¿Quieres que pare y que reflexione? ¿Por qué no lo hiciste tú? Timmy, ve a tu habitación a ver la tele —ordenó.

—Pero, mamá...

— ¡Timmy, haz lo que te digo!

En cuanto el niño salió de la cocina, Hank dijo:

—No proyectes tu furia contra el pequeño. Cúlpame a mí.

— ¡Oh… créeme, lo hago! ¿Cómo has podido hacerle esa promesa sin consultarlo primero conmigo? ¡Soy su madre!

—Sí, lo eres, pero lo mantienes demasiado atado—expuso con tono razonable.

— ¿Y tú lo sabes porque has criado a muchos niños? ¡Estás soltero, por el amor del cielo! ¡No sabes nada sobre educar niños!

—Sé que los niños necesitan crecer independientes de sus madres. ¿Cuánto tiempo va a compartir una cama con su madre? Ya no es un bebé.

— ¡Vete! ¡No quiero verte! —exclamó.

Lo que aumentaba aún más su furia era la creciente duda de que tal vez pudiera tener razón. ¡Pero Timmy era su hijo! Debería ser ella quien tomaras esas decisiones.

Hank se dirigió al granero, enfadado con el mundo.

— ¿Qué pasa, jefe? —preguntó Larry desde el cuarto de los aparejos, donde reparaba un equipo.

— ¡Me acaban de echar de mi propia casa!

— ¿Quién…? Oh, oh. Maggie y tú os habéis peleado, ¿verdad? —

movió la cabeza.

— ¡Es irracional! Ni siquiera escucha lo que tengo que decir.

—Te lo advertí —indicó Larry sin perder la sonrisa.

— ¡Fantástico! Lo que me faltaba, que mi mejor amigo me suelte "ya te lo dije" —gruñó.

—Pues lo hice —repitió Larry.

— ¡Eso no me ayuda! Realmente es por el bien de Timmy. Es un pequeño estupendo, pero ella lo está convirtiendo en un niño mimado.

—Bueno, al menos lo intentaste. Estoy seguro de que Timmy lo recordará.

—Quizá pueda regalarle un perro, aunque tenga que quedarse en el granero. Pero un niño necesita un perro.

—Sí. Recuerdo tu primer perro. Solía seguirte hasta la parada del autobús.

—Si El viejo Buster fue un gran amigo —no entre dientes—. El cachorro que elegí es nieto de Buster. Será un buen amigo para Timmy.

—Si logras obtener el permiso de su madre.

—No tengo por qué si va a vivir en el granero. No tenemos por qué contarle nada —hizo un gesto de mantener los labios cerrados.

—Hank, ¿no has aprendido nada aún de tus errores? No haces ningún plan con un niño sin antes consultarlo con sus padres. O sea, con Maggie.

—No veo por qué... Vale, vale, lo veo. Pero...

— ¿Y si se tratan de tu hijo y otra persona hiciera planes para él? Planes que cambiarán su vida.

— ¡Agradecería su preocupación!

—Y un cuerno. Eres muy protector con lo tuyo. Y lo serías todavía más con tus hijos. Serías como una osa madre a quien le amenazaran sus oseznos.

— ¡No tienes ni idea, Larry! ¡Puedo ser razonable!—se puso a ir de un lado a otro al tiempo que se mesaba el pelo.

—Sí, como lo eres ahora —musitó Larry.

Lo miró ceñudo, pero dejó una discusión que no iba a ganar.

—Me voy a la iglesia a recoger la ponchera y las tazas. ¿Quieres acompañarme?

—Mejor que lo haga. Si no, podrías empezar a tirar cosas.

— ¿Mami? Timmy se asomó por la puerta de la cocina.

— ¿Sí? —preguntó, con la voz todavía severa por la furia.

—No quería enfadarte —anunció con miedo en la voz.

—Cariño, no estoy furiosa contigo. Estoy furiosa con Hank. No debería haber… —se frenó en seco. No debería depositar la carga sobre su hijo—. No importa, cariño. No estoy furiosa.

—Bien. Entonces, ¿puedo irme a la antigua habitación de Hank con el cachorro? —tenía la cara acalorada por el entusiasmo, y sus ojos, iguales que los de su padre, brillaban.

—No, yo no… No lo sé. Lo hablaremos después de la boda, Timmy. Ahora mismo tengo demasiado en la cabeza como para pensar con claridad.

—Vale, mamá —aceptó de buena gana. Entró en la cocina con cautela, como si no se terminara de creer que no estuviera enfadada. Se sentó a la mesa y dijo—: El cachorro es tan pequeño y suave… Y es nieto del perro que tuvo Hank.

—Timmy, no quiero que hablemos del cachorro ahora. He de concentrarme en preparar el ponche para mañana. Toma, pruébalo y dime si te gusta —le sirvió un vaso pequeño con ponche rojo.

El lo probó.

—Me gusta, mamá. Tiene burbujas.

—Bien.

— ¿Tendrá burbujas mañana?

—Sí, cariño. Estará perfecto. Sólo quería saber qué te parecía su sabor.

—Está bueno.

—Me alegra oírlo —le sonrió: Su mente ya pasaba a lo siguiente de su lista.

—Apuesto que a mi cachorro también le gustará—afirmó Timmy, mirándola.

Maggie respiró hondo.

—No creo que el ponche sea bueno para los cachorros, Timmy. A los perros no les damos alimentos humanos.

—Vale, no lo haré. ¿Sabes cómo lo he llamado?

Maggie quiso recordarle que aún no tenía un cachorro, pero no pudo resistir la ansiedad de su cara.

— ¿Cómo lo has llamado?

—Wiggles… ¡porque se menea mucho! —rió.

—Es bonito

—Hank dijo que era… eh… «Apropiado».

—Sí, estoy segura de que lo dijo.

El resto del día estuvo lleno de historias acerca de Wiggles, lo que había dicho Hank y los planes que Timmy había hecho para su nuevo amigo y él mismo. Y Hank, desde luego.

Tras la conversación de Timmy, Maggie sintió ganas de gritar. ¡O de abofetear a Hank Brownlee!

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, Maggie se duchó temprano y se rizó el pelo. Luego comenzó a organizar la cocina para el día.

Cuando miró por la ventana y vio llegar un camión con cuatro hombres, no pudo imaginar lo que pasaba. Comenzaron a descargar el vehículo y fue en busca de Hank, quien aún no había hecho acto de presencia.

— ¿Hank? ¡Hank! Hay unos hombres descargando algo de un vehículo. ¿Qué hacen?

Hank salió del dormitorio enfundado en botas, vaqueros y una camiseta.

—Gracias, Maggie. ¿Puedes preparar una cafetera?

Siguió moviéndose, sin haber respondido la pregunta.

—Pero, ¿qué están haciendo?

Como ya tenía hecho el café, regresó a la cocina preparó unas empanadillas para acompañarlo. Entre medias, realizó un par de viajes rápidos al salón para ver a qué se dedicaban los hombres.

Cuando montaron una marquesina a rayas verdes en el patio delantero, asintió con aprobación. Era evidente que no podían acoger a cien personas en la casa. Una tienda con mesas y sillas era la idea perfecta.

Cargó una bandeja con el café, plato con empanadillas y la llevó debajo de la marquesina. Había cinco tazas y en una de las mesas debajo de la marquesina.

Hank la ayudó a servir.

— ¿Por qué no me dijiste lo que pasaba? —susurró ella—. Podría haber tenido preparados algunos manteles y centros de mesa.

—Todo está organizado. La floristería a la que llamaste en Denver ha preparado centros para cada mesa y junto con éstas hemos alquilado los manteles.

Una hora más tarde, se produjo otra llegada, que a Maggie le gustó más. Apareció una ranchera. Se abrieron sus puertas y del coche bajaron cinco mujeres. Todas iban vestidas con vaqueros y camisas, pero en unas perchas portaban unos vestidos bonitos.

Maggie salió a su encuentro en la puerta.

— ¿Hola?

—Maggie, soy yo, Melanie —anunció una rubia joven—. Pensamos en venir pronto para echar una mano. ¿Te parece bien?

—Oh, sí, desde luego que me parece bien. Creo que vais a salvarme la vida.

Después de unas breves presentaciones, Maggie las llevó a una habitación de invitados, la que había usado Kate, para que dejaran sus cosas. Luego les ofreció una taza de café antes de que se pusieran a trabajar.

—No puedo deciros lo mucho que agradezco vuestra ayuda.

—Estamos encantadas de conocerte —dijo Melanie—. Nos enteramos de que finalmente Hank contratado a un ama de llaves, pero no supimos nada del asunto. Lo siguiente fue que Carl iba a casarse.

—Sí, nos sorprendió a todos —añadió Becky Seward—. Ni siquiera habíamos estado seguros de que fuera a sobrevivir.

—Se recobró con mucha rapidez en cuanto empecé a ocuparme de él.

—Tengo entendido que la comida de Hank era lo peor —dijo Violet Green.

—Yo sería un desastre dirigiendo un rancho —señaló Maggie, protectora con Hank, a pesar de estar furiosa con él.

—Cuán cierto —convino Imajean Gríffith—. Y mi marido afirma que es uno de los mejores rancheros de la zona. George es diez años mayor que Hank, pero le pide su opinión acerca de todo lo que no está muy convencido.

—Bien, ¿qué tenemos que hacer primero? —preguntó Becky.

Varios invitados ya habían empezado a hacer acto de presencia cuando Carl y Kate llegaron con las flores.

Maggie, vestida ya para la boda, salió a su encuentro.

Hank se hallaba de pie bajo la marquesina hablando con algunos de sus amigos. Vio las largas piernas de Maggie, por lo general ocultas bajo los vaqueros, su cintura pequeña y su pelo suelto.

— ¿Quién es esa belleza? —quiso saber uno de sus amigos.

—Sí, no la he visto antes por aquí. Me gustaría conseguir su nombre y teléfono —indicó Jack Borne. En la zona era conocido por ser un play boy.

A regañadientes. Hank dijo:

—Es mi ama de llaves.

— ¡Vaya! No se parece a ninguna ama de llaves que haya conocido —aseveró Roy—. ¿Cómo trabaja? —en su mirada lasciva se reflejaron los pensamientos subidos de tono que pasaban por su cabeza.

—Es un ama de llaves estupenda y no quiero oír ningún comentario más de ese estilo —dijo, ceñudo—. Disculpadme.

Cruzó el césped delantero en dirección al coche de su padre. Cuando éste bajó, allí estuvo para darle un abrazo. Los dos rodearon el

coche y ayudaron a Kate a bajar; entonces, Hank también la abrazó. Sus ojos se encontraron con los de Maggie y sonrió, con la esperanza de que ella le devolviera el gesto.

—Pensé que llegaríais antes —indicó.

—Maggie acaba de decir lo mismo. Pero tuvimos que ir a recoger las flores, hijo. ¿Puedes ayudarme a bajarlas?

—Claro, papá. ¿Adónde las llevamos?

—A la cocina, por favor —Maggie se adelantó—. Las chicas van a ayudarme a colocar los centros en las mesas. Son maravillosas —le dijo a Kate—. Luego te las presentaré. Aunque antes de la boda no creo que nos quede mucho tiempo para asuntos sociales -caminaron juntas del brazo hacia el porche trasero.

Hank y su padre se quedaron mirándolas.

—Hijos, agradezco que saludaras a Kate como lo hiciste. Se preocupa por nosotros.

Hank se volvió para mirar a su padre.

—Papá, sabes que soy lento con los cambios, pero los hago. Además, últimamente veo muchas similitudes entre Kate y Maggie.

Carl frunció el ceño.

—Me alegro, Hank, pero no entiendo qué tiene que ver Maggie con esto.

La sorpresa se reflejó en la cara de Hank.

—No... No puedo explicarlo..., quiero decir, es tan fácil vivir con ella... quiero decir, es fácil de... Timmy y ella llenan la casa de amor.

Carl estudió un momento la cara de su hijo. Luego, musitó:

—Creo que eso fue lo primero que vi. Eso, y el arte de Maggie en la cocina. Quiero decir, a ella le importaba.

— ¡Y a mí!

—Sé que a ti te importaba, hijo, pero hay algo más con el sexo opuesto. Sea como fuere, ¿las cosas han cambiado entre Maggie y tú?

— ¡No! No, nada ha cambiado. Pero aprecio sus habilidades… y Timmy es un chico magnífico.

—Ya podrías empezar a pensar en el matrimonio. Y en una familia, hijo. Y Maggie sería una gran elección.

— ¡Papá! Yo no... nosotros no... —se encogió de hombros.

—No te preocupes, Hank —palmeó el hombro de si hijo—. Voy a entrar para vestirme para la boda. A propósito, se te ve bien.

—Gracias. Estoy atendiendo a los que ya han llegado, así que me verás aquí afuera. Dime si me necesitas.

Regresó a la marquesina, donde un número de personas se sentaba a las mesas. Quería cerciorarse de hallarse allí cuando Maggie llevara

los centros. Quería protegerla de cualquier comentario grosero o insinuación de sus amigos solteros. Como mínimo, le debía eso.

Al llegar al jardín delantero, la vio. Ayudada por dos de las chicas, se dedicaba a colocar los centros en cada mesa.

De inmediato, Jack y un par de los chicos la arrinconaron.

Hank se dirigió con rapidez hacia la pequeña multitud.

—Vamos, encanto, sólo estamos siendo amigables—le decía Jack, tratando de pasar un brazo alrededor de su cintura.

— ¡Jack! —gritó Hank.

Su amigo alzó la vista, pero Maggie no se molestó. Dijo algo en voz baja y Jack retrocedió en el acto. Siguió repartiendo las flores. Al regresar a la casa, Hank se situó junto a ella.

— ¿Qué le dijiste a Jack?

—Le pedí que me soltara —respondió con calma.

—Eso no bastaría con Jack —repuso Hank. Ya conocía la persistencia del otro.

—Bueno, añadí que le metería uno de los centros por los pantalones. La idea no pareció gustarle.

Hank soltó una carcajada. Al recibir una mirada jocosa, la rodeó con un brazo y le plantó un beso en los labios sorprendiéndose ambos.

—Eh, lo siento, me... me dejé llevar por el momento.

Maggie evito su mirada.

—Sí, claro. No le des importancia —se apresuró hacia la casa.

Al darse cuenta de que la había besado delante de todo el mundo, Hank miró alrededor para ver si alguien lo había notado. No había ninguna mirada sorprendida ni atención específica sobre él. Suspiró aliviado.

Maggie llamó a la puerta de Kate. Las otras mujeres se habían vestido con rapidez cuando los vieron llegar, para que Kate pudiera disfrutar de cierta intimidad.

—Pasa —indicó—, a menos que seas Carl.

—No lo soy —sonrió al abrir—. ¡Oh, Kate, estás preciosa!

—Gracias, Maggie... Estoy un poco nerviosa.

— ¿Por que?

—Hace tanto que no vivo con alguien... —Maggie fue a hablar, pero Kate continuó—: Oh, no me refiero a la intimidad. Es que estoy acostumbrada a hacer lo que me place.

—Todo saldrá bien, Kate. Recuerda lo generosa Y amable que fuiste cuando Timmy y yo nos mudamos a vivir contigo.

—Eso fue muy fácil, Maggie. Tú yo somos muy parecidas.

—Pero Timmy no.

—No, pero tener un niño cerca fue divertido. A propósito, ¿dónde está? No lo he visto desde que llegamos.

—El marido de una de las mujeres que me ha ayudado acaba de llegar con sus hijos. Tiene uno de la edad de Timmy y están jugando.

—Es bueno para Timmy hacer amigos aquí. Cuando empiece el colegio, no se sentirá tan asustado.

—Si aún seguimos aquí —comentó Maggie con tono apagado.

— ¿Qué estás diciendo?

—Bueno, cuando Carl y tú volváis de vuestra luna de miel, no me necesitaréis para mantener esta casa en orden. Sobraré.

—En absoluto. Yo no quiero estar todo el tiempo ocupada en la casa. Carl y yo planeamos viajar. No pienso dejarte sin trabajo, Maggie. Además, ¿no eres feliz aquí?

—Sí, pero Hank… hizo un trato secreto con Timmy, sin decírmelo.

— ¿El que mencionaste la última vez? —preguntó Kate.

—No nos preocupemos de eso ahora. Te vas a casar en unos minutos.

—Hay tiempo. Cuéntamelo.

Maggie se sentó y juntó las manos.

—Hank me dijo que mantenía demasiado pegado a mí a Timmy. Le dijo que podía dormir en su antiguo dormitorio. Y le ofreció un cachorro para su habitación para que no se sintiera solo.

—No debería haberlo hecho sin haber hablado primero contigo —convino Kate—. Pero ya es hora de que Timmy deje de compartir tu habitación.

—Lo sé. Estaba furiosa con Hank… pero comprendo que tiene razón. Y Timmy estará mucho más dispuesto a realizar el traslado con un cachorro de por medio.

— ¿De modo que ya has perdonado a Hank?

—Estoy en ello. Pero no tiene que tomar decisiones por mi hijo sin consultarlo conmigo. El no tiene hijos. ¿Qué le hace pensar que sabe lo que hay que hacer?

—Estoy de acuerdo. Y debería entender lo… lo aterrador que es eso para ti.

—Sí —convino, pensando en que también otras cosas podían ser aterradoras, como que Hank le diese un beso—. Bueno, ya he ocupado demasiado de tu tiempo. Hay que casarte, tía Kate.

—Oh, estoy impaciente. ¿Sabes?, mi primer marido y yo nos fugamos, y nunca tuve una boda apropiada. Cuando le conté eso a Carl, estuvo decidido a que tuviera una boda de cuento de hadas en

esta ocasión. Incluso quería comprarme un vestido largo y blanco clásico, pero ahí tracé la línea.

Maggie sonrió mientras admiraba el vestido blanco de seda de su tía, coronado con un sombrero pequeño y un velo escueto que le cubría los ojos.

Salieron juntas de la habitación. Al llegar a la cocina, encontraron a Timmy sentado a la mesa con su nuevo amigo. Melanie los supervisaba.

Kate abrazó al pequeño después de que Maggie le inspeccionara las manos. Todos se dirigieron hacia la puerta. Melanie se llevó a su hijo para reunirse con su marido y su pequeña. Maggie hizo una señal y otra de las mujeres encendió la grabadora.

Cuando comenzó la música, Timmy salió y se dirigió hacia el altar que habían montado, donde Hank y Carl esperaban.

Maggie había seguido a Timmy. Lucía un suave vestido turquesa de seda y un collar de perlas al cuello. Hank pensó que estaba elegante, pero frágil. Le pareció muy hermosa.

Sólo cuando los invitados se pusieron de pie para Kate, recordó que era la boda, de su padre. Le había resultado tan fácil centrarse en Maggie...

Se hallaba frente a ella, con Carl y Kate entre los dos. Sus miradas se encontraron a través del altar y con timidez ella bajó la vista. ¿Qué había hecho para abochornarla? Entonces recordó el beso dulce que le había robado. Se dijo que debía sumario a los errores que había cometido con ella.

Inmediatamente después de la ceremonia, mientras Larry sacaba varias fotos de los novios, Maggie y sus ayudantes pusieron comida y bebida a las mesas. Hank y uno de sus amigos sacaron la tarta nupcial.

En cuanto los invitados se sentaron a comer, Kate y Carl llamaron a Timmy, Maggie y Hank para que participaran en un retrato de familia. Larry sacó muchas fotos. Luego sugirió varias de los padrinos. Hank pasó la mano alrededor de la cintura de Maggie y la acercó. Cuando se resistió después de la primera foto, Hank le susurró la necesidad que había de que estuvieran próximos en las fotos. Representarían un gran recuerdo para Kate y Carl.

Al rato, se acabó posar para las fotos y llegó el momento en que Carl y Kate debían coitar la tarta.

Maggie suspiró aliviada y se llevó a su hijo cerca de la tarta que estaba cortando Carl.

— ¿Ésta es la cola? —susurró Hank en el oído de Maggie.

Se sobresalió, sorprendida por su proximidad.

—Oh, sí. Timmy quiere tarta de chocolate. ¿Podrás encargaste de

que la reciba? Necesito rellenar varias bandejas.

Hank frunció el ceño.

—Claro, pero se supone que tú también debes disfrutar de la boda.

Pero Maggie ya se había escabullido. No quería que los vecinos los vieran susurrándose cosas.

La tarde fluyó con suavidad a medida que Carl y Kate saludaban a sus invitados e iban de mesa en mesa para que Carl le presentara al resto de sus amigos. En el aire flotaba la risa.

CAPÍTULO 12

— ¿Maggie? —la voz de Hank atravesó las paredes de la cocina.

—Eso suena urgente —comentó Melanie.

—Sí, será mejor que vaya a ver qué ha ocurrido.

—Iré contigo. Quizá pueda ayudar.

Maggie estaba encantada de disponer de la compañía de Melanie. En especial al descubrir el motivo de la llamada sonora.

—Hank ¿de qué se trata?

—Kate te quiere presente con las damas que esperan cuando tire el ramo.

Maggie lo miró.

—Oh, no —dijo—. No pienso... quiero decir, creo que es para las mujeres que no han estado casadas.

—Es posible, pero Kate te quiere allí.

Maggie miró en la dirección de su tía, incapaz de soslayar los gestos frenéticos. Corrió a su lado y le susurró al oído:

—Kate, no creo que sea buena idea.

—Es para divertirnos, Maggie. Por, favor, hazlo por mí —suplicó Kate.

Su tía parecía tan feliz, que no fue capaz de negarle nada. Se deslizó a la parte de atrás del grupo de mujeres jóvenes y esperó.

Con la espalda hacia ellas, Kate lanzó el ramo hacia atrás, apuntando en la dirección de Maggie. Ésta se movió adrede a un lado, apartándose del camino de aquellas que de verdad anhelaban el premio. Una mujer alzó el brazo y lo empujó justo hacia la mano de Maggie. Ésta la había levantado en un acto reflejo, pero de pronto se descubrió la ganadora.

Todo el mundo aplaudió y rodeó a Maggie y a Kate. Larry corrió a fotografiar a la novia y a la ganadora.

Después le el turno de Carl de arrojar el liguero, después de

quitarlo del muslo de Kate. Los solteros se agruparon, la mayoría reacios a ganar el premio, ya que significaba que no tardarían en caminar por el pasillo. Maggie notó que hasta Hank se hallaba con ellos.

Para su sorpresa, fue Hank quien recogió la liga, aunque para ello tuvo que dar un buen salto. Larry sacó una foto de Hank y de su padre. Luego sugirió una de la pareja nupcial y de los ganadores. Las dos mujeres se pusieron en el centro, flanqueadas por padre e hijo. De inmediato Hank pasó el brazo por el hombro de Maggie.

Luego Larry sugirió una foto de Maggie con el ramo y de Hank con el liguero en la manga del traje. Con la mitad de los vecinos mirando, a Maggie no le quedó otra alternativa que aceptar. En cuanto la saco, comenzó a moverse entre los invitados, ofreciendo café y más comida.

Luego Carl y Kate comenzaron a despedirse.

Maggie fue al lado de su tía, le dio un fuerte abrazo y le deseó lo mejor del mundo.

—Te deseo lo mismo a ti, cariño —le aseguró Kate, devolviéndole el abrazo.

La respuesta de Maggie fue una sonrisa. Timmy, que daba saltos a su lado, se hallaba impaciente por abrazar a la tía Kate. Después de hacerlo, Maggie lo tomó de la mano y lo retiró. Carl se acercó a su lado y le dio un beso en la mejilla. Luego alzó al pequeño y lo abrazó.

—En mi ausencia, hablad con Hank si necesitáis algo —les dijo a ambos—. Ha prometido que cuidaría de los dos.

—Podemos cuidar de nosotros mismos, Carl. Esperamos que tanto Kate como tú tengáis un crucero maravilloso.

—No me cabe ninguna duda de ello. Os llamaremos cuando podamos.

En cuanto se marcharon, la multitud comenzó a reducirse con rapidez.

Y Melanie metió en la casa una bandeja de tazas y bandejas.

—Oh, Melanie, no tienes que hacer eso —le dijo Maggie—. Tengo toda la noche para recoger.

—Será más rápido entre las dos. De hecho, entre los cuatro, porque también he organizado a Ben y a Hank. Ellos van a meter el resto de tazas y platos y copas de champaña. Terminaremos en un abrir y cerrar de ojos.

—Eres un encanto.

Juntas comenzaron a llenar el lavavajillas. Luego se pusieron a lavar y a secar a mano en el fregadero.

Casi habían terminado cuando los dos hombres entraron con dos bandejas llenas de platos sucios.

— ¿No podemos Ben y yo a llenar las cajas con lo que ya habéis limpiado? —preguntó Hank.

Maggie lo miró por primera vez desde que había entrado en la casa.

—Si no os importa, sería estupendo.

—No nos importa —repuso Ben—. Pero sí esperamos una recompensa al terminar.

Melanie rió la contestación de su marido, pero Maggie evitó la mirada de Hank.

Una hora más tarde, después de que Hank y Ben hubieran cargado todas las cajas en la furgoneta, Hank invitó a Ben y a su familia a quedarse a cenar.

—Pondré unas chuletas de cerdo en la parrilla. Las chicas sólo tendrán que preparar una ensalada y unas verduras. De postre, queda suficiente tarta nupcial.

—Me parece estupendo, si estás seguro de que a Maggie no le importará.

Regresaron a la cocina y Hank repitió la invitación.

Melanie protestó de inmediato.

—Oh, no, no podemos. Maggie ya ha tenido un día largo.

—Hank tiene razón, Melanie. No hará falta que nosotras preparemos mucho. Para variar, me encantaría verlo cocinar a él una vez.

De pronto Maggie miró alrededor.

— ¿Dónde están los niños?

—En la sala de estar viendo una película —indico Hank—. Me pareció lo mejor para quitártelos de encima. Bueno, vamos a encender la parrilla. Calculo las chuletas estarán en una media hora.

Maggie soltó por encima del hombro:

—A Tim y a mí nos gustan en su punto.

—Sí, señora —dijo Hank al salir por la puerta de atrás seguido de Ben.

El resto de la velada marchó a la perfección. La cena fue un gran éxito, según Timmy y Billy. Hasta Ashley, la hija de Melanie, disfrutó de ella. Ben coincidió con Hank en que las patatas de Maggie eran las mejores.

Después de la cena, mientras los chicos jugaban con la videoconsola y Ashley se quedaba dormida en el regazo de su madre, los cuatro adultos mantuvieron sobremesa con unas tazas de café.

Cuando Ben y Melanie se incorporaron para irse, ambos expresaron lo mucho que habían disfrutado ese día. Maggie y Hank les

agradecieron la ayuda prestada. Melanie le recordó a Maggie sobre el Día de la Madre el lunes.

Desde la puerta, los tres los despidieron hasta que desaparecieron de vista.

— ¿Vas a llevar a Timmy a la fiesta del Día de la Madre? —inquirió Hank, con sorpresa en la voz.

—Si. ¿Necesito tu aprobación? —fue la réplica de ella.

—No, claro que no.

— ¿Qué es la fiesta del Día de la Madre? —le preguntó Timmy a su madre.

—Un sitio donde Billy y tú podréis jugar y aprender algunas cosas que os preparen para el colegio de verdad —le tomó la mano—. ¿No será divertido?

—Sí. ¿Estará Billy?

—Sí, estará y ahora ha llegado el momento de irse a la cama —lo condujo a la habitación.

— ¡Espera, Mamá! —protestó Timmy, deteniéndose. Puedo dormir en el cuarto de pequeño de Hank, ¿no?

—Sí, estoy de acuerdo —convino Hank.

—Pero no tienes..., es decir, aún no te he hecho la cama. Te la prepararé mañana.

—Pero, mamá...

—Tu mamá tiene razón, Timmy. Ha sido un día largo. Esta noche lo dejaremos pasar. Y mañana, creo que también será hora de que Wiggles deje a su mamá. Entonces, los dos estaréis juntos.

— ¡Qué bien! —exclamó el pequeño.

Durante la siguiente media hora, Maggie tuvo que escucharlo hablar del cachorro y del antiguo cuarto de Hank. Cuando al final consiguió que se durmiera, salió de la habitación con un suspiro.

— ¿Cansada? —preguntó Hank con suavidad. Aún seguía en la cocina.

—Estoy extenuada de escuchar historias sobre Wiggles y lo que van a hacer juntos. Ni siquiera he llegado a darle mi consentimiento.

—Pero, Maggie...

—No empieces, Hank. Esta noche no podría aguantar una discusión.

—No discutiré contigo. Tengo una sorpresa para ti. Un amigo mío ha filmado la boda hoy. Pensé que quizá te gustaría verla.

— ¿Qué?

Los ojos de ella se iluminaron.

— ¿De verdad? Me encantaría.

—Por aquí, señora —indicó con una sonrisa.

Fueron a la sala de estar. La sentó en el sofá y puso el video.

Con la vista clavada en la pantalla, apenas notó que Hank se sentaba a su lado. Tenía el torso adelantado, a la espera de que empezara la cinta.

Durante la siguiente media hora, revivieron la boda. Cuando la cinta terminó, Maggie se reclinó contra el respaldo. Al sentir el brazo de Hank a su al rededor, se apartó.

—Te... te veré por la mañana —anunció, incorporándose de un salto.

Él la imitó.

—Aguarda un momento. Tenemos que hablar del beso.

— ¡No! No tenemos que hablar de eso. Comprendo que fue un acto impulsivo. ¡No significó nada!

—Te equivocas, Maggie —la tomó por los hombros—. Para mí significó mucho —sin advertencia previa, le cubrió los labios para darle otro beso, más prolongado y profundo. Cuando al final sus bocas se separaron, la pegó con fuerza contra él—. Cariño, hace mucho que deseaba hacer eso, sólo que temía que no volvieras a hablarme si cedía a mi deseo.

—Eso debería —susurró.

— ¿Por qué? ¿Le has entregado tu corazón a otro hombre?

Ella negó con la cabeza.

Le alzó el mentón para que lo mirara.

—Maggie, jamás fue mi intención enamorarme de ti —le sonrió— Luego empecé a pensar acerca de lo que sería la vida en el rancho cuando te marcharas. Comprendí que no podría soportarlo.

—Hay otras cocineras, Hank —musitó, cerrando los ojos.

—Lo sé. Y contrataré a una si quieres, en una situación especial, como cuando te quedes embarazada.

Maggie lo apartó.

— ¿De qué estás hablando? No estamos… no estoy... Es una discusión ridícula.

—De acuerdo, quizá me estoy adelantando, pero he pensado en ti embarazada de mi bebé. Nuestro bebé. Un hermano para Timmy, o una hermanita.

— ¿Cuándo has empezado a pensar en todo eso?—le preguntó, sobresaltada aún por sus palabras.

—Al darme cuenta de que no quería que te fueras, ni que salieras con alguien que no fuera yo. Sabía que debería casarme contigo para

que pudiéramos ser una familia. Tú, Timmy y yo, y los otros bebés que tengamos. Timmy necesita un papá, Maggie.

— ¿No crees que has tomado esa decisión con asombrosa rapidez?

—No. Creo que desde el primer momento en que te vi, me enamoré de ti, pero había tantas emociones más en mi interior que no fui capaz de aceptar mis sentimientos. Caíste sobre mí de forma furtiva.

— ¿Furtiva? —casi gritó—. No intentaba tenderte una trampa. Sólo trataba de ayudarte a superar la muerte de tu madre.

—Lo sé y… te lo agradezco. ¿Sabes lo que me dijo mi padre? Que respondió a tu cocina porque veía que a ti te importaba. Bueno, pues yo podía ver lo mismo, a pesar de que discutía contigo. Probablemente fuera positivo que no nos diéramos cuenta de lo que pasaba hasta ahora, porque habría sido incómodo con Kate y mi padre presentes.

—Hank, no creo…

— ¿Me estás diciendo que no te importo? No es lo que sentí cuando te besé.

Las mejillas de Maggie se encendieron, pero no apartó la vista.

—Reconozco que me siento atraída por ti, Hank, pero eso no significa que vayamos a casarnos.

— ¿Por qué no?

—No estoy segura de que te encuentres preparado para convertirte en padre.

—Yo creo que sí. Por eso quise que Timmy se trasladara a mi habitación. Necesita volverse más independiente. También necesita a un hombre en su vida.

— ¡Sólo tiene cuatro años! —exclamó.

Volvió a pegarla contra su cuerpo.

—Si duerme en mi antiguo cuarto, no le molestará tanto que tú duermas conmigo.

— ¡No dije que fuera a hacerlo!

Volvió a besarla. En esa ocasión, Maggie no pudo contener la atracción que había sentido desde el comienzo. El se había encerrado en sí mismo porque había estado sumido en un gran dolor, y por querer mucho a Carl. Los besos que le daba eran adictivos y empezaba a perder el control.

Después de unos cinco minutos de mantener esa comunicación íntima, Hank la aparté.

—Tenemos que parar.

—Eh… sí, deberíamos.

—Necesitas ir a dormir con Timmy. Te veré por la mañana.

—Sí, de acuerdo —aceptó, aunque apenas era capaz de pensar después de sus besos.

La llevó hasta la puerta de su habitación. Después de darle otro beso rápido, la hizo cruzar el umbral y cerró a su espalda.

Maggie se apoyó contra la superficie de la puerta, con la cabeza aún dándole vueltas. No había creído que Hank sintiera interés alguno por ella. Sólo en los últimos días había mostrado atención hacia ella. Antes, únicamente había parecido interesado en Timmy.

No pudo contener una sonrisa al pensar en la previsible reacción de Timmy si supiera que iba a tener a Hank por papá.

Aunque no contaba con que él sintiera lo mismo por la mañana. Tal vez hubiera perdido la cabeza como resultado de toda la emoción de la romántica boda de Kate y Carl. Quizá hubiera bebido demasiado champaña. No, no le sorprendería que se presentara a desayunar sin hacerle ningún caso.

Pero le dolería. Desesperadamente.

Esa idea bastó para hacer que se acostara, con el fin de desterrar esos pensamientos deprimentes de su cabeza.

El domingo por la mañana, el desayuno no se servía hasta las ocho. Hank se despertó a eso de las siete, un poco más tarde que de costumbre. Se quedó un rato en la cama pensando en compartir su cama y su vida con Maggie.

Luego fue a la cocina a poner una cafetera para que estuviera lista cuando llegara ella. Unos minutos más tarde, se sentó frente a su primera taza, esperándola.

Cuando llegó a las siete y media, la observó cruzar la cocina en dirección a la cafetera, sin siquiera notar su presencia. Alzó la cafetera y volvió a bajarla.

—Ya está hecho, Maggie —musitó Hank. Ella giró en redondo para observarlo—. Siéntate, cariño, y te serviré una taza. Tienes pinta de que te sentaría bien—se levantó y la guió a una silla próxima a la mesa. Luego le sirvió un café y se lo puso delante.

—Gracias. Me has sorprendido.

—Si querías, habrías podido dormir más. ¿Quieres volver a la cama?

— ¡No! No, estoy bien. El café ayudará.

—Estupendo —se inclinó y le dio un beso en los labios antes de volver a sentarse.

Maggie le dedicó una mirada turbada.

— ¿No has cambiado de parecer?

— ¿De casarme contigo y de Timmy? Claro que no.

Ella bebió otro sorbo de café. Cuando guardó silencio, Hank añadió:

— ¿Quieres tú?

—Nunca te prometí… No, pero no estoy segura… Hank, todo es tan repentino…

—Podemos esperar hasta que vuelvan Kate y papá para celebrar la boda. Soy un hombre razonable.

Ella no pudo evitar reír.

—Oh, sí, eres increíblemente razonable, ¿verdad?

Se inclinó y le dio otro beso.

—Me encanta verte feliz —susurró. Entonces le dio un beso más largo, profundo y apasionado.

— ¡Eh! ¿Por qué besas a mamá? —preguntó Timmy desde la puerta.

—Porque la amo. ¿Está bien? —respondió con calma.

—Sí, supongo que sí. Si a ella no le importa —aceptó, ocupando su silla habitual—. Tengo hambre, mama.

—Eh, claro, haré el desayuno. ¿Queréis tortitas?—los dos hombres de su vida asintieron al mismo tiempo.

Le dio la espalda a ambos mientras ponía el beicon y preparaba la masa. Su hijo entretuvo a Hank con numerosas observaciones sobre Wiggles.

—Tu madre aun no ha dicho que podías tenerlo ¿verdad?

— ¿No, mami? —gritó el niño asustado—. ¡Te prometo que seré muy bueno!

—Tú no eres el único que debe prometer —se volvió para mirarlos —. Hank tiene que prometer que te ayudará a entrenarlo. Yo no pienso cambiarte las sábanas cada día porque el perro no sepa comportarse.

—Tu madre tiene razón en eso. Prometo ayudarlo a entrenar al cachorro. Y lo ayudaré a aprender cómo ocuparse de Wiggles, ¿de acuerdo, Timmy?

— ¡Si, señor! —respondió Timmy.

— ¿Lo ves, mamá? Todo arreglado.

—No soy tu mamá —señaló ella.

—Cierto. ¿Se lo decimos a Timmy?

— ¡No! ¡Hasta que no estemos seguros!

— ¿Decirme qué? —quiso saber Timmy, mirando a uno y a otro.

—Yo estoy seguro —aseveró él con mirada firme.

—Yo… yo… dijiste que podríamos esperar hasta que…

— ¿Esperar qué? —insistió Timmy con más ansiedad.

—Tu mamá y yo también estamos pensando en casarnos, si a ti no te importa que yo sea tu papá —reveló Hank con naturalidad, aunque observó al niño con atención.

—Eso me parecería bien —respondió Timmy—. Me gustaría tener papá. Billy tiene un papá.

—Sí. Y también una hermanita. ¿Quieres una también?

Timmy frunció los labios.

—Bueno, quizá —repuso—. Preferiría un hermanito.

—Yo también prefiero los chicos —convino Hank—, pero una niña podría ser estupendo.

—Perdonad que os interrumpa, pero comeos el desayuno —ordenó ella mientras les plantaba los platos sobre la mesa.

—De acuerdo —aceptó Hank con una sonrisa antes de darle un beso.

— ¿Vas a hacer eso todo el tiempo? —preguntó ceñudo.

—Sí. Es lo que suelen hacer las mamás y los papás, camarada.

—Vale —aceptó con un suspiro disgustado—. Después de limpiar los platos, ¿podemos ir al granero a buscar a Wiggles?

—Me suena a buen plan. ¿Crees que tu mamá querrá acompañamos?

— ¿Lo harías, mamá? ¡Podrías conocer a Wiggles!

—Si, claro, cariño.

Durante unos minutos, todos comieron en silencio. Luego Timmy miró a Hank.

— ¿Podré llamar a Carl abuelo?

— ¿Tú quieres? —quiso saber Hank

—Sí. Billy también tiene un abuelo.

—Entonces, creo que deberías llamarlo abuelo —le sonrió.

En ese momento sonó el teléfono. Maggie miró a Hank mientras éste contestaba.

—Hola, papá. ¿Cómo va todo?

Timmy bajó de su silla.

—Quiero hablar con él —suplicó.

Hank lo contuvo un momento. Luego le comentó a su padre que Timmy tenía algo que decirle.

—Timmy no —musito Maggie dándose cuenta del motivo por el que su hijo quería hablar con Carl.

— ¡Abuelo! —escuchó un minuto y luego le devolvió el teléfono a Hank antes de volver a su desayuno.

—Oh, no....

—Carl quiere hablar otra vez con Hank —dijo Kate. De pronto, Carl estuvo al aparato. Maggie le pasó el auricular a Hank y se sentó. Después de que colgara, él se sentó y le tomó la mano.

—Cariño, ¿voy demasiado deprisa?

—Yo... te amo, Hank, pero todo esto me quiero volver a sufrir.

—Hablas como mi padre, cariño.

— abrió mucho los ojos.

—Sí. ¿Podrías irte de aquí y ser feliz? —Despacio Maggie movió la cabeza—. Camarada, ¿por qué no vas al granero y le dices a Larry que te lleve con Wiggles? Dile que yo iré en cuanto friegue los platos —le dijo a Timmy.

— ¿Qué te ha dicho Carl?

—Hola. Luego quiso hablar otra vez con Hank Despreocupado, continuó comiendo las tortitas. Maggie miró a Hank. Al rato, éste le extendió el teléfono.

—Vale. ¿Mamá? —preguntó como le habían enseñado.

—Kate quiere saludarte.

—Maggie, ¿es verdad? ¿Hank y tú os vais a casar?

—Mmm, lo estamos hablando.

— ¡Le dije a Carl que creía que estabais enamorados! —Exclamó Kate—. Soy tan feliz por ti...

—Kate, ha sido muy rápido, no...

—A veces sucede así. Nunca sé sabe de cuánto tiempo dispondrás, cariño. Adelante.

— ¿Lo estáis pasando bien?

—Sí, pero vamos a regresar antes de lo planeado. Estaremos allí para quedarnos con Timmy después de que Hank y tú os hayáis casado.

Maggie asintió y lo oyó salir por la puerta. Entonces, Hank le tomó la mano, la levantó de la silla y la sentó en su regazo. Le gustó que le rodeara el cuello con los brazos.

—Vamos a ser felices, Maggie. Prometo que cuidaré de ti y de Timmy, y que te amaré sólo a ti mientras viva.

Ella le tapó los labios con las manos.

—No, ni siquiera menciones algo así.

—De acuerdo. ¿Me crees?

—Sí.

—Practica esas palabras —la besó, y por primera vez ella se entregó por completo al beso. Pasados unos minutos, Hank la apartó

de su regazo—. He de ir al granero a ver a Timmy.

—Vale —ni siquiera le mencionó que había olvidado que había prometido lavar los platos.

—Oh, cariño —añadió él, deteniéndose en la puerta.

— ¿Qué?

— Arregla la cama de la habitación de invitados, por favor.

—Vamos a tener compañía.

—Sí. Larry va a quedarse con nosotros hasta que regresen Kate y mi padre. No confío en mí mismo para quedarme a solas contigo una vez que Timmy se haya acostado.

Maggie se puso de pie, con una sonrisa en los labios para ver al hombre que amaba ir junto a su hijo. Sería un padre maravilloso para Timmy. Pero sería un marido todavía mejor. Ya era un hombre de familia. En el que podía confiar para que la amara a ella y a su hijo.

Un hombre al que podría amar con todo su corazón.

Fin